

ERTO



Perito

WICH

NERVO

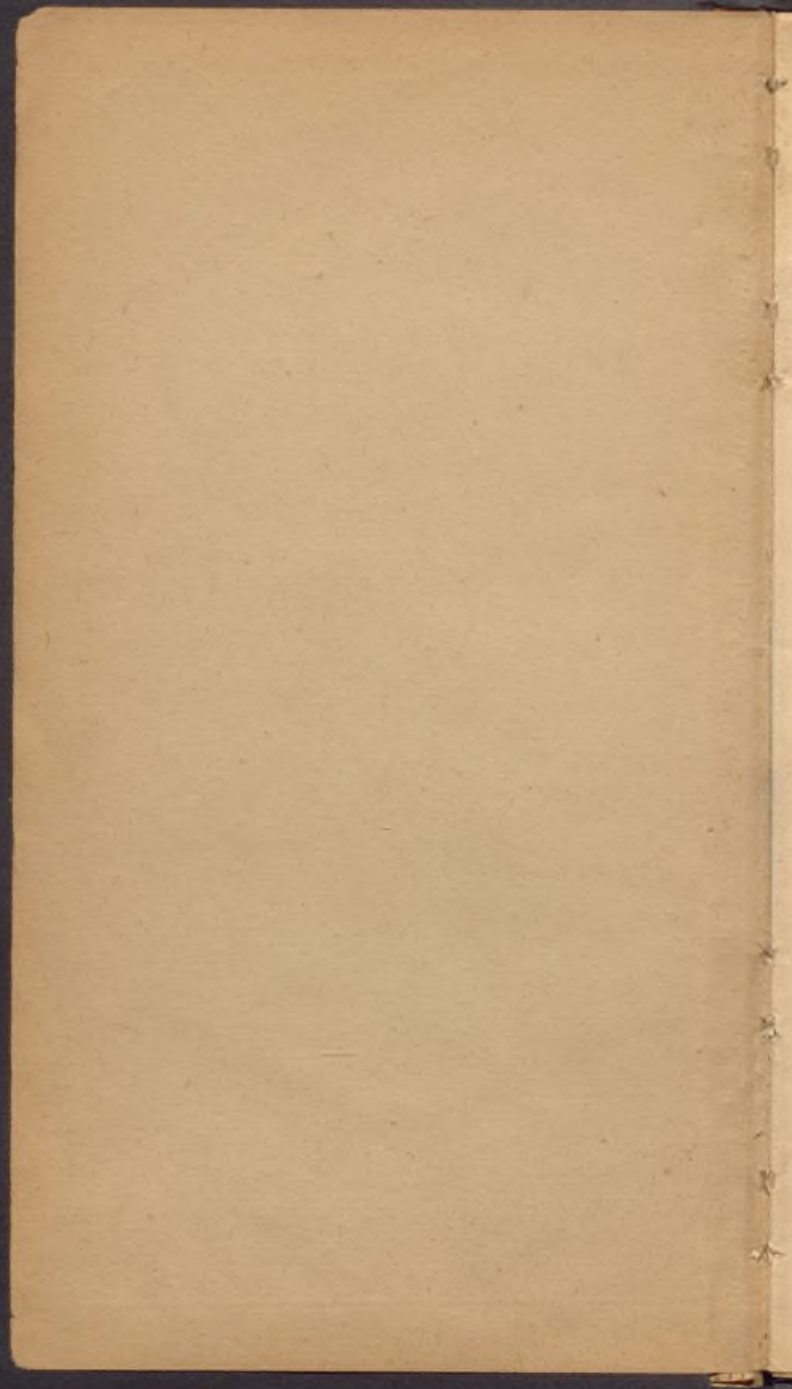
DOMESTICO











21/2189

150

NERTO

R. 94670



*Pope Bonet*  
FEDERICO MISTRAL 1912

# NERTO

TRADUCCIÓN DE B. MORALES SAN MARTÍN

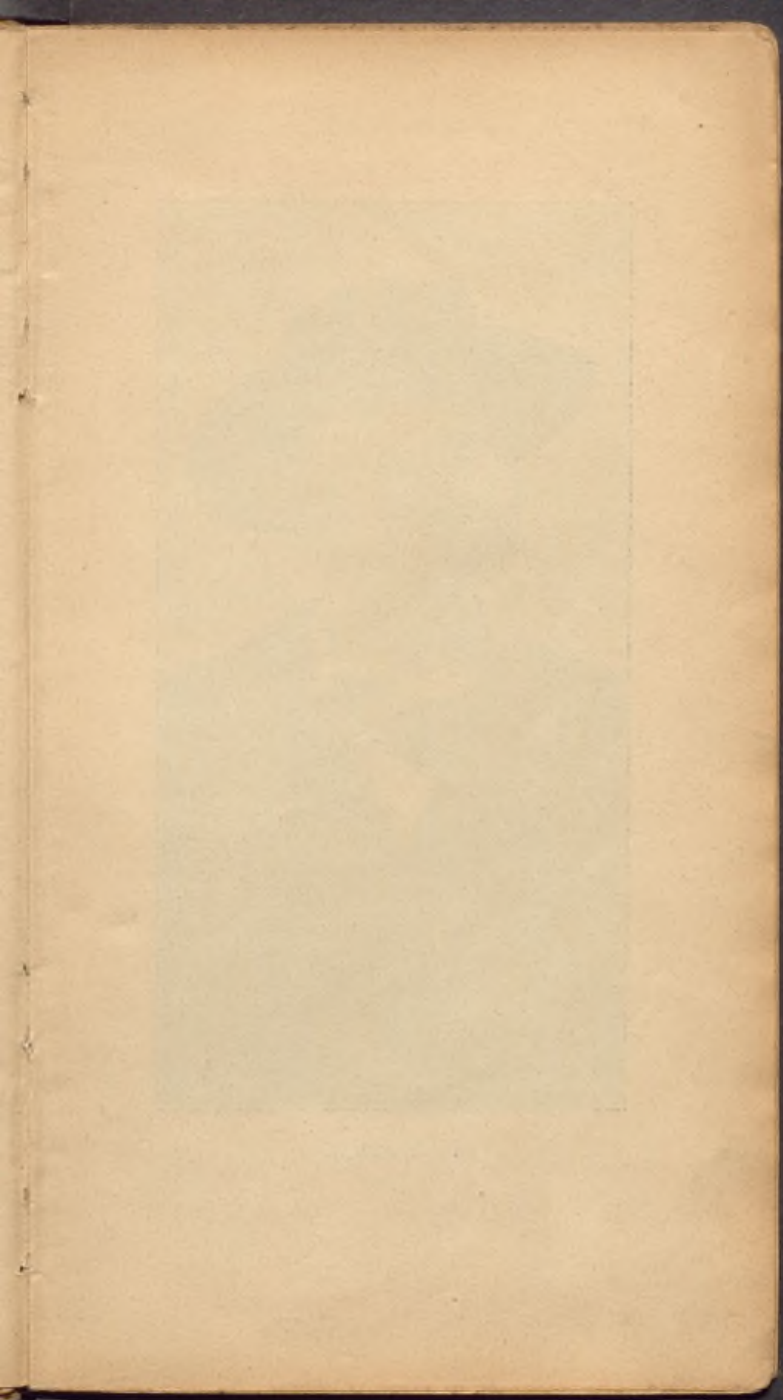
ILUSTRADO CON DIBUJOS DE JUNCEDA

Y UN RETRATO DEL AUTOR

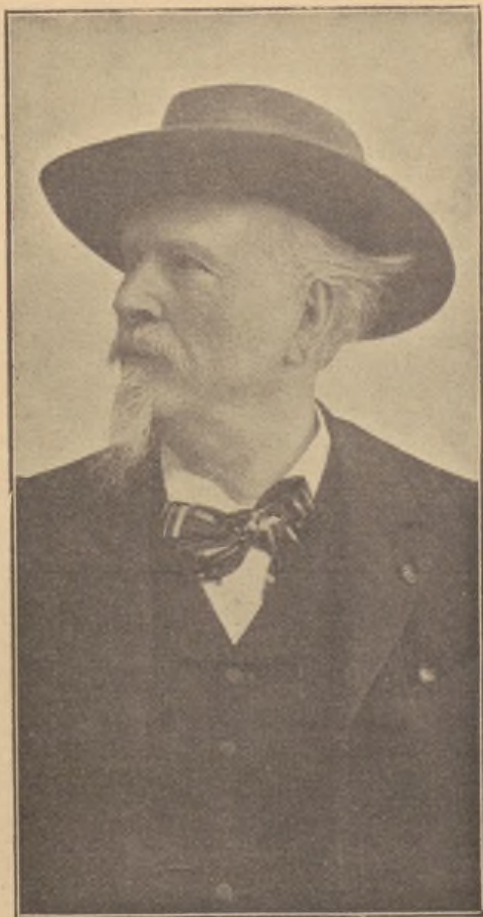


BARCELONA —  
E. DOMENECH, EDITOR  
— 1911

ES PROPIEDAD

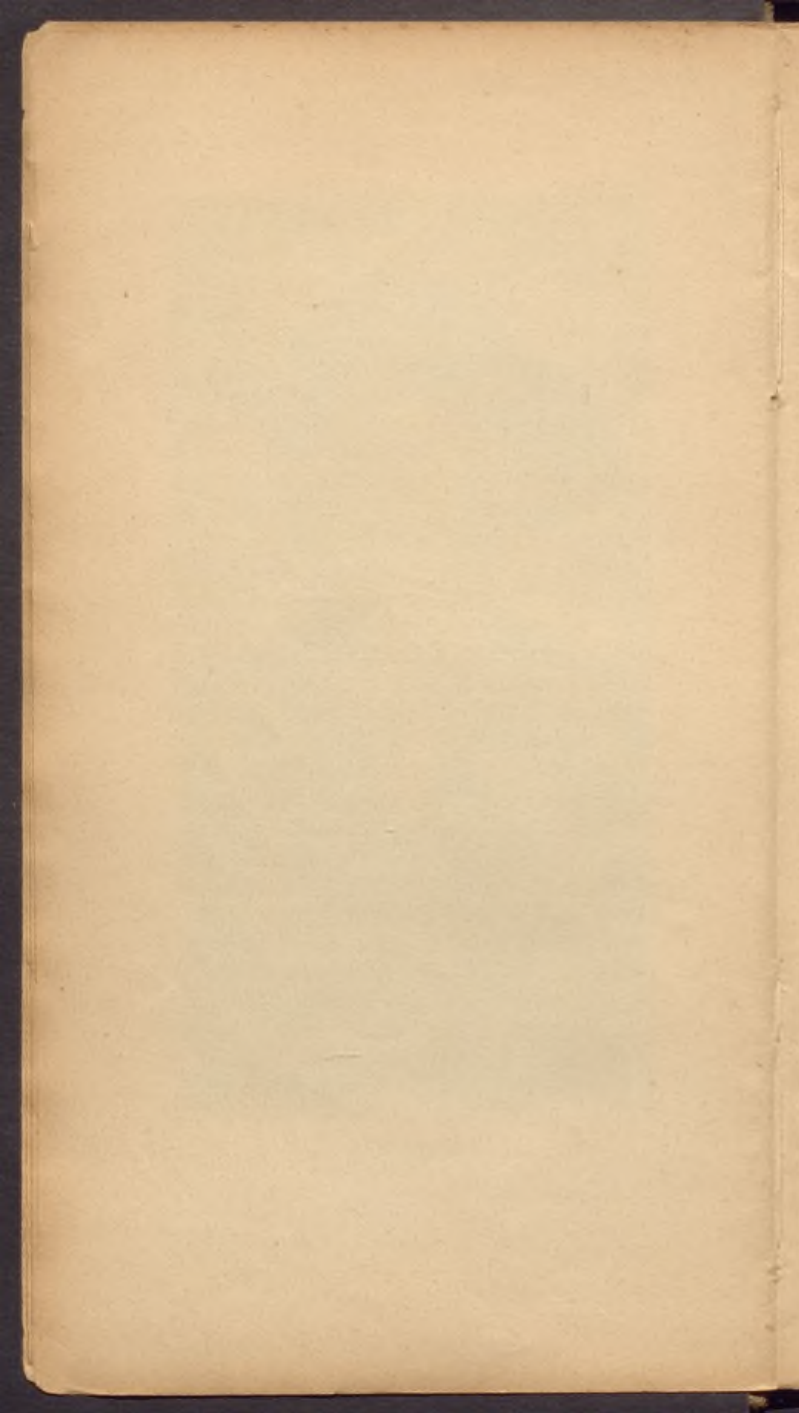






F MISTRAL

FEDERICO MISTRAL





**L**IBREME Dios, bellas lectoras y discretos lectores, de pretender descubriros á estas fechas á Mistral, el poeta de la Provenza, el cantor de *Mireya*, *Calendau*, NERTO, *Lou Rose*, *Lou Isclo d'or* y pacientísimo compilador de *Lou Tresor dou Felibrige*...

La fama y la gloria del poeta por antonomasia, son universales, llenan el mundo: lo mismo en las populosas urbes que en las villas rurales, no hay un intelectual que no se descubra respetuosamente al nombrar al autor de la delicadísima flor de la Crau, la sin par Mireya.

Muchos años ha yo le admiro y no puedo olvidar un hecho que vá unido con el nombre de Mistral á los días felices, y pasados por desdicha, de mi primera juventud, casi de mi adolescencia.

Deseaba yo, ávido de vida, de luz y de

ideas, conocer, intimar en la soledad de mi cuartito de estudio como en mis paseos por las huertas y playas levantinas, con los más grandes poetas de la humanidad. Y tras Homero, Virgilio y Ovidio, vinieron á mi pequeña biblioteca los clásicos castellanos en formidable legión. Luego, hubieron de estrecharse las filas de estos para hacer lugar al Dante, á Goethe, á Heine, á Musset, á Mistral... Ansiaba beber inspiración en las propias fuentes donde ellos humedecieron sus labios ardorosos; pero como muchas veces mi bolsa de estudiante no bastaba á proveerme de libros nuevos y flamantes, acudía á los puestos de libros viejos donde solía encontrar ejemplares casi incólumes, muchas veces sin cortar las hojas, de mis autores queridos.

Tal ocurrió unas vacaciones de Pascua, con un libro de Mistral, modestamente encuadernado pero conservado con cariño; sus hojas albas demostraban que el libro no estaba manoseado, pero sí muy leído, por ciertas indefectibles señales, como notas apostillas... y huellas del color y de la impresión de algunas flores entre sus páginas.—¿De quién había sido el libro? ¿Por qué estimándolo tanto su dueño fué á parar á manos del mercader de libros viejos?—iba yo pensando camino de mi casa.

El libro era *Mireya* y tenía algo de singular, que aun hoy me lo hace estimar sobre todas las ediciones de lujo é ilustradas que adquirí después de la idilica y trágica historia de Vicente, el cestero, y de Mireya, la zagala. Y el encanto que para mí tiene aquel ejemplar, que es de una de las primeras ediciones en lengua castellana, consiste en que en la página en blanco frente á la dedicatoria de Mistral al poeta Lamartine, una mano desconocida había escrito con pequeños y correctos, pero seguros trazos:

«El más hermoso día de mi vida feliz, ha sido esta mañana de primavera en que comencé la lectura de *Mireya*.

»Los dos primeros cantos han hecho reverdecer, como soplo de Abril, los deliciosos recuerdos que guarda apriisionados mi alma, y aletear en ella otra vez, mi primer beso de amor.

»¡Yo también amé y sufrí como Vicente!...

»¡Mistral, Mistral! ¿Dónde está *Mireya*?»

¿Quién sería la *Mireya* desconocida del incógnito comentador de Mistral?

¿Qué alma dolorida aleteó de pena y de gozo, como la mariposa que ha perdido el oro de sus alas, al leer en el poema del cantor provenzal tal vez su propia historia? Lo ignoro. La nota manuscrita lleva á guisa de firma, una fe-



cha: 17 de abril de 1891. Pero yo, que prefiero soñar despierto y forjar historias imaginativas cuando me repugnan las que la realidad me ofrece, guardo con amor y respeto, y como oro en paño, aquel sagrado ejemplar de *Mireya*, santificado por el dolor de un alma romántica que dejó en él la huella de una pena íntima y el testimonio de su admiración ingénua por el poeta de Provenza.

Figuráos, bella lectora y discreto lector, con cuánta ánsia y romántica curiosidad comenzaría yo á leer el poema que tan honda sensación había causado en aquella alma desconocida, sincera y noble... Y desde entonces yo también admiro y amo al poeta provenzal que sabe hacer llorar, sentir y amar á sus lectores, como la vida sabe hacer amar, sentir y llorar á los hombres...

¡Dichoso y augusto el poeta que posee el divino poder de hacer soñar á los hombres y les eleva un poco sobre el limo cenagoso de la vida!

## II

Hablar de Federico Mistral y no evocar el magnífico retrato que de él trazó la pluma de otro poeta insigne, parece-me cosa imposible.

Teodoro Llorente visitó en 1906 en su casa y en su jardín de Maillane al autor de NERTO y escribió una ingénuo semblanza del poeta. Evoca su primera entrevista con Mistral en 1863, en Barcelona en unos Juegos Florales y en las montañas de Montserrat y retrata así al gallardo mozo:

«Mistral estaba entonces en la fuerza de la edad y en el apogeo de su gloria. La reciente publicación de su poema *Calendau*, confirmó el repentino prestigio que le dió *Mireya*. Era un hombre alto, robusto y bien plantado, de correctas facciones, buen color, bigote y perilla que le daban algo de aspecto militar, revelando á la vez al campesino la salud y la fuerza que respiraba toda su persona. Aún lo estoy viendo como se me apareció entonces: cubierta la cabeza con un sombrero de fieltro de anchas alas, vistiendo un chaquetón de pana y anudada al cuello larga corbata flotante. Bajo aquel campestre atavío se adivinaba algo superior, el *quid divinum* de los poetas de verdad; no se necesitaba forzar demasiado la imaginación para encontrar mucho de Apolo y algo también de Hércules, en quien entonces era llamado ya con helénica frase: el Homero de Provenza.

»Le ví por vez segunda diez años después y en días no menos solemnes.

Organizado ya el *felibrige* y siendo su *capoulié* el autor de *Mireya*, iban á inaugurarse en Montpellier los Juegos Florales de Provenza, y habían sido llamados á aquellas *Fiestas latinas* (así se titularon) los poetas de la nueva federación literaria. Entonces fuí yo el único representante de los valencianos. Mistral estaba de nuevos plácemes. Se había casado con una joven hermosísima, casamiento por amor, que prometía hacerle feliz y que cumplió su promesa. Madame Mistral fué elegida en aquellos Juegos Florales Reina de los felibres. Aun suenan en mis oídos los aplausos atronadores con que fué recibida la elección, y aun estoy viendo á la joven y bella reina, vestida de arlesiana, traje que tiene alguna semejanza con el de nuestras antiguas labradoras valencianas, y que, como éste, á las mujeres hermosas las hace más hermosas. Recuerdo todavía las palabras con que Alberto Quintana, un trovador romántico, todo nervios y todo espíritu, hizo la proclamación de aquella poética soberanía en nombre de Aleixandri, el poeta rumano, que ganó la flor natural: «Porque sois bella, porque sois buena y porque sois la esposa de Mistral, os proclamo Reina de los felibres».

Veinticinco años han pasado desde entonces. No había vuelto á ver al



Homero de Provenza, y ardía en deseos de estrechar la mano, que con tanta cordialidad me había tendido. Deseaba verle en su modesta casa solariega, en aquella por él famosa aldea de Maillane (en provenzal, en francés *Maillane*) donde vive tranquilo, aparentemente obscurecido; pero llenando con su gloria toda la Provenza, toda la Francia, é irradiándola á todo el mundo culto. Ese deseo pude al fin realizarlo. Por eso, más que por otra cosa, arreglé el itinerario de mi viaje de modo que pasara por Avignón.

»Maillane está situada á quince kilómetros de esta capital. Mediaba ya la tarde cuando salimos por la puerta de San Miguel, dejando atrás las hermosas torres góticas de la antigua muralla ..

»A media hora de camino se nos presentó el Ródano, *Lou Rose*, asunto de uno de los poemas del gran vate de Provenza...

»Llegamos á una aldea de aspecto muy rural, con las casas de piedra tosca y rojizas tejas...

»Maillane estaba algunos kilómetros más allá... Por fin llegamos á nuestra Meca; otra aldea parecida á la anterior se nos presentó á la vista. Era una aglomeración irregular de casas rústicas. Paró el coche en una plazoleta con unos cuantos árboles y nos apeamos. A los



pocos pasos estaba la casa del autor de *Mireya*.

»Distinguíase de todas las que le rodeaban: yo imaginé que sería una holgada y sencilla mansión de campesino acomodado, y me sorprendió encontrar un pequeño, pero elegante *hotel*, que sobresalía algo, no mucho, de los árboles que, muy ceñidos al edificio, por todas partes le rodeaban. Cercaba aquel umbroso jardín cuadrado una verja de hierro.

» -Aquí vive Mr. Mistral—nos dijo el cochero.

»Tocamos un timbre y salieron de la casa dos perros negros de mediana talla y detrás de ellos una señora de noble apostura y aspecto simpático. A pesar de los veinticinco años transcurridos, reconocí en ella á la hermosa reina de los felibres, proclamada en Montpellier. Ella misma nos abrió la puerta, risueña y agasajadora. Llevaba al cuello, como broche, la *Cigarra de oro*.—Nos esperaban—pensé;—llegó á tiempo el aviso de nuestra visita.

»¡Cuán grata impresión recibí al ver á Mistral, que salió á nuestro encuentro, besándome en la mejilla, según la costumbre francesa, y estrechándome entre sus brazos! Sabía que cuenta 72 años cumplidos; temía encontrar vencido y encorvado por la edad á aquel gallardo

mocetón de los Juegos Florales de Barcelona. Nada de eso. Representa á lo más sesenta años; se ha despejado su frente; su cabellera, ya escasa, cae atrás en guedejas grises; está algo lacio su bigote canoso; pero relampaguean sus ojos con la viveza de la juventud, y su semblante sano, de hombre de campo, respira agradable placidez. Erguido y firme el viejo poeta, como un veterano todavía robusto y ágil, aun puede aplicársele el símil mitológico que empleé más arriba, de la gallardía de Apolo y el vigor de Hércules.

.....  
Era hora de partir. Salimos al jardín. —Todos estos árboles—me dijo,—los hemos plantado mi mujer y yo.—Refirióme que aquel pequeño *hotel* lo había construído al lado mismo de la casa de sus padres, y nos mostró aquel sencillo edificio lugareño, igual á casi todos los de la aldea. —Allí —añadió— escribí los últimos cantos de *Mireya*, y han puesto una inscripción que lo recuerda; pero mi casa natal no es esa. Yo soy completamente campesino; nací en plena campiña, en un *mas* de mis abuelos.

Ibamos á salir y nos detuvo un momento. Cortó ramas de laurel y me las dió, diciendo:—Para el poeta de Valencia; para los poetas de *Lo Rat Penat*.—Al mismo tiempo madame Mistral daba

á mi mujer y á mi hija unas ramas de mirto y les decía:

—Tomadlas en recuerdo mío: el mirto es símbolo de amor y de cariño.

Decían y hacían ambos esposos esto con naturalidad completa, sin ninguna *pose*, ni afectación. Aquella despedida me impresionó mucho.»

### III

Ya conocéis al poeta en su juventud, y en su intimidad, ya anciano cargado de laureles gloriosos que da á manos llenas á sus buenos camaradas los poetas levantinos, junto con el mirto símbolo del amor...

Pero detengámonos aún un breve momento en la pobre antesala de este libro magnífico; hablemos de él aún, de sus obras, de NERTO.

Todos habéis leído *Mireya*. ¿Quién no ama y recuerda los idílicos amores de Vicente y la gentil zagala de las Almezazas y su trágico fin? ¿Quién no ha soñado con las brujas de Taven y la Cabra de oro, con las Danzas de los duendes en Trinquetaille, con la leyenda de las tres Marías y otras leyendas provenzales que perfuman el libro con la vaguedad y el encanto de su poético misterio? Indudablemente todas las gentiles ad-

miradoras de Mistral y todos los amantes de *Mireya*, que son legión en España.

Pero NERTO, la leyenda de la linda baronesa de Castel-Renard y de Rodrigo de Luna, es desconocida aún al menos para aquellos lectores que no conocen el provenzal, el catalán y el francés. NERTO no estaba traducida aún al castellano y ésta ha sido la grata tarea que nos confió el cariño y la solicitud del inteligentísimo editor de esta Biblioteca.

«En *Mireya* predomina la naturaleza y en *Calendau*, en mi sentir, la imaginación» dice el propio Mistral en el prefacio de *Lis Isclo d'Or*. En NERTO imaginación y natura, poesía y observación están en tan bella y equilibrada proporción que sin reparo alguno puede afirmarse que es una de las más perfectas obras de la literatura contemporánea, tal vez la más acabada de Mistral.

Aquello que el pontífice del naturalismo llamó *el sentido de lo real*, se admira en NERTO con toda la asombrosa verdad y delicada poesía con que nos lo suele ofrecer la misma vida. La ficción novelesca no lo parece: al abrir las páginas de NERTO diréis que se os abren de par en par las puertas de la Aviñón de los Papas; al enfrascaros en la lectura de los sugestivos capítulos de la leyenda medio-eval pensaréis que dis-



currís por las callejas de la ciudad de Benedicto Trece y que andais á codazos con los caballeros, mercaderes, peregrinos, soldados, marineros, poetas, obispos, aventureros y cardenales que formaban la corte del anti-papa y la población aviñonesa. Si os distraéis oyendo las canciones que los trovadores entonan bajo las ventanas de las damas galantes os arrollará una turba de desarrapados que persigue á un judío... La visión del palacio papal; de las clásicas hosterías; del vasto cementerio de los Aliscamps junto al Ródano, por cuyo cauce no era raro ver «navegando» un ataúd «con el dinero encima para pagar la sepultura;» del castillo de Nerto, con sus amplias cámaras frías y tristes desde la muerte de la condesa, habitadas sólo por la gentil castellana de las trenzas de oro, y doña Sibila entregadas á la lectura del «Breviario del Amor» en el mirador de la gótica torre alumbrada por el sol poniente; los juegos de esgrima, de la sortija, y los banquetes con que los nobles provenzales celebraron su victoria sobre Raimundo de Turena; toda la clara y justa visión de la edad-media provenzal parece realidad evocada por la fantasía del poeta y que la historia dócil y sumisa á los conjuros de la poesía ha reconstruído con todo su ambiente y colorido una época y una raza.

\*



La corte de Luis II; el fastuoso casamiento del rey con Violante de Aragón; la fiesta en las Arenas con su inesperado y trágico final; la cabalgata de damas y caballeros que sigue á los reales novios desde Castel-Renard hasta Arlés, cazando con sus halcones, pisando las mieses con sus alazanes, enamorando los donceles á las ricas-hembras; la vida monacal en los conventos de damas nobles; la profesión de Nerto apadrinada por los reyes y consagrada por el Papa, y el rapto de la novicia, son cuadros de una exactitud, de un vigor y colorido tales que confirman y demuestran que Mistral posee en tan alto grado como lo poseyeron Flaubert, Louys, Sienkewicz en *Salambó*, *Afrodita* y *Quo Vadis*.

Aviñón vive en las páginas de NERTO como viven Cartago, Alejandría y Roma en las novelas citadas. Y no cede NERTO á ellas en la pintura del medio, de las costumbres de los caractéres, de la indumentaria; en la evocación de las legendarias proezas, de los sueños y supersticiones de aquella sociedad cuatrocristiana. Todo está estudiado, observado, reproducido con exactitud prolija por el historiador; todo está visto, sentido, adivinado por el poeta. NERTO vertida en prosa, (aparte, naturalmente, la modesta labor literaria del traductor), es una novela arqueológica del valer

literario de las más renombradas de este difícil género novelesco en el que, fuera de aquellas obras maestras que se titulan *Salambó*, *Espartaco*, *Afrodita*, *¿Quo vadis?*, *Jone* y *NERTO* y algunas otras, pocas por desgracia, apenas encontraréis alguno que otro plagio de éstas, alguna que otra parodia caricaturesca de los grandes maestros.

Los caracteres están soberbia y desenfadadamente dibujados, esculpidos diría mejor. La clásica testarudez de Pedro de Luna, firme y erguido en su roca de Aviñón desafiando al mundo entero con estas palabras, que parecían la divisa del papa aragonés:

—«¡No bajaré jamás! ¡Papa soy... y papa moriré!», la cándida inocencia de la gentil Nerto, «pobre golondrina con las alas mojadas y empujada de una á otra nube por la tempestad»; la depravación de su padre el barón Pons, empedernido jugador, noble arruinado que vende al diablo el alma de su hija á cambio de un montón de oro; las andanzas truhanescas del tenorio aragonés Rodrigo de Luna, carácter entreverado de rufián y de caballero, romántico por añadidura; la majestuosa figura del rey provenzal Luis II y la de su noble esposa la princesa Violante «cuyos ojos funden la nieve», hasta maese Bouisset, el ciudadano de Arlés, agrimensor y cronista,

portavoz del pueblo arlesiano en las fiestas régias, todos los caracteres son figuras reales y vivientes arrancadas del marco de la historia, para revivir otra vez al impulso de la inspiración del poeta como antaño lo fueron por sus propias pasiones.

Revélase también Mistral en NERTO como delicado y fino humorista, á la manera cervantina diríamos si no tuviera más cerca de él la gran figura del maestro en ironías Alfonso Daudet. Tal vez sin proponérselo, para mayor mérito y fortuna literarios, Mistral descubre un espíritu ático, sutil é ingenioso, para la delicada ironía, que alcanza grados de sublimidad cuando interviene en la leyenda el elemento sobrenatural diabólico.

En el apasionado é ingénuo corazón de la doncella Nerto, cuya ciencia no iba más allá de la contenida en el *Breviario del Amor*, libran reñida y singular batalla el amor y la superstición, Rodrigo de Luna y el Diablo; la pasión la inclina á Rodrigo; el miedo al Diablo le hace profesar en un convento; pero el amor ó el Diablo la arrojan por fin en los brazos del apuesto sobrino del papa Luna. Y en este momento dice sutilmente irónico Rodrigo, al llevarse á su castillo á la atribulada novicia:

—«Estamos en el castillo del Diablo...



No tengas miedo: es mi amigo. Cuando el buen Dios duerme, alguien ha de gobernar el mundo. Y bueno es poseer el poder ya nos venga del Olimpo ya del Averno »

En el ligero y desenfadado prefacio de la leyenda, que lleva por título: «El diablo pone la piedra», también Mistral se revela como refinado y original humorista de tan buena cepa que para encontrarle igual hay que remontarse á Goethe y á Cervantes. Y acaso, acaso la clave de la intervención del elemento sobrenatural diabólico en el poema, esté en la exclamación que Rodrigo, el sobrino del papa, lanza al profanar la clausura:

—¡Al lobo! ¿Llamáis al diablo? ¡Aquí está! —y coge entre sus nervudos brazos al delicado lirio provenzal que acababa de pronunciar sus votos por consejo del Papa, para librarse del poder del Diablo, y huye con tan preciosa carga.

Mistral hace desempeñar al diablo «un lucido papel» en la leyenda, presentándole como un personaje real de carne y hueso; es un acierto afortunado, pase el pleonasma, de Mistral en NERTO, como lo fué de Goethe en *Fausto*. Aquellas gentes, nobles y plebeyas cristianos y judíos, creían en la omnipotencia del Diablo; «lo sentían,» lo llamaban en sus apuros y conflictos y efec-

tivamente, el Diablo acudía en figura de judío prestamista, de rufián asesino, de caballero raptor, de fraile casamentero, á servir á su señor; la recompensa era la condenación eterna, las llamas infernales... Era preciso, pues, repartir al Diablo un lucido papel y sacarlo á escena en la hermosa leyenda con su negra capa bordada de oropel y la clásica pluma roja en su montera. El Diabolo está en el escenario haciendo de las suyas.. Ya no falta nada para la exacta pintura histórica de los pueblos y las razas medioevales. Mistral es en NERTO tan gran poeta, como profundo filósofo conocedor del corazón humano...

Homero hizo intervenir en las luchas de los héroes de sus poemas, á los Dioses en quienes ellos creían y les hacía tomar diverso partido en pro y en contra de griegos y troyanos, según convenía al desarrollo de la fábula, con certero instinto psicológico. Si la concepción del arcángel caído hubiera existido ya en la literatura y en la filosofía helénicas, el Diablo hubiera aleteado sobre los muros de Troya como extendió sus alas sobre las torres de la Aviñón de los Papas ..



## VI

Muy pocas palabras sobre la originalidad de NERTO. Las precisas.

Consiguió Mistral su indiscutible originalidad en todas sus obras, porque posee, como todos los genios, sincera y espontánea expresión personal no aprendida, no imitada; pero sí perfeccionada en cada sucesiva obra; y en NERTO, aquella su desenfadada expresión personal, campea ya como maravilla del ingenio humano, lo mismo al dibujar los caracteres, al bucear en las almas y al describir el medio, que al deslizar la sutil ironía. Esto en cuanto al estilo.

En lo tocante á la originalidad del asunto, justo es decir que algunos críticos hacen notar la admiración que siente Mistral por los poetas griegos y el parentesco meramente espiritual de *Mireya* con *Dafnis y Cloe*. Es cierto. Cloe y Mireya se parecen como se parecen el cielo de Lesbos y el cielo de Provenza; nada más. Pero NERTO no se semeja á obra alguna, ni está inspirada en ninguna literatura. Por esto la tengo por la obra más sincera y perfecta de Mistral; y por la misma razón la ofrezco hoy traducida al castellano, como digna

hermana de *Mireya*—que dió universal fama al poeta,—y aun de competir con ella.

NERTO es, sencillamente, la Provenza medioeval, con cohorte de leyendas y tradiciones; con sus esplendores regionales y sus luchas con el mundo entero al ofrecerse como baluarte del poder temporal de los Papas; con sus cortes de amor; con la pintura de la vida burguesa y de la vida feudal; con todos sus ideales y supersticiones y caballerosas historias.

En una palabra; como tenemos la novela arqueológica de Roma en *Espartaco* y en *Quo vadis*, de Cartago en *Salambó*, de Alejandria en *Afrodita*, poseemos la novela arqueológica de la Provenza y de la Edad Media en NERTO, y tenemos en Mistral, además de un excelso poeta, un concienzudo y verídico historiador de una época y de una raza.

## V

Federico Mistral es además un trabajador incansable. Él mismo nos confiesa en el prefacio de uno de sus libros, que estuvo trabajando siete años en *Mireya*, otros siete en *Calendau*, reuniendo datos, antecedentes, estudiando la psicología y la fisiología de sus personajes,

recorriendo los lugares de la escena de sus poemas. Otro tanto necesitaría espíritu tan pulcro y respetuoso con la fidelidad histórica para escribir NERTO, reconstruyendo tan admirablemente toda una época histórica que no podía improvisar con todo su pasmoso talento poético y su maravillosa iniuición artística.

Figuran al lado de NERTO, *Mireya* y *Calendau*, otro poema *Lon Rose, Lis Isclo d'or*, hermosa colección de poesías, canciones, poemitas, sonetos y cuentos, los que Dios mediante traduciremos algún día para admiración de los devotos del provenzal ilustre; y su obra monumental *Lou Tresor dou Felibrige*, completísimo diccionario provenzal-francés «archivo y arsenal para los nuevos escritores de la antigua lengua de *oc.*»

Otra de sus obras magnas es el Museo de Arlés por él fundado y sostenido por él, ayudado por otros ilustres provenzales. La arqueología, el arte, la etnografía, la historia, toda la vida propia antigua y moderna de Provenza tiene en aquel Museo representación plástica.

Un rasgo del poeta: cuando la justicia batiendo sus alas de oro se detuvo en la Provenza y dejó en las manos del autor de NERTO el premio Nobel de la literatura, Mistral, «el soberano del imperio del Sol» como le apellidan los buenos



provenzales, «la cigarra á la que el Sol hace cantar» como él mismo se llama, destinó todo el puñado de oro que la justicia humana dejó caer sobre las albas páginas de sus poemas, para la creación del *Palacio de los Felibres* en el cual instaló en *Museou Arlaten*, «precioso relicario de la tradición familiar y del genio poético de la Provenza. Con «su dinero de poeta» compró el bello palacio de Laval, joya arquitectónica del siglo xv y lo convirtió en Palacio de la Poesía.

«*Mireya* es hija de Provenza; á *Mireya* debo el premio Nobel; sean los miles de francos para la poética región que me inspiró el poema» fué el sublime argumento de su rasgo genial. Acaso la poderosa razón que le forzó á entregar aquel oro á su querida patria, fué que el poeta al ver sus manos, avezadas sólo al peso de su ligera pluma, llenas de oro pesado, macizo é inexpresivo, no supo qué hacer con él en provecho propio... y sin contarle siquiera, sin complacerse con su sonoro tintineo, se apresuró á dárselo á su Provenza, convertido en un Palacio de la Poesía «haciendo un poco de bien» á la vez que dejaba libres sus delicadas manos de poeta para coger otra vez la pluma, carga más ligera, dulce y amada.

Este es Mistral. La cigarra que des-



precia el oro y á quien el sol hace cantar...

## VI

No tengo derecho para prolongar más tu impaciencia, bella lectora, discreto lector. Hora es ya de que penetres en el suntuoso y soberbio edificio cuyas puertas de oro tengo la honra inmerecida de abrirte.

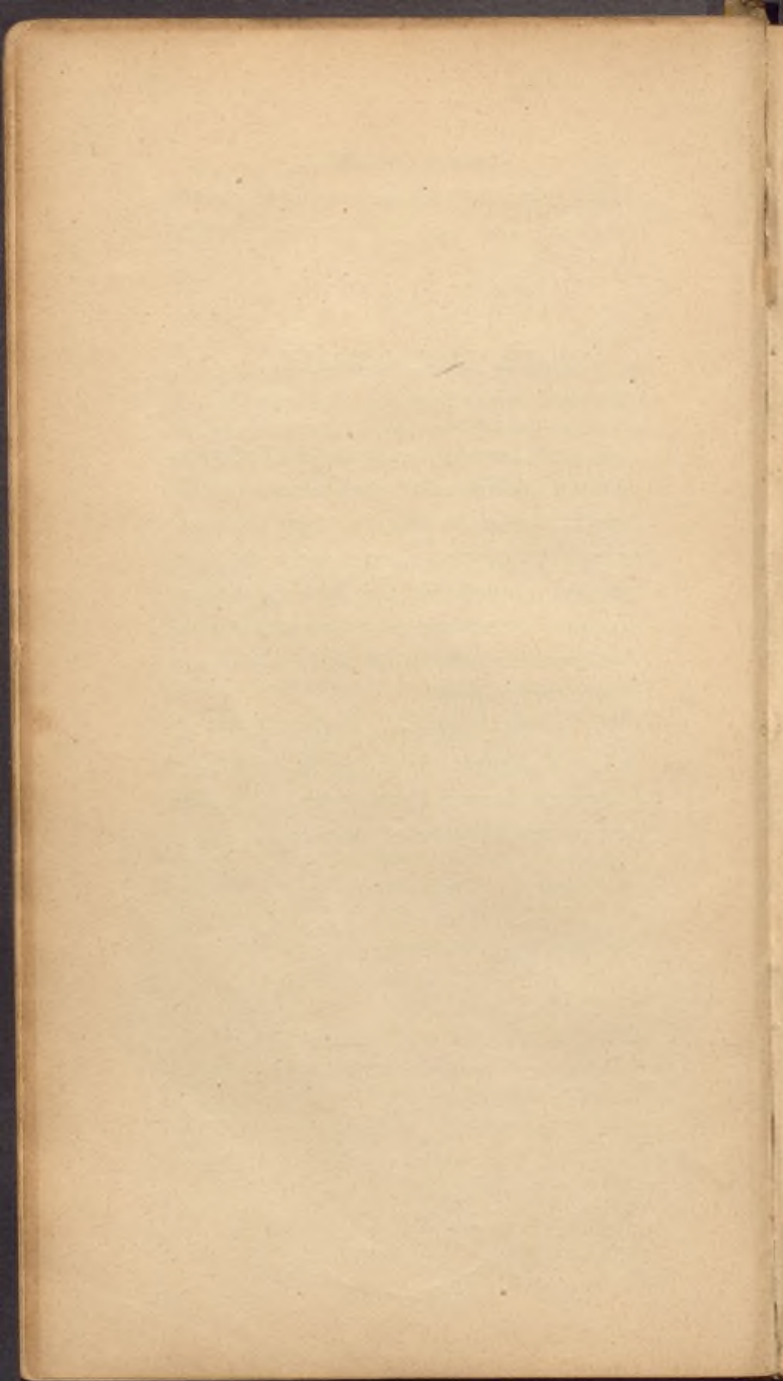
Pero antes escucha: vertí la obra de Mistral, como si el poeta pensándola en provenzal hubiérala escrito en castellano. He respetado los conceptos; pero los vestí con los severos ropajes de nuestra habla; dejé los giros propios del provenzal allí donde podía hacerse sin contraposición á los de nuestra lengua. Esta fué mi labor. Ve; penetra en el magnífico alcázar que abro ante tus ávidos ojos. Olvida al mísero traductor: guarda todo tu respeto y toda tu admiración para el poeta, para el autor de NERTO.

B. MORALES SAN MARTÍN

## NOTA BIBLIOGRÁFICA

*Ya compuesto el estudio de Federico Mistral, debido al ilustre novelista valenciano don B. Morales San Martín, se nos advierte la existencia de una versión castellana de NERTO (editada por la extinguida Casa editorial L. González y C<sup>ª</sup>) de la que se hizo un tiraje muy parco.*

*La versión catalana á que alude el señor B. Morales San Martín, es debida al insigne poeta Verdaguer, y de ella han aparecido ya dos ediciones.*

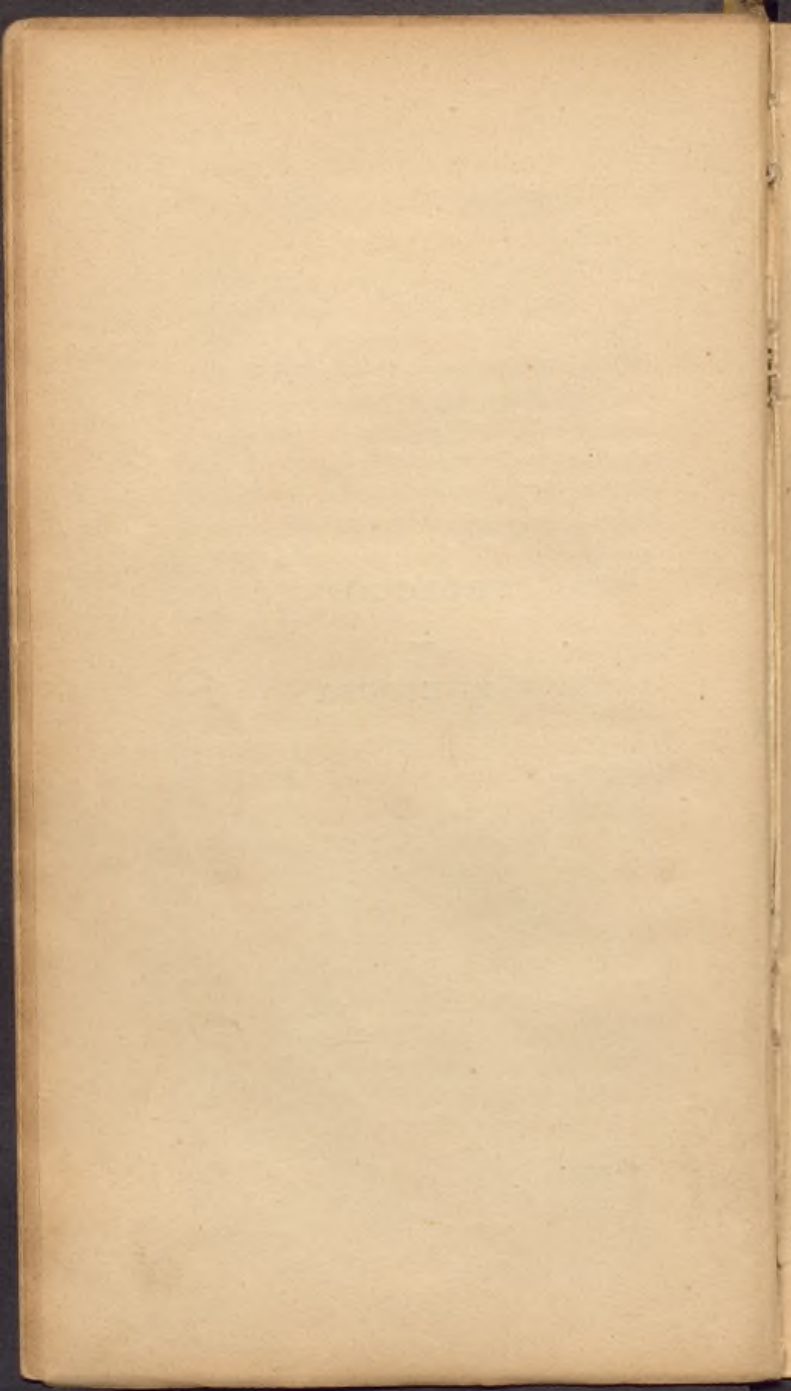


PRÓLOGO

—

A MI ESPOSA







EL DIABLO PONE LA PIEDRA

**R**EPAR penosamente á las altas cimas, sujeta la cintura con la faja, y cantar, los cabellos al viento, desnudo el pecho y con airoso ademán, es, caro lector, un placer exquisito, singularmente cuando la mañana y el fresco rocío despiertan y avivan las ilusiones. Pero cuando el fuego y la luz del sol comienzan á apagarse, los transportes y gritos de alegría se apagan también al morir el día del Señor.

Así, pues, no extrañéis que yo atando á mi gusto mi gavilla, os cuente una novela en verso festivo y familiar. En los atajos que siguen los rebaños transhumantes <sup>1</sup>, en el luminoso país de la Tarasca, en Monte-Mayor, junto al Agu-

jero de las Brujas, la recogí antaño y os la doy rimada esta primavera.

Y aunque en ella figura el Diablo desempeñando un lucido papel, yo os aseguro, mis buenos amigos, que no quiero fantasear, ni chancearme, ni hacer burla de vosotros. Los buenos campesinos de aquellos parajes me la refirieron como cosa cierta; pero, hoy día, la gente escucha con extrañeza lo que se les cuenta de Lucifer; y muchos á quien el diablo tiene ya sujetos con su arpón reirán y harán gestos despreciativos si yo les hablo del Gran Cornudo.

¿Pero qué le importa á Maese Mosca<sup>2</sup> la guerra minúscula que se le hace negándolo? ¿Le impide al viejo bergante agazaparse junto á su gatera y tender las redes? ¡Él prefiere que lo nieguen y se le rían en sus barbas y que el hombre viva abandonado al azar y al peligro! De esta suerte, el pobre loco corre derecho á su perdición.

Crear, lleva á la victoria. Dudar... he aquí el narcótico, y el pez en la cesta, y el euforbio junto al arroyo. Una vez el agua está envenenada el pescado se coge á brazadas. Y cuando el pueblo ha perdido su fe, el infierno activa sus fuelles.

Presumo que me diréis, que la retorta de la ciencia ha disuelto todas las zurrapas y todo el poso del viejo mundo de las supersticiones. Me diréis también que la luz arrojó de sus madrigueras y de sus cercados á todas las brujas y hechiceras... ¡Ah, necios! El Maligno<sup>3</sup>, al pie del Arbol de la Ciencia nos acecha y espía pacientemente desde Adán. Tenedlo entendido bien: él, es el primer sabio.

En fin, separar las piedras del camino en el cual el hombre lacerado vacila; apartar de su boca el pan duro y huir del polvo negro de la miseria y del mal vivir, es ciertamente una redención. Pero esto no es bastante. Como dijo un sabio y viejo rey: «Mientras yo vea á las criaturas, esclavas de una ley natural, nacer, crecer, agostarse como flores de un día y morir en el seno del dolor, yo, ansioso de una redención más alta, más sublime, elevaré mis esperanzas, pues la verdad de aquí abajo es que todo no es más que vanidad de vanidades.»

¿Qué es el mundo? Una apuesta, un duelo eterno entre el Cristo de las profecías y el Demonio, aquel renegado que hizo el mal y creó el pecado. El Diablo es un sér astuto y sagaz; cuan-



do juega, juega, y roba las cartas afortunadas. Si pierde torna á jugar. Miles de años hace el envite á Dios. Antaño, cuando se jugó la gran partida, dicese que los dos rivales jugaron al tejo con las grandes rocas socavadas que se desprendían de las montañas; si alguien lo duda, que vaya al monte Leberón <sup>4</sup> y verá la piedra lanzada por Satán. Y aquella lucha de titanes ¿creéis que terminó? Entonces comenzaba.

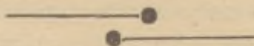
El Diablo es un alegre camarada Por Abril busca los bailes retozones en los verdes prados. Las parejas que se pierden en las florestas; la mano ardiente y el juego del escondite, á falta de cosa mejor, le divierten. La zampoña y el caramillo le atraen y le alegran; y cuando gruñe el violín, escucha con el oído á ras de tierra. El Diablo es un buena pieza; ama la risa, ama la alegría, las mascaradas carnavalescas y la zambra; le agradan mullidos cojines, el aroma de las rosas y del mirto, los ricos vestidos descotados y la arrogancia de la juventud que camina con la cabeza llena de viento. Pero lo que él prefiere, sobre todo, son los juegos que hacen caer de espaldas á los más valientes y soberbios en las grandes

llamas del infierno; el juego que engendra los blasfemos, los miserables de guante blanco, los mujeriegos, los camorristas, los parásitos, los usureros, los fanfarrones, los bellacos; el juego que lleva por malos caminos al precipicio, á la ruína; el juego que hace perder la fe, que cubre los palacios ruinosos de ortigas y cardos; el juego que engendra á los parricidas...

Lector amable; á pesar de todo, yo me dolería de haber llevado el miedo á tu ánimo: el mónstruo es listo, pero no es el maestro y señor invencible; y quien ama la lucha encuentra siempre un medio para vencerla. ¿No recordáis la conseja de la abuela? Cuando levantó el puente del Gard «el contratista de las dañadas intenciones» se reservó, como salario, la primera alma que pasara por encima de sus arcadas, dice el cuento. Para salir de tan mal paso—la jugada se ha hecho célebre,—hicieron correr por el puente una liebre <sup>o</sup>. El Diablo, que estaba ojo avizor, le echó las uñas al momento. ¡Figuráos los visajes que haría cuando notó el engaño! De rabia la estrelló contra el muro. Aún se vé á la otra parte del puente.

¡Ah, bribón! Nada le asusta, nada le

desanima; desordenado y mal urdido es su trabajo, como las raeduras de los ratones. Mina la tierra, atasca el carro, remueve el cieno, agita el avispero; con sus malditos papelotes intenta ahumar la ley divina! Mas el sol funde la niebla; el sol y la lluvia desmoronan el puente y el Diablo se hunde en el abismo. Esto, que parece mentira, como las nubes de la fábula mítica, á menudo responde á la verdad. A pesar de todo, el puente está en pie y el Espíritu rebelde hizo la obra para el Señor. ¡Brilla, oh sol! ¡Nosotros estamos con Dios! Mujeres, aparad en vuestros faldellines.

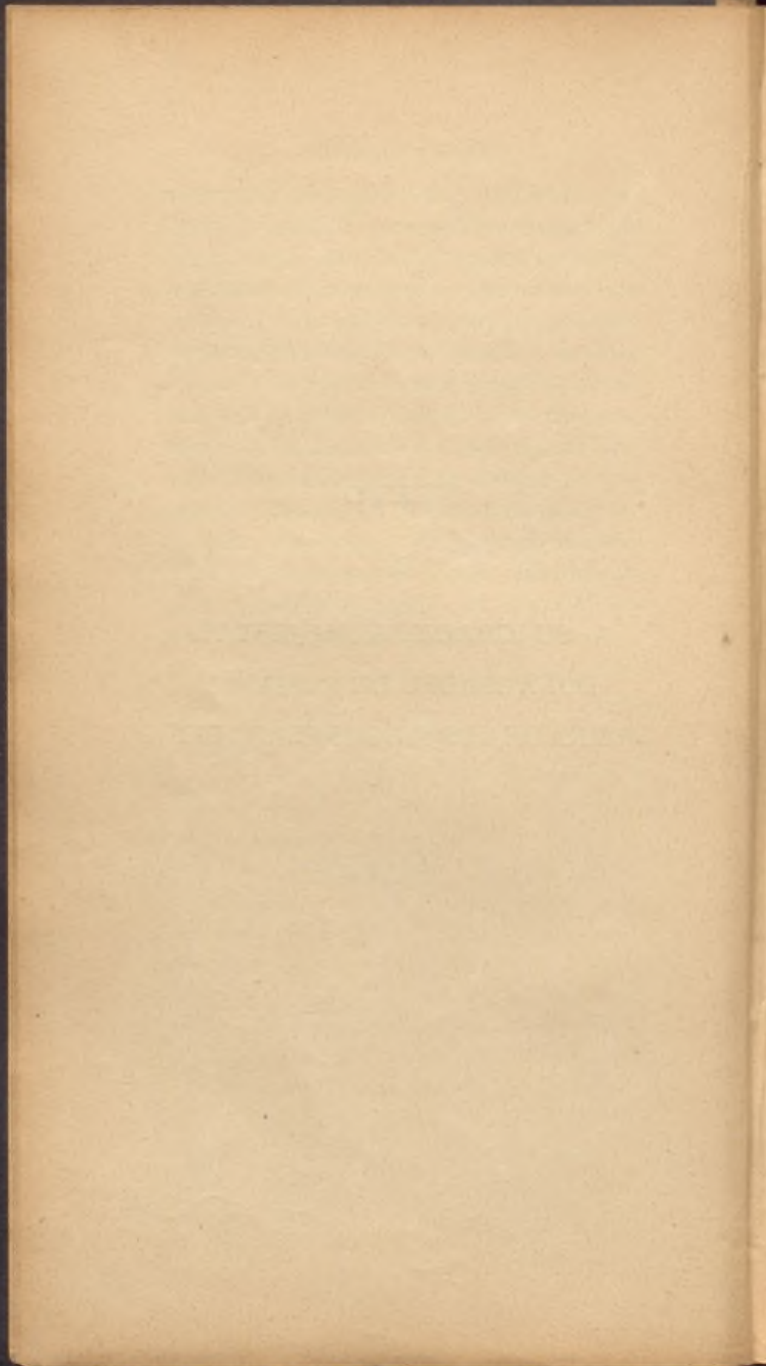


NERTO

I

A SU GRACIOSA MAJESTAD  
DOÑA ISABEL DE RUMANÍA  
REINA DE LOS JUEGOS FLORALES







I

LOS BARONES



CASTEL-RENARD levanta sus torres que semejan, vistas de lejos, dos cuernos sobre la testuz de un toro <sup>1</sup>. Pero el castillo, que hoy yace en tierra sin puertas ni almenas, cubierto por matorrales de tomillo, salvia y parietaria que florecen en primavera en el lugar en donde lucieron las damas de antaño sus encantos; por cuyas ruinosas murallas solo pasean verdes lagartos, mientras el viento entona sus sonatas entre los pinos; el castillo, con sus torres coronadas señoras de la vasta llanura, levantando aun sobre el horizonte «los tres puñales» de su escudo, era todavía

imponente bajo la luz del sol: los Papas reinaban.

El barón Pons, el poderoso señor, yace en su lecho, cruzadas las manos, abatido, clavado en él por el dolor. Sentada al borde de la cama, Nerto <sup>2</sup>, su rubia heredera, vela su sueño y le asiste cuidadosa. Por allá abajo, de tarde en tarde, en el fondo de los cobertizos del castillo relincha fogoso potro.

—¡Pobre Robin! - exclama el enfermo levantando los ojos al artesonado.— ¡Llamas á tu amo! Pero ¡ay! no sentirás ya su peso sobre tus estribos.

¡Y no se equivoca, voto á Dios! El más sabio de los médicos, el judío Mardoqueo, que caballero en su mula baja el estrecho caminejo del castillo, acaba de decir rodando la cabeza:

—Esta dolencia será larga...

Por los ajimeces se ve lucir alegremente la luz de la aurora, que alumbrá al señor que gime en el lecho, el espléndido baldaquino, y las soberbias tapicerías de cuero cordobés. El altivo barón presiente que no se levantará y de súbito, con voz ruda, fosca y cavernosa, despide á sus servidores; y, solo con su hija, hace confesión de toda su vida:

—Hija mía— exclama.—Dios me condena á presentarme ante el tribunal cuyas sentencias son eternas; y de una pena que oprime mi pecho es preciso que te refiera la historia. ¡Oh, Jesús, Jesús mío, condéname! ¡Más que Judas y más que Mahoma merezco el infierno, pues de sangre de mi sangre vendí el alma! ¡Ah! ¡Pobre hermosa mía! ¡Tan negra es mi felonía que me he hecho indigno de perdón!... Hará trece años, por San Eutropio, nos reunió un día Isnardo de Mormoirón, á algunos barones para arrojar de sus guaridas á los lobos de Raimundo de Turena <sup>3</sup>. ¿No recuerdas? Aquel gran truhán, ladrón de caminos, incendiario de conventos, que en sus incursiones llevábalo todo á sangre y fuego, y que pasaba sobre las masías y los castillos como los dientes acerrados de un rastrillo. Después de luchar esforzadamente en el fondo de los valles y en las crestas de los montes, lo mismo con la espada que con la ballesta; y cuando barridos por nosotros los Tondims <sup>4</sup> fueron dispersados totalmente, Isnardo nos agasajó con largueza durante nueve días en su masía de Bacalán. Todas las mañanas, hasta mediodía, corríamos la sorti-



ja en el torneo ó cruzábamos las dagas en el prado. Después, en el cotidiano banquete, el aromático hipocrás rebosaba en los vasos. Cuando abandonábamos, hartos ya, la mesa del festín, salíamos á la terraza y nos jugábamos el oro á los dados. ¡Cuando la fortuna no quiere sonreírle á uno!... Si primero me fué mal, luego peor. Me habían embrujado seguramente... Pero del fondo del abismo ¿quién puede salir? Jugué locamente y lo perdí todo... Cerca de media noche, con nieblas en los ojos, retornaba yo por el monte... ¡Dios mío! Mi cabeza parecía estallar. ¡Había perdido cuanto tenía! Desesperado, más muerto que vivo, errante como un loco me extravié por aquellas montañas. Había perdido mi halcón, mi caballo, mis olivos, mi manto escarlata de Florencia, todas mis islas de Durance, mis dehesas de Castel-Renard, mi noble escudo de tres puñales, las joyas de tu difunta madre, hasta los cerrojos de la puerta del casti-tillo... No me quedaba más que la afrenta y la cruz del bautismo sobre mi frente. Y como un enjambre de negros tábanos que se encarnizaban conmigo, hostigándome con sus zumbidos, enloqueciéndome con sus botes, las malas

ideas me perseguían agujoneándome...  
«¡Noble desarrapado, vé y tírate de cabeza al agua! ¡Jugador maldito, vé á despeñarte! El cautiverio, el hambre, la miseria te esperan; el escarnio te escupirá mañana en la cara. ¡Barón arruinado, no posees ni la camisa que llevas!» Si en aquel momento se hubiera cruzado en mi camino, por un azar, un traginante con su cinto repleto de oro... ¿quién lo hubiera sabido? No se veía alma viviente en aquellas soledades... ¡Ah! Lanzarme sobre él ferozmente y degollarle como una res fuera todo uno. ¿Pero, y mi hija? ¡Oh! El lobo sale de la madriguera cuando tiene hambre... ¡Venga el diablo con las manos llenas de oro, y le venderé, si es preciso, mi hija!

—¡Padre! — exclama la doncella. — ¡Tengo miedo! ¿Vender á una hija, es posible?

—¡Oh!—ruge el barón Pons.—Puedes maldecirme. Apenas, en mi delirio, hube pronunciado la fatal palabra ¡aún siento el escalofrío! percibí en las honduras de las peñas un rechinamiento de dientes y un largo crujido que ignoraba de donde venía. Ví una enorme nube que cubrió el inmenso arenal. De pronto la

luna surgió de aquella negrura, y ante mí, en el aire, ví una enorme y siniestra rueda que giraba cubriendo su círculo de sombra una gran extensión de tierra. Los ojos, encendidos como dos brasas, el cuerpo encorvado, enarcada la pierna, y moviendo el manubrio con ambas manos, un personaje malcarado hacía chirriar la horrible máquina.

—¡Te han dejado sin un cuarto!— me dijo aquel trasgo en tono zumbón.—¡Ah, amigo mío, quien juega pierde! Mas para un hombre esforzado y decidido, las heridas en la bolsa no son mortales.

Y mientras tales razones me hacía el chocarrero ganapán, seguía volteando la rueda del pozo. Pero la chirriante norria<sup>3</sup> ¡jira de Dios! he aquí que comienza á vomitar á borbotones, grandes chorros de monedas de oro, cequíes y doblones que brillaban tintineando á la luz de la luna. Sentí hervir mi sangre y correr á torbellinos por mis venas.

—Esta tierra que pisas—me dijo,—es una alfombra de plata y oro. ¡Oh, esta máquina es maravillosa! ¡Si algún hombre la inventara algún día, podría mostrarse hasta de Dios...! Y bien: ¿pactamos? Todo este tesoro es tuyo; yo vendré dentro de trece años, á buscar á tu

hija.—Extendí la mano, yo ¡tu padre! y, miserable y malvado, me arrojé sobre el infernal tesoro. La aparición diabólica que te describo brevemente, pasó como un relámpago.—«Fué un delirio de tu razón...»—podrán decirme. Pero ¿y la plata recién acuñada, sonante y brillante que quemaba mi mano? La veo, la toco y siento su peso aún... Febril, embriagado y loco, vuelvo á jugar en seguida. Mis dedos temblaban. ¡Fuego de Dios! ¡Ya tengo dinero! ¡Mil florines! ¿Quién para el golpe? ¡Y, zás, los dados van al galope! Antes de una hora era tan rico como el rey moro.

Nerto, con sus trenzas de oro, pálida por la herida que acababa de recibir en el corazón, está medio caída en su silla y como muerta. Quédase un momento inmóvil y con los ojos cerrados. Después, cuando la sangre refluye á sus venas, levántase pálida y descolorida, desgarrá su faldellín, y con agudos gemidos, exclama mesándose los rubios cabellos:

—¡Soy la desposada del Diablo! ¡Maldición! ¡Suerte desdichada! ¿Qué hacer? ¿A dónde ir? ¿Cómo salvarme, Dios mío? De aquel que trisca por las tinieblas siento ya la mano fría posada en



mi cuello. ¡Ah! ¡Huye de mí, casta inocencia de las doncellas. Mi propio padre me abandona á las tentaciones del Espiritu infernal y no gozaré del día de la gloria. ¡Adiós, mi capilla, en la cual rezaba tranquilamente mientras contemplaba en los ventanales los santos y santas de colores que resplandecían en plena gloria! Va á caer sobre mí una catástrofe horrible que me lanzará del día esplendoroso á la negra noche. ¡Santa Marta de Provenza, acudid en mi amparo, pobre de mí, vos que vencisteis en Tarascón al horrendo dragón! La pavorosa tramontana va á llevármese á la condenación; terrible torbellino viene sobre mí desde lo invisible! ¡Madre de Dios, Virgen Inmaculada, poderosa Santa María, si os place hoy como en otro tiempo, aniquilad á Satanás á vuestros pies... Venid ¡oh, Virgen María, en mi ayuda, pues estoy perdida! Venid; á vos me entregaré y seré toda vuestra... ¿Será posible que hayan dado mi mano de esposa al Diablo? ¡Soy cristiana! No puedo quererlo. ¡Padre, padre mío, me engañas!

Y con los ojos centelleantes y las trenzas deshechas, la doncella se desborda en llanto, en ayes, en suspiros.

¡Infeliz castellana! ¡Ella, la reina de toda la llanura, la agraciada como ninguna, la gentil Nerto, de quien se hacían lenguas los campesinos! Tan cariñosa y compasiva... A veces entraba en las masías:

—¡Dios sea con vosotros! ¿Qué hacéis de bueno? ¿Giráis el huso, señora Babet? Comadre Juana ¿vais á jornal? ¿Podríais lavar mi ropa? ¿Sois vos, Nanón, quien ha amasado hoy? Tenéis un buen pan y muy bien cocido. Y la pequeña Marta ¿cuándo comulga? Si sigue siendo tan buena muchacha, la tomaré como doncella.

Y á lo largo de las calles de los poblados, su blanca y pródiga mano distribuía siempre las monedas de su escarcela.

—El padre es un viejo lobo cerval, siempre á caza de camorras y pendenias... Pero la doncella de las rubias trenzas — decían las gentes — vale un mundo...

Era la más hermosa de toda la Provenza. Los jóvenes provenzales fueron bailando en farandola á plantar ante Nerto el árbol de Mayo. Pero ninguno de ellos osó decirle ninguna galantería ni echarle flores. Solamente se

atreven los donceles de aquellos contornos, desde Segonau <sup>o</sup> á Mont-Ventour, á mirar su torrecilla suspirando. Todos miran hacia donde sale el sol y cuando la virgen rubia se levanta y sale á recibir los besos del astro rey, todos los ojos se dirigen hacia ella: es capullo de la vara de Jessé; flor de amor que acaba de abrirse y que nadie se atreve á coger.

Salía al mirador de su torrecilla á veces Nerto, para beber las húmedas brisas ó distraer su tedio. Y, mirando al azur, la tierna baronesa decía sus canciones contemplando las golondrinas que se posaban en las veletas del castillo.

Eran ya pasados los tiempos de la alegría, los tiempos del amor; aquellos buenos tiempos en que venían de castillo en castillo recitando versos y cantando leyendas los trovadores. El monocordio no esparcía sus dulces acordes á la luz de la luna. Mucho tiempo ha, en las grandiosas cámaras de la condesa anidaba una nube de tristeza. Los gentiles trovadores pasaron por ellas para no volver; hasta la luz parecía huir de allí.

Nerto, acostumbrada desde su infancia á aquella plácida y retirada vida,

entre las rojas almenas de su escarpado castillo, vivía sola sin otra compañía que la de su tía doña Sibila. Uno de sus placeres era la lectura; y para instruir la y educarla en el amor á lo bello y á lo bueno, la sabia dama hacía recitar todos los días á Nerto un fragmento del *Breviario del Amor* <sup>7</sup>.

¡Ah, cuán bello era aquel libro! Mencionaba en cada verso los pájaros, los peces, y las bestias que pueblan la tierra; las maravillosas virtudes de las plantas y de las piedras preciosas, el zafiro, la piedra imán que atrae el hierro; explicaba, después del camino de Santiago, los doce signos del Zodíaco, la estrella de hermosa y espléndida cola, la Sirena, la ninfa Eco y los ocho vientos de la rosa marina; después el punto de doctrina cristiana: Eva, nuestra abuela y su esposo, los ángeles buenos y los malos, la serena alegría del Paraíso y las diez penas del infierno. Por último, el Arbol del Amor, que prescribe el buen humor y la cortesía tan propias de las damas linajudas que nacieron para amar. El pergamino estaba cuajado de flores y viñetas en oro y bellos colores. Contemplando tan lindas imágenes, Nerto gozaba; y cuando veía



en una página una linda doncella, esbelta, rubia y un poco pálida, de ojos azules y boca carmínea en la que tenía un tallo de jazmín <sup>3</sup>, y versos escritos bajo la gentil imagen, exclamaba:

—¿Soy yo? ¿No es cierto que se me parece mucho?

Y, medio adormecida, doña Sibila respondía:

—Doncella recatada, doncella buscada... hermosa mía. El buen paño en el arca se vende. Eso significa esa flor.

Y tornaba á cojer el sueño.

El barón Pons, siempre en guerra, vivía poco en su hogar. De aquí, para allá, no cesaba en sus correrías. De Provenza á Limaña, de la Romagne á la Gascuña; ya tras los montes, ya tras los mares, ahora en Sicilia, después en el Piamonte, no había estocada, cabalgada guerrera, asalto, refriega, batalla ó matanza en las que Pons no se encontrase y de las cuales no sacara ventaja ó botín. Llevando encima el peso de su remordimiento y provocando á la muerte, en lo más recio de la lucha, corría siempre á la ventura.

Taciturno y envuelto en su manto retornaba al castillo. Era la hora del crepúsculo. Apenas descabalgaba de su

potro, la gentil Nerto corría con los brazos abiertos á acariciarle. Pero él esquivando sus miradas, apartábala con desvío tristemente, á tiempo que dos lágrimas brotaban de sus ojos.

—Contemplando á la hija, llora á la esposa—decían las gentes.

Mas el barón, escondiendo bajo su mirada dura y feroz la amargura que mordía en su alma, daba nuevas órdenes á sus servidores. Cinco ó seis días despues salía otra vez con gran estruendo por la puerta del castillo. Nerto suplicaba:

—Padre; ¿no tendrán fin nunca esas luchas?

El barón respondía secamente:

—El hombre de paz tiene su oficio. El noble vive guerreando.

Un día, sin embargo, en los alrededores de Grenoble, enfermó tan gravemente que tornó presuroso á su castillo y se dejó caer en el lecho... Y el señor Pons, sintiendo llegar su hora postrera, antes de emprender la suprema correría, llamó á Nerto y le confesó su crimen.

—¡Hija mía! En este momento de peligro, solo resta una esperanza á mi corazón—recomienza el pecador.—Tal vez



... llamó á Nerto y le confesó su crimen

hay un camino de salvación. Veo, ciertamente, que yo por mi crimen he de arder en las llamas del infierno sin esperanzas de absolución... Pero tú, prenda inocente de mi pacto abominable, ¿has de caer envuelta en las desventuras de mi suerte? ¡Ah, es esto más amargo que la misma muerte! Vé, échate á los pies del Papa: el Padre Santo es el dispensador de las grandes culpas: él tiene las llaves del Paraíso y el Señor no le contradice jamás. Será difícil y penoso, eso sí, teniendo en cuenta la pólvora que arde alrededor de Aviñón. Será trabajoso, no lo niego, escalar la roca de la cual la Iglesia cuelga hoy la lámpara de la fe, y penetrar en el torreón en que el Papa se encastilla; pues Boncicaut con sus tropas lemosinas y francesas asedia estrechamente y sin cejar un solo día, dentro de su palacio, á Benedicto XIII, quien desde su nido de águilas responde á la Francia bravamente, haciendo llover piedras y dardos sobre las testas de sus soldados. ¡Contra los trabajos de zapa y contra el incendio bien se defiende el viejo Papa! ¡Debí encerrarme con él!... Ahora es tarde... ¡mal año para mí! Pero, voy á revelarte un secreto. Existe un camino ignorado por todos. De bajo



los muros de este castillo parte un subterráneo, un paso angosto, profundo y reservado que pasa por debajo de la Durance para abrirse en la gran torre del Vaticano aviñonés.. ¡Es tu salvación! No lo olvides... El Papa Clemente y la reina doña Juana cuando habitó el castillo, construyeron secretamente esta escondida comunicación para que, en caso de guerra, pudiera huir por ella, bajo tierra, el Papa. Doña Juana confió el secreto y la llave del pasadizo á nuestra familia; y bien puede ocurrir que allá arriba nuestro Santo Padre, bloqueado y hostilizado cuatro años y once meses ha, y separado del mundo, esté harto de tan largo asedio... Y es probable, que ignorando este camino de salvación, daría el Purgatorio por encontrar una escapatoria. ¡Créeme, Ner-to: es preciso ir allá! Más para caminar más segura lleva contigo á Diana, la perra cazadora de liebres: ella te servirá de guía. Y si por malaventura encuentras bajo los arcos del subterráneo alguna mala bestia—¿puede uno prevenirlo?—alguna salamandra, alguna serpiente horrorosa, Diana te lo advertiría y además le torcería el cuello. Cuando hayas caminado cosa de media legua, si

el subterráneo no está inundado, oirás un estruendo acompañado de espantosos truenos, que mugirá sobre tu cabeza como el rumor de una tempestad. No tengas miedo; sigue tranquila tu camino: es que el furor de las impetuosas aguas de la Durance arrastran los peñascos por su cauce y laboran sobre tí. Por fin, cuando por dentro de la cueva angosta hayas caminado unas dos horas, verás que el pasadizo se abre y que un delgado hilo de luz baja hasta tí para esclarecer tu camino... Dile al Papa que huya y se refugie en Castel-Renard. Los bravos provenzales de un salto se pondrán á su lado y libre ya podrá leer el libro de la Iglesia al mundo entero... ¡Hija mía, corre á Aviñón! ¡Haz remembranza de nuestro nombre y poseerás el denuedo de nuestros abuelos! Date prisa á conjurar la tormenta... Vé; no esperes la hora postrera, pues van á cumplirse los trece años...

Un sollozo interrumpe al viejo. Nerto, con ambas manos en la cabeza sale de la cámara. Doña Sibila pretende en vano saber qué es lo que la enloquece... Nerto pide su ropón forrado de pieles de corderillo:

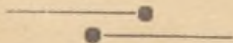
—¡Subid todos á las almenas! ¡Ro-



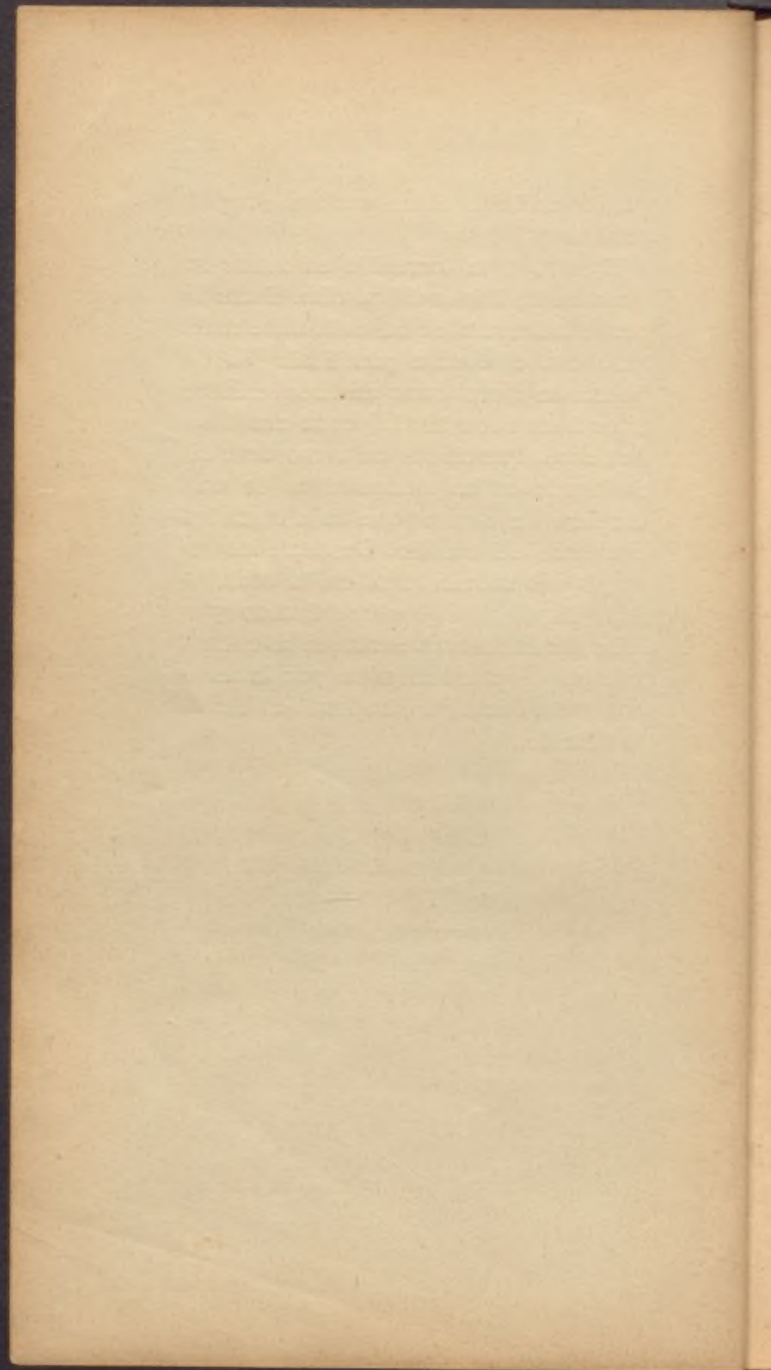
Se hunde en las sinuosidades de una escalera...

gad...—exclama como una loca—rogad por mí!

Y corre á la torrecilla en donde se guardan las llaves del castillo. Entre la revuelta herrumbre busca la llave marcada con el escudo pontifical. Va de puerta en puerta como un duende. Hace traer á sus doncellas la perra cazadora de liebres que brinca en torno de ella. Se hunde en las sinuosidades de una escalera de caracol que baja hasta los cimientos del castillo. Descorre los cerrajos del subterráneo: en la obscuridad, respirando el vaho húmedo y a la luz de su linterna sorda, se aventura azorada. Avanza inquieta por la tenebrosa vía. Diana, la cazadora de liebres, va delante.

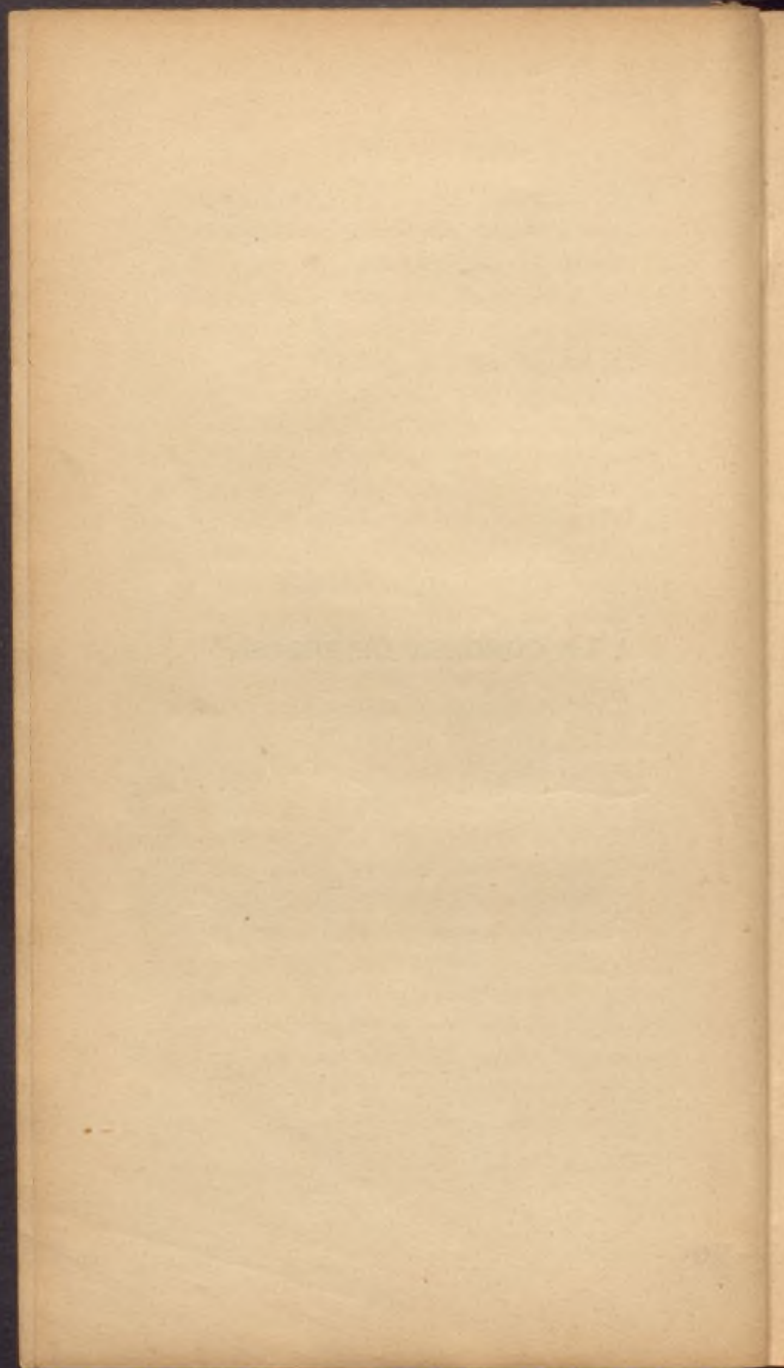






II

A LA CONDESA DE TOLOSA





## EL PAPA



ACÍ A setenta años que el Papado había puesto su silla en Aviñón, lejos de Roma abandonada. Aviñón extendió sus alas al verse convertida en la capital del mundo cristiano y asiento del Papa-rey. Todos los creyentes en Jesucristo habían dirigido su carro hacia la morada de su Vicario. Las naciones abrevábanse en el Ródano. Los Príncipes de la Iglesia habían edificado sus palacios en las eras y en las márgenes del Sorgo. Luego vinieron los burghueses, y los nobles más tarde. Veíanse entremezcladas las casas adornadas con ricos fanales y gárgolas con las de ale-



ros á la genovesa. Se contaban por millares las iglesias, las columnas, adornadas con santos, las capillas y los oratorios. Continuamente atronaba la ciudad el sonido de cien campanas tintineando alegremente; por la noche brillaban, iluminados por los faroles de los retablos, vírgenes y santos en las esquinas.

Pero el palacio pontifical descollaba entre todos. Asentado sobre la Roca escarpada, el gran castillo toca las nubes, elevando su cima á la bóveda celeste, y sobre el espaldar de sus arcadas, la prodigiosa cuadratura de sus siete torres de piedra berroqueña, recordaban por su altura la mansión de los gigantes. El monumento se miraba en el espejo del río que corre á sus pies, dominando desde lo alto la plana inmensa que le rodea; entre las flores y hojarasca de sus ventanales graznaban las aves de rapiña y los vencejos chillaban, revoloteando, entre sus almenas.

A horcadas sobre el caudaloso Ródano, como un camino de arcos triunfales, juntaba á Francia con Provenza, un majestuoso puente de piedra, de longitud tal vez única. Para defensa y como original corona, tenía la ciudad nuevas y hermosas murallas que la ceñían; y

llena como un enorme huevo podía decir: *unguibus et rostro*, y mostrar al mundo el lema zumbón del aguilucho que aprieta las llaves entre sus garras.

Los levantinos traficaban; los cardenales cabalgaban, vestidos de púrpura; los romeros de San Antonio ó de San Bartolomé, cantaban enardecidos por sus calles, en alta voz; había barqueros y aventureros; frailes de todos colores; excomulgados que contritos dábanse recios golpes de pecho; marineros y soldados que reñían en las tabernas y posadas, y hacían tal ruido y movían tales escándalos que solo allí podían presenciarse.

Unas veces eran los caballeros de Rodas con la cruz de ocho puntas bordada en blanco sobre la loriga los que subían orgullosos la Calade'; otras caía de bruces en el santo suelo, en plena farándula un fraile repartidor de indulgencias... Se veían penitentes de toda calaña vestidos de estameña y flageladores con las espaldas ensangrentadas, rasgándose la piel con la cuerda de triple nudo:

—¡Ah, carne golosa, carne pecadora: te despedazaremos!—y aplicábanse sendos latigazos á los riñones. Más allá

doctores discutiendo sobre ciencia; italianos hablando de Rienzi <sup>2</sup>, y más allá colegiales traviesos, ébrios de juventud, que al atardecer recitaban, bajo las ventanas de las damas galantes, los versos de amor con que Petrarca inmortalizó á Laura, la gentil aviñonesa.... ¡Aquí está la embajada española! ¡Paso, que llega el señor Preboste acompañado de sus arqueros! ¡Los diputados del rey de Hungría! ¡Viva la princesa María! ¡Viva el papa Benedicto! ¡Oh, cuánto calor, qué sed!

—¡Dios os guarde, señora Micaela!

—¡Ay, maese Eusebio, qué fatigada estoy! Permitidme que tome mi abanico... En parte alguna se está como en casa.

—¿Quién quiere naranjas de Mallorca?

—¡Sandía fresca, ensaimadas, tortas!

—¡Ay, me han rasgado mi faldellín!

—¡Yo perdí mis rosarios!

Y griterío, procesiones magníficas, empujones, alertas, y alguna vez un judío que atemorizado, huye á todo correr despavorido.

—¡El andrajoso, ese de la montera amarilla! ¡A la judería, á su madri-guera!

Más de cincuenta chiquillos van tras él; y para mofársele cogen una gaya de sus bragas, simulan con ella una oreja de cerdo, y la chusma le grita:

—¡Vé aquí la oreja de tu padre!

Sobre esta Babel, alzando su voz tumultuosa el formidable mistral, llamado también viento terral, cae de vez en cuando desde las altas cumbres, como una tromba, sobre la llanura y en el espacio blanquecino cuando el huracán impetuoso arrancaba las tejas, diríais que era el aliento de Dios que pasaba para llevar la bendición del Papa á las naciones.

Pero la ola sube y baja. Esta pompa triunfal, esta gloria, declinaba.

El viejo Diablo, que es muy astuto, había metido la cizaña en el Sacro Colegio, y una oleada de herejía, una lamentable discordia había roto lo que fué uno y dividió á la Iglesia en dos ramas. Había un Papa y un Antipapa. Pedro de Luna <sup>3</sup> contaba con la adhesión de Aviñon y Barcelona; Bonifacio, por otro lado, se titulaba Soberano Pontífice de Roma. Los franceses, los alemanes y los ingleses, tenían al romano por Papa; más los provenzales y los catalanes acataban al papa de Durance.



El *condottiere* Boucicaut, mariscal del rey de Francia, vino con sus tropas combatiendo con el hierro y con el fuego al viejo y testarudo Pontífice que reinaba en Aviñón.

Duró el sitio cinco años, durante los cuales atronaron las máquinas de guerra las bóvedas del palacio gigantesco. Las culebrinas, las bombardas y los cañones destrozaban la ciudad aviñonesa.

Desafiando el fuego y los trabajos de zapa, en su nido de águilas dominador, entre truenos y relámpagos permanecía sereno el gran Pontífice, como un Júpiter tonante en su trono del Olimpo, haciendo caer sobre los asaltantes grandes peñascos y materias explosivas, y lanzando sobre el mundo el fulgor de sus relámpagos... El fuerte está lleno de aragoneses y catalanes siempre metidos en sus arneses; llevan la capa con gallardía y están dispuestos á dejarse matar, hasta el último, por su Papa aunque haya que luchar contra el mismo Diablo. El sabio rey de Pamplona se los llevó á su primo Pedro de Luna, cuando vino años há en sus galeras por el mar y el Ródano á rendir homenaje á Benedicto como un rey mago. Enton-

ces hubieron fiestas y festines para honrar al rey Martín <sup>4</sup>. Benedicto XIII dió al rey de España, ante su corte que le servía de cortejo, la Rosa de Oro; y la ciudad gritó á coro:

—¡Viva el jardín de los olivos! ¡Viva la santa Iglesia! ¡Viva el Papa y su abanderado!

Pero el Papa está hoy cautivo. Todo va de mal en peor. El hambre, el hambre horrible, sube y avanza; sube al gran castillo y afloja los brazos á los guerreros. Falta el pan, falta el vino, todos los víveres escasean y los hombres están extenuados, secos como el corcho. Por entre las almenas, al apuntar con sus ballestas, ven el Ródano á sus pies cargado de sacos de granos y toneles... En lo alto había una maravilla: un hermoso huerto de olivos sobre las arcadas de las salas espaciosas y sobre las ojivas colosales estaba como suspendido en el aire... En aras al Santo Padre han talado la selva con el fruto verde aún, para prepararse contra el invierno.

El Papa medita, torvo y ceñudo. Los cardenales de su cónclave han abandonado su campo y pasádose al otro; solo quedan á su lado dos viejas cabezas

canas; pero el patriarca indomable aunque quede sólo, aislado en su nave, boga siempre, boga balanceándose sobre el Gran Cisma, iracundo; y cuando obispos y monarcas quieren arrancarle de su barca, contesta:—No bajaré; papa soy y papa moriré.

La pequeña Nerto sale de su torre. Un solo grito resuena en el palacio...— ¡Alerta! ¡Alerta!—La aparición de un espíritu no hubiese causado tanta alarma; todos se preguntan:—¿Quién será?—Aragoneses y catalanes palpitantes de emoción se precipitan y rodean á la joven baronesa; la perra cazadora de liebres que la acompaña, contenta al ver otra vez el sol, salta y acaricia á todos con su hocico. En medio de la sorpresa, Nerto pide que sin tardanza la presenten al jefe de la fortaleza.

Envuelto en su capa rayada de rojo y oro, el capitán del castillo preséntase arrogante. Es un joven de noble proge-  
nie, don Rodrigo de Luna; es sobrino del viejo papa. Atrevido, valiente y altanero, su espada no puede estar mucho tiempo quieta en la vaina. Brillan sus ojos como dos brasas; lleva melena de león, barba negra y fina como el pelo de un topo... ¡Guay de aquel que tropiece con él!

De vez en cuando, aventurábase con algunos compañeros por Aviñón durante la noche, haciendo el guapo, encaramándose por las altas parras ó cantando bajo las ventanas:—¡Ven hermosa y ábrele al amante de tierno corazón!—Y si era preciso apaleaba á los guardias y al preboste. Al día siguiente encontraban en la puerta de alguna dama, á un joven agonizante sobre un charco de sangre... Pero aun se contaban cosas más estupendas del sobrino del Papa: crímenes y locuras atroces... y cuando el río sueña... Figuráos, bellas lectoras, cuan intrigado quedaría don Rodrigo cuando vió caer en sus brazos aquel hermoso capullo, aturdido como un pitirrojo.

—Aquí estoy para serviros, señora; dispuesto á volar si lo ordenáis. Decid pronto, ¿qué queréis? ¡Presto estoy á obedeceros!

—Quiero —contestó la gentil Nerto— ver al Papa.

—Todas las puertas de palacio están abiertas para vos, ¡mandad!

Al decir esto don Rodrigo, se lanza hacia ella como el pájaro que descubre una espiga granada, tomándole la mano y besando las puntas de sus dedos. Dándole el brazo la conduce por escale-



ras iluminadas por la luz que dejan pasar las troneras abiertas en el espesor de enormes muros; pasan por puertas, revellines, reductos, laberintos, rellanos y corredores interminables. Suben, bajan, vuelven á subir andando sin parar, viendo la opulencia en desorden del papado fastuoso: montones de oro; una cueva llena de cálices de plata; un firmamento refulgente de gruesos diamantes, caledonias, sardónicas, esmeraldas, lapis-lazuli y carbúnculos; tapices colgados, los estandartes cogidos á los infieles en Tierra Santa por los príncipes cristianos. Nerto, durante la larga caminata refiere su historia y luego, asustada explica cómo la vendieron al Demonio.

—Yo—dijo don Rodrigo—para salvaros del «enemigo» veo un maravilloso remedio: ¿Sabéis quién puede vencer al Diablo? Solo el amor.

—¿Y qué es eso del amor?—contesta la doncella.—En todas las novelas y canciones toma parte... Pero ¿quién puede dar razón de su paradero?

—Tal vez yo pudiese conducirlos á él—replica don Rodrigo.—El sendero de los amorcillos, lleno de clara sombra y flores, es el camino del paraíso.

—No obstante, señor—dice Nerto—la santa Iglesia nos enseña que la senda del paraíso está llena de piedras y de espinas.

—El amor es un ramo perfumado que llevamos en el pecho—arguye don Rodrigo;—es una copa de hipocrás puro y delicioso. El amor es una fuente que nace y suspira dentro de su nacarada concha; luego regocijada crece y se desborda como un río y en todos sus islotes trinan los pájaros. El amor es un mal-estar suave, una emoción potente, un sueño en el cual se vive gozando los placeres de los dioses; el amor es un rayo de sol en el que dos almas embriagadas vuelan hasta la luz candente confundiendo para siempre. El amor es una llama exquisita que se adivina en los ojos, que rebosa el corazón embalsamándolo; que puede darse con la mano; es un suspiro, es un aliento que cubre de flores los arbustos; es, en fin, una boca de fuego que no encuentra sitio donde apagar la sed y jadeante exclama: «¡muero!» si no encuentra otra boca hermana.

En el momento en que ya se inclina el delirante galán para besar á la inocente joven, en lo alto de la muralla ven un



... en lo alto de la muralla ven un crucifijo...

crucifijo con los brazos abiertos, desgredado por el dolor, con dos llaves cruzadas bajo una tiara cincelada.

Nerto hace la señal de la cruz y volviéndose hacia el enamorado dicele:

— Buen caballero, me parece que vuestras palabras no se acomodan bien con el *Breviario del Amor*; pues en sus páginas de oro creo haber leído que el amor debe ser puro como en el paraíso terrestre.

La dama y el caballero se encontraban entonces en lo alto de la escalera de honor. A sus pies se desplegaban las inmensas gradas de mármol blanco. Don Rodrigo dijo á media voz empujando una gran puerta:

— Noble dama: mi corazón se lleva la esperanza de seros grato algún día... Dignaos entrar: ahí está el Papa.

La joven baronesa entra temblando en la Miranda. La sala que llevaba este nombre, alta y vasta, era la maravilla de Aviñón. Entre los nervios gigantes de su bóveda, sobre los espacios libres, el pincel del maestro Memmi había representado el cielo y todas sus magnificencias en hermosos frescos. Todo revelaba allí la presencia del gran pontífice de las naciones cristianas.



Por las ventanas en cruz se desplegaba natura con sus planicies y eminencias y la vista ensimismada podía contar todos los Sorgos del Condado<sup>5</sup>, todas las ciudades que se levantan en la rica tierra de Venisso.

Benedicto XIII estaba en su reclinatorio pensativo; contemplaba el día que desaparecía tras las colinas lejanas tiñendo de rojo el Ventour cubierto de nieve. Era un viejo alto, vestido de blanco, con larga barba imponente, flaco como un Cristo, los ojos cavernosos, la frente triste. Absorto en sus reflexiones veía en aquel momento la Cristiandad dividida. Desde allí contemplaba la Iglesia bamboleándose y sin timón; veía las santas almas desoladas en el mar agitado y rugiente; veía divididos los Concilios en diversos bandos anatematizándose unos á otros, escandalizando el universo. Pero convencido de que era el Papa verdadero decía:—¡No cederé!

Cuando se abre la puerta, Nerto se dirige al Santo Padre, se inclina respetuosamente y cae de rodillas á sus pies.

—¿Quién eres, de dónde vienes, hija mía?—le pregunta.—Maravillado estoy de verte aquí, pobrecita, por la cruda guerra que se nos hace.

—Escuchadme, santísimo Padre—contestó Nerto;—el Altísimo me envía como mensajera para poneros fuera de peligro. Château-Renard es mi patria, el barón Pons mi padre... Diré como he llegado hasta aquí. Vuestra torre de Tourrias y el castillo que véis en el horizonte están unidos por una mina subterránea <sup>6</sup>. Por ella podemos salir sin miedo; yo he llegado hasta aquí por ese camino. El papa Clemente y la reina doña Juana, cuando ésta habitaba el castillo, mandaron construir secretamente, hace cincuenta años, este corredor para que el Papa pudiese huir en caso de guerra por bajo tierra... He ahí la libertad, Padre mío, para vos y para vuestros derechos combatidos con tanta violencia. La Provenza independiente os espera enardecida; los ciudadanos y los barones de Arlés, Baux, Sisteron, Draguignan y Castellane, de la montaña y del llano os guardarán y os defenderán, pues sois el gran vicario de Dios.

El Papa exclamó:

—¡Dios todopoderoso! ¡Qué extraño acontecimiento! ¡Tú eres un angel, un angel puro que Dios envía para confundir á los malos!

Benedicto, levantando la diestra había

hecho ya solemne movimiento de bendición, cuando de pronto se oyó en el palacio un rumor espantoso. Rodrigo de Luna terrible, entraba gritando en la Miranda:

—¡Ha llegado el día calamitoso! ¡Todo está perdido, el palacio arde! El fuego griego serpentea sobre la crestería del fuerte atizado por el mistral maldito: llueven bombas sobre las siete torres; parece que el cielo se venga abajo para aplastar como á un hueso de aceituna al papado aviñonés... El hacha del leñador parte ya el tronco; huid, Padre Santo, al pueblo provenzal, y cuando llegue el asalto pereceremos todos entre las llamas si es preciso, vendiendo caras nuestras vidas, precipitando nuestras almenas sobre Boucicaut y su manada.

El Papa se arrodilla, reza con la vista anegada en el infinito y dice con majestuoso acento:—¡Hágase tu voluntad!—Luego, como un árbol que se endereza después de sacudido por la ráfaga violenta, el Papa, yérguese como un mástil, va hacia el muro, toma las formas consagradas encerradas dentro del altar en un relicario de oro, y las estrecha con fuerza sobre su corazón.

Entonces, acompañado de Nerto, á





.. se arrodillan en masa para que los bendiga . .



quien no abandona nunca su perra cazadora de liebres, baja el noble viejo la escalera de mármol cuya blancura manchan de rojo los moribundos y los cadáveres. Al cruzar el gran patio, sus viejos soldados ábrenle paso y presintiendo cercana su última hora se arrodillan en masa para que les bendiga; á veces no pueden contener el dolor y entre los ruidos del viento que sopla estalla su llanto y su último adiós.

Benedicto sube á lo alto del fuerte llevando á su Dios sobre el corazón; suena una campana en lo alto del palacio; todo Aviñón se estremece, los cañones callan en espera de algo grande... Todos saben que la campana de plata sólo toca cuando el Papa está en su trono ó cuando la muerte viene por él.

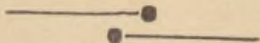
Benedicto XIII avanza sobre el parapeto de su fuerte con la tiara en la cabeza; blanco, rígido. Todo Aviñón se arrodilla á sus pies. El ejército de Boucicaut baja la frente y las banderas. El gran pontífice de los creyentes, levantando la voz y el brazo, dice al mundo hablando *urbi et orbi*:

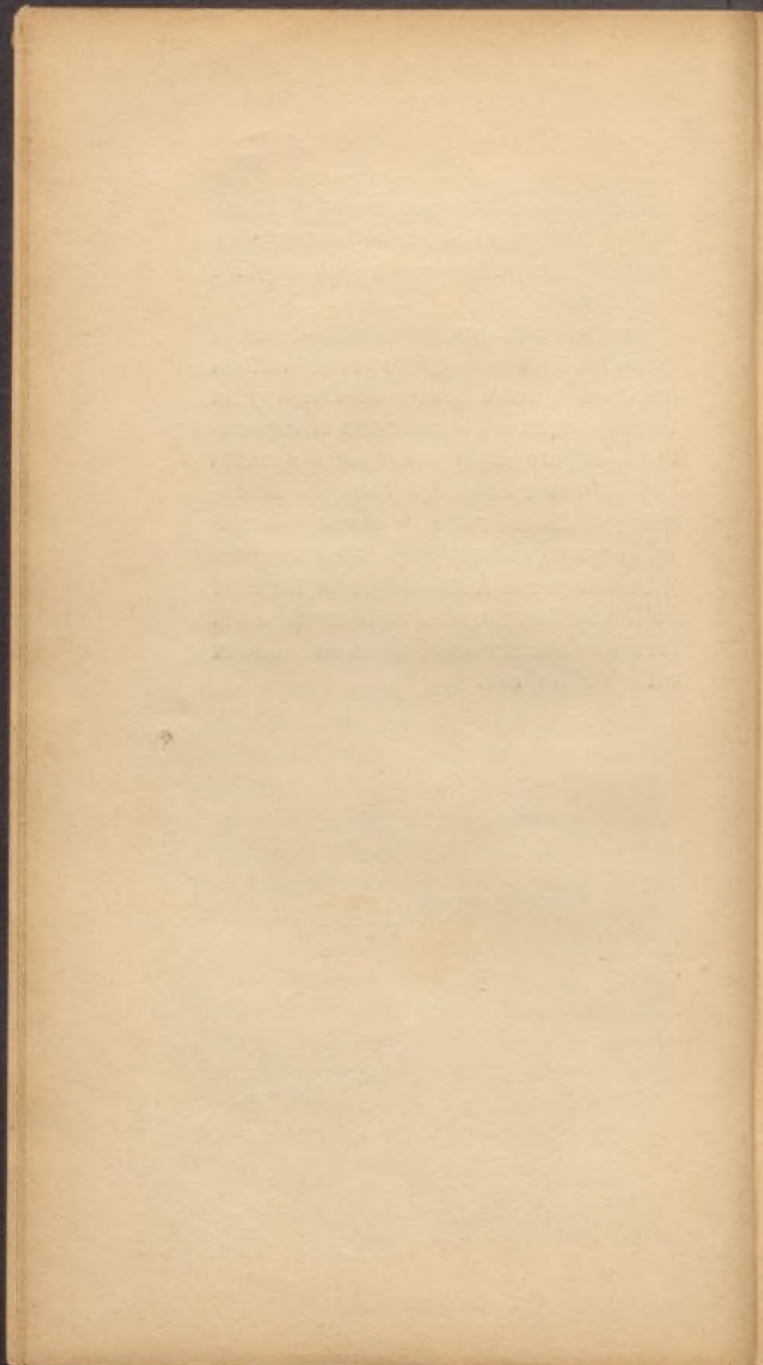
—*Benedicat vos Dominus, Pater, Filius et Spiritus!*

Frente al palacio que devora el incendio, el pueblo al oír esta voz suprema, responde llorando con un gran suspiro:

—¡Amen!

Largorato permaneció Pedro de Luna entre las llamas, erguido sobre la Roca de Dom<sup>o</sup>, firme contra el viento y la tempestad; luego levantando tristemente la cabeza miró por última vez las babilónicas ruínas del Vaticano aviñonés, y el último papa de Aviñón envolviéndose en su capa de grandes pliegues y guiado por la triste luz de la linterna de Nerto, desapareció en la sombra del corredor subterráneo, como un sol en la caída de la tarde.

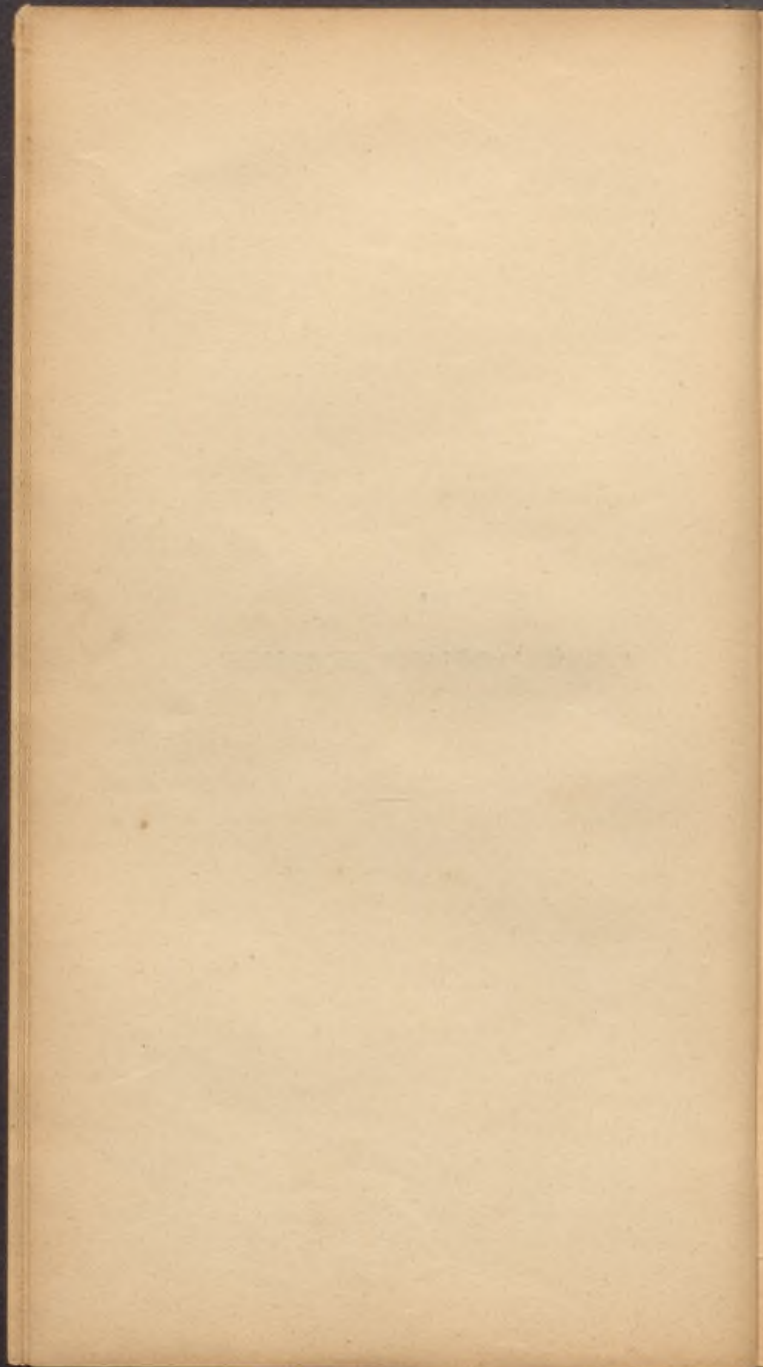




III

A DOÑA ADRIANA DE NIMES







### III

#### EL REY



CASTEL-RENARD arde en fiestas. Desde que fué construído entre las islas y riberas del Durance, nadie vió desplegada en el campo magnificencia parecida á la que reina hoy en el castillo. La nave flotante de San Pedro ha encallado en la punta de este escollo; el soberano pontífice ha recobrado su autoridad libre y plena al encontrarse en sitio seguro. De Provenza y los estados franceses acuden grandes y pequeños, á caballo, en grandes masas para saludar su liberación, gritando: — ¡Viva Benedicto Trece! ¡Viva y reine muchos años!

El valiente rey de Forcalquier, Nápoles, y Jerusalén <sup>1</sup> viene con su corte desplegando fastuosa pompa; la seda y el brocado, el damasco rojo, el armiño y el sinople brillan y se entremezclan entre la abigarrada masa del pueblo. El joven rey de Provenza, rodeado de su nobleza, quiere que le case el Papa:—El diablo me lleve si alguien os molesta ante mí—dice al Pontífice. —El papa Clemente VII (Dios le tenga en la gloria) me ungió rey cuando contaba siete años. . ¡Si pudiese alcanzar la misma gracia de vos!

Los españoles llegan con la princesa Violante en embajada desde Aragón, para presentarla á nuestro príncipe Luis II. Viste rico traje de seda verde y pasa doña Violante majestuosa, contestando con una sonrisa á los repetidos saludos de las gentes. El pueblo dice:

—Mirad la hermosa reina; sus ojos derriten la escarcha... El novio es muy gentil... pero ¡qué gracia tan perfecta tiene la reina! ¿Qué son las otras damas á su lado? Nada.

—Se dice que pasado mañana la llevará á San Trofimo <sup>2</sup> en Arlés, resplandeciente de diamantes...

—¡La tierra respirará de amor por la princesa de Aragón!

—Es preciso que se muevan las farándulas desde Tarascón á Niza.

—En cada rama deben llevar una guirnalda.

—Dicen que van á sembrar sueldos con el arado hasta que se llene el surco.

—Y si alguien busca querrela á nuestro santo padre Benedicto, tendrá que habérselas con el rey Luis.

—Doña Violante es riquísima. Tiene nueve galeones en la boca del Ródano, cargados de oro desde la bodega hasta cubierta; están anclados al abrigo del mistral... Es la dote que trae la Reina.

—¡Que suban pronto, diablo, y desembarquen en puerto seguro!

—¡Nueve galeones! ¡Qué suerte! Ya podrá el Rey librar batallas.

—Y bajar los impuestos á los pobres provenzales.

—¡Al menos bajase el de la sal!

Mientras así comentaban los sucesos las gentes alegremente, Nerto, la gentil castellana va preocupada á buscar al Papa, y en la capilla le cuenta su historia.

—¡Yo os he salvado una vez—le dice;— es necesario que vos me salvéis á mí también! ¡Ya sabéis cuán desgraciada soy! ¡Mi tenebroso destino confío á vues-





¡Oh, Santo Padre, tengo confianza en vos!

tras manos! Algún día, tal vez mañana, vendrá el tentador á buscarme. ¡Oh, Santo Padre, tengo confianza en vos! Vos que tenéis al infierno como esclavo y poseéis las llaves del cielo ¡cubrid con vuestro manto á la pobre Nerto, en nombre de Dios! ¡Conjurad el espíritu impuro para que sea impotente contra mí!

El Papa queda largo rato ensimismado entre las nubes de su pensamiento; luego exclama:

—¡Dios mío, Dios mío! Os tomo por testigo de que si en mis manos estuviese haría desbordar las santas aguas para la salvación del alma pura y bella que tiembla á mis pies; pero pobre niña, entre mi imperio y el infierno no hay puente alguno; del purgatorio y sus llamas puedo yo, ayudándome con las santas indulgencias, librar algún alma que pena; pero cuando el Demonio traba á un alma con los nudos de sus lazos, nada la libra, á no ser un milagro del cielo... Roguemos pues á Dios, roguemos á María, recemos á San Pedro y á San Pablo para que preparen tu palma. Recemos á Miguel, el gran Arcángel, para que te rodee de ángeles... Para rezar con fruto es necesario entrar en un convento. Ma-

ñana hará la corte un viaje á Arlés. El Rey irá para casarse; nosotros iremos todos, si Dios quiere... Y tú, dejando las locuras y vanidades de este mundo, entrarás secretamente en la Abadía de San Cesáreo; es indispensable, hija mía, para que obtengas tu salvación.

En el mes de mayo las noches son cortas... Al siguiente día todo el mundo se levantó con el alba. Los palafrenes ensillados, embridados y cubiertos con vistosos lazos relinchan y golpean el suelo con los cascos. Las damas nobles montan con gallardía, envueltas en sus mantillas; sujetan sus rizos con cintas de seda. La nobleza compite en gracia y agilidad haciendo caracolear los caballos; el Papa y el Rey van á caballo también.

Mientras el brillante cortejo dispónese á emprender la marcha ante el pueblo que calla y admira tanto boato, el Astrólogo dice sus pronósticos, cubierta la cabeza con su sombrero cónico. El bufón del Rey provoca la risa de las gentes y el enano que es objeto de sus burlas hace una mueca simulando estar jorobado. Un esclavo, negro como un racimo

de moras, ríe enseñando sus encías salientes.

En las avenidas de olivos en flor, que se extienden al pie de un montículo, corren los jovenzuelos y los gentiles pajes y los bufones juegan con sus perros.

Todos parten alegres formando vistosa cabalgata, gozando del fresco de la mañana. Los clarines van delante tocando *La Bella Margoton*, los ruiseñores saludan á la alborada y las flores comienzan á abrirse, perfumando con sus aromas balsámicos la verde campiña. Las banderas y los estandartes flotan en el aire jugando con la brisa; la flor de lis tremola en los pliegues sedosos del campo azul, y los colores aragoneses, sangre y oro, ondean al sol al soplar el viento. «Durante», como familiarmente se llama, asciende rápidamente,<sup>3</sup> y los rayos esparcidos de su cabellera deshecha evaporan el rocío que brilla como perlas en los rizos de las hermosas damas.

El Rey, doña Violante y el Papa hacen juntos el camino. El Rey dice:

—El mes entrante si sopla buen viento en el golfo, partiremos para Nápoles... Esta vez habrá gran matanza y el usurpador Lancelote puede ir animándose



para huir, si se atreve á hacer frente á mis huestes. Tengo en Marsella veinte galeras, siete bergantines bien equipados y cien faluchos prestos á partir. Esta flota llevará á bordo mis caballos blancos de Camarga con tres mil caballeros. La hora ha sonado; sería necio perder la herencia de los Condes-Reyes de la Provenza: ese país napolitano cuya corona conquistaron nuestros abuelos cien años há, ese *dolce paese* que rodea la eterna risa del mar bajo los besos de un sol de fuego... ¡No merecería ser sobrino del gran Carlos de Anjou si me contentara con ser reyezuelo de Arlés!

La hermosa princesa de Aragón, inclinándose hacia Luis II, le pregunta:

—Buen Señor ¿me llevaréis á vuestro lado?

—Reina, perdóneme vuestro gran corazón; os dejaremos para gobernar nuestra Provenza, tan maltrecha, tan pisoteada y tan herida, que necesita una mano dulce para acabar de curarse. Ese maldito vizconde de Turena, que tenía por grito de guerra *¡Gruñe!*, ha hecho mucho daño al país durante veinte años, destruyendo castillos, saqueando ciudades, entrando á saco los monasterios; pasando por nuestros pueblos á sangre

y fuego; robando y violando mujeres; poniendo los hombres á rescate; tratando al Rey como á un muñeco; trayendo á mi pueblo la desgracia; cortando los puentes, los olivos; quemando las iglesias y masías con rabia de lobo. Y luego para colmo de desdichas, mi madre viuda y yo un niño. El horror y la indignación levantaron por fin á nuestras milicias; de Tarascon á Forcalquier los campanarios tocaron á rebato. Al grito de la patria enlutada los labradores furiosos cogieron sus hoces... y como toro perseguido en la plaza, el orgulloso Turena, acorralado, espantado, se echó al Ródano, <sup>4</sup> ahogándose.

Mientras habla el Rey, un gentilhombre que monta un caballo negro galleaba sonriéndose en torno de la pequeña Nerto.

—No esperaba veros tan pronto, caballero...

—¡La mariposa va siempre al rosall!— dice él.—Al saber que Benedicto Trece salió de su castillo, Boucicaut volvió grupas alejándose del palacio pontifical y yo vengo á engrosar el cortejo de los jóvenes que se casan... El camino será muy corto y la dicha muy grande si durante estas fiestas tengo el honor de ser vuestro caballero.

—No hagáis como el almendro—responde la joven castellana, — que por florecer demasiado pronto se engaña. Mañana por la tarde ¡adiós juventud! seré monja del Gran Convento<sup>a</sup>.

—¿Creéis acaso—replica Don Rodrigo, — que un monasterio os defenderá contra el Diablo? Satanás sabe trepar como un gato salvaje. ¿Qué le importará una muralla cuando puede introducirse cómodamente por el ojo de una cerradura y espiaros á su placer? El, si quiere, pobrecilla, entrará en vuestra celda y bajo la forma de mosquito zumbará sobre vuestro devocionario. No se inquieta por los cerrojos ni por el rezo continuo, pues puede en el aroma de una violeta que florece, en el sonido de una mandolina ó en un rayo de luz, penetrar hasta el coro de la iglesia y enturbiar la paz de vuestro corazón. Ya podéis rociarle con agua bendita; entrará como un murciélago y se esconderá entre las vigas. Cuando sigáis el hilo de un sueño que él mismo os haya tejido, os presentará la sombra, trayéndola de la ciudad ó del campo, de aquel que vos echéis de menos. Suspiraréis, os despertaréis recordando la visión maravillosa y alargaréis los blancos brazos para que no se

marche el fantasma...; pero la visión amorosa volará al cielo, hacia las estrellas.

—¡Callad!—exclama Nerto.—No sé lo que me pasa, pero cada vez que vuestra boca dice alguna cosa me siento turbada. Nunca me habló nadie así; parece un filtro rojo que me seduce, me deleita y que me atonta de súbito, ¿Véis como me turbo? ¡Si no supiese que sentís un grande afecto por Benedicto, nuestro Santo Padre, os creería amigo del Diablol

Los príncipes, los barones y las nobles damas, corren por el camino de Arlés, unas veces al paso, otras al trote; cruzando huertas, pasando por los prados, corriendo gozosos entre los trigales. Las pequeñas urracas en sus nidos, que la madre construye en lo alto de las copas de los olmos, gritan al ver pasar por los bordes de los campos tanta gente vestida de plata y oro que reluce al sol...

—Nos falta Italia—dice el Rey.—Entraremos en ella bajo palio, pues los Pisanos, los Boloñeses, los de Siena y los Florentinos me han dicho que me esperan. Si nuestras armas vencen allá, si la sublevación de Calabria estalla á buena hora, pronto verán las vertientes del Vesubio levantarse mis tiendas y como me acuesto en el Castillo



del Iou... Una vez tengamos el toro derribado y las riendas del poder en nuestras manos, por el derecho de la espada y ley de señor, reuniremos un gran Concilio ecuménico en Roma que ponga todas las conciencias bajo vuestra obediencia, <sup>6</sup> Padre Santo.

—Que Dios os ayude, noble hijo mio— dice el Papa,—y haga Dios que vuestras nobles esperanzas maduren. Con los derechos que sobre Aragón trae Doña Violante á Luis II, Provenza puede llegar por un azar al apogeo de su fortuna; á ser la cabeza de los países latinos. Las tres naciones más católicas de la república cristiana vienen á mezclar sus elementos en Provenza y vuestra región puede ser la articulación de las tres fuerzas concentradas más tarde ó más temprano. El emperador Constantino acariciaba este propósito cuando en lo mejor de sus conquistas estuvo á punto de establecer el imperio romano en Arlés.

Abreviando el camino de este modo, la plática era interrumpida de cuando en cuando por los labradores que bendecía el Santo Padre. A lo largo del camino se arrodillaban junto al arado los masoveros del contorno, los zagales,

los carreteros, las vendedoras de gallinas con sus asnos, los pellejeros que iban comprando pieles de carnero; todo el pueblo lleno de fe venía á prosternarse ante el Papa.

—¡Dios os aligere del pesado trabajo que os fatiga, pobres gentes!—decía el Papa levantando su mano sobre los pobres.—¡Colme Dios de gracia á los plebeyos, á los pastores, á vuestras granjas, á vuestros nietos y nietas, á la cosecha, á las espigas! ¡Caiga su bendición sobre el pan negro que coméis, sobre el ganado, sobre el aprisco! ¡Reine la paz en las almas! ¡es la mejor alegría! ¡Conviértase en perlas de luminoso brillo, el sudor que cae gota á gota durante el trabajo!

—¡Qué hermoso sol para que abran los narcisos!—dicen las damas.

El gran cortejo desparramado atraviesa, en medio de cantos y de risas, el inmenso y admirable llano del *Paiado*, que luce sus espigas al sol.

—¡Cacemos las alondras!—dice la marquesa de Ravoussets, que lleva el halcón sobre su brazo. El ave de rapiña vuela hasta perderse de vista en el espacio profundo: sobre la verde llanura cae pronto una lluvia de plumas y sangre. Veinte caballeros corren tras la bella

dama del halcón, y como si estuviesen en una era, aplastan locamente bajo los cascotes de sus alazanes, el trigo de un pobre labriego que lanza gritos y voces que llegan hasta la bóveda del cielo.

—¿Aún no os habéis divertido bastante? ¡Creo que ya es hora de que os convirtáis!—decía Nerto á don Rodrigo.—A mi entender no hay nada tan bello como una juventud en flor, que se ofrece á Dios, un pecador que suspira golpeándose el pecho, un alma que sube al Eterno como una llama. No olvidemos que nos espera la tumba, que las buenas y malas obras están escritas en un libro y nos escoltan cuando nos vamos. No olvidemos que nuestra vida es menos que una luz; que nuestros días van á precipitarse como un río sin resaca en la terrible eternidad; tengamos presente que solo estamos aquí como prueba; que la felicidad solo se encuentra allá arriba y que la ganaremos ó perderemos según obremos bien ó mal... Pensad en ello, don Rodrigo; la uva verde desagrada á los dientes, y los placeres de este mundo vano no dejan más que polvo cuando se desvanecen.

Nerto parecía una iluminada... La ma-

ñana límpida se evaporaba en pleno día; el sol doraba los ángulos de los monumentos de Montemayor.

—¡Salve, noble abadía!—exclama el Santo Padre Benedicto,—de quien fui jefe y abad y donde regí la legión benedictina <sup>7</sup>, tierra de promisión por donde resbala la miel! ¡Oh, Montemayor! ¡Oh, paraíso donde he vivido mis mejores días! ¡Cuánto recuerdo tu silencio y el perfume de tus rosas; la dichosa calma de tus celdas tranquilas! ¡Veo la sombra de Dios que se proyecta hoy en tus salas inmensas, en presencia de mis tribulaciones, en el crepúsculo de mis glorias! ¡Cuánto pesan en mi vejez mis ambiciosos sueños de fraile!

La llama del sol resplandecía sobre las aguas del Grand Clar á lo lejos <sup>8</sup>.

Rodrigo, hombre atrevido y animoso, acostumbrado á ver fundirse el hielo y la nieve al fuego de sus ojos, á ganar fortalezas por asalto ó por sorpresa, en presencia de aquel hermoso lirio candoroso y confiado, sentía el poder de un sentimiento vigoroso y nuevo que venía á atizar el fuego de su pasión.

—Nerto, ¡habláis como una santa! Pero el canto del ruiseñor os contestará que en el mes de mayo la felici-





Nerto, habláis como una santa...

dad está en el azur, que la dicha es estar libre sobre la rama y dar salida á la franca alegría... Cuando se ha vivido cinco años aislado entre los muros de un castillo, entristecido por el olor á humedad, ¡qué bien se está fuera! Mirad á nuestro alrededor: los pastores guardan sus ovejas ante sus gentiles pastoras y danzan; labrando sus surcos silba el campesino alegremente; las escardadoras charlan y ríen entre los verdes trigos dandó agudos chillidos; los tragneros van por las sendas haciendo resonar los cascabeles de sus mulos; los segadores en los prados floridos, los pescadores á las orillas de los ríos, los jóvenes en sus masías, los cazadores en las landas, todos van y vienen y se agitan hirviéndoles la sangre... Escuchad ese murmullo inmenso que sube sin cesar saliendo de los cañaverales y prados; las olas murmuran en el río; los peces se escurren en la corriente; todo está lleno de vida; la savia corre con vigor bajo la corteza de las ramas; cada flor tiene su gota de miel; nada quiere morir; todo germina, todo brota, todo se anima, todo se mueve, y la luz del sol inunda este cuadro de vida... El Rey y su noble prometida, que el sol no eclipsa,

parecen conducir complacidos el triunfo inmenso del amor. Y nosotros, Nerto, ¡también tomamos parte en la fiesta! El perfume de la retama, de la acacia bastarda y el pimpollo agradan al olfato. ¿Queréis acaso que refrene los ímpetus de todo mi ser? Nerto, ¿queréis que ahogue en el calabozo de mi pecho los besos que brotan en mis labios? Nerto ¿queréis que arranque las uvas que crecen en esa cepa? ¡No; la bebida bermeja provoca en mí el deseo! ¡Viva el ardor impetuoso de la juventud inquieta! ¡Nerto, abandonad vuestros temores; el tiempo es bueno; el mar está bello!... Embarcáos con el amigo que os llama; nos dejaremos llevar á merced de las olas que ríen en la inmensidad luminosa; hablaremos de lo que une, cogeremos lo que encanta antes de que la sombra y el olvido echen sobre nosotros el sudario...

—Mirad las calandrias— responde Nerto,—mirad como se elevan en el cielo. ¡Ah, si pudiésemos ser pájaros! ¡Rodrigo, mirad las golondrinas! Nos han rozado con sus alas ligeras... Traen la felicidad ¿no es eso? Su grito dice Jesucristo<sup>o</sup>.

Apenas había la dama pronunciado

estas palabras, cuando se vió á lo lejos venir una multitud á caballo. Eran los cónsules de Arlés con el Senado arlesiano, con todo el pueblo. Empleados, burgueses, nobles y plebeyos venían al encuentro del Rey y del Papa.

—Por la ley que nos legaron nuestros abuelos—dicen al Rey los arlesianos,—somos hombres libres y la ciudad no reconoce otra realeza que la del León. Señor podéis entrar como rey, sin temer nada, si solo os trae á Arles la cortesía. ¿Véis derecha sobre la ribera, á lo lejos, aquella columna rodeada de álamos? Es el Bastón de San Trofim...<sup>10</sup> Nunca pasó á su sombra rey alguno desde tiempo inmemorial sin la promesa de respetar nuestras libertades y nuestros fueros.

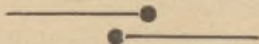
El Rey ataja:—¡Que Dios os los aumente! Es para nos grato reconocer á vuestra gran comunidad todos sus antiguos privilegios, todas sus libertades y prerrogativas; tenemos por sacrilego, por criminal y por maldito á aquel que ataque á su integridad.

Súbitamente retronaron los vivas de salutación. ¡Viva el León! ¡Viva el Rey de los Provenzales! ¡Viva el padre uni-



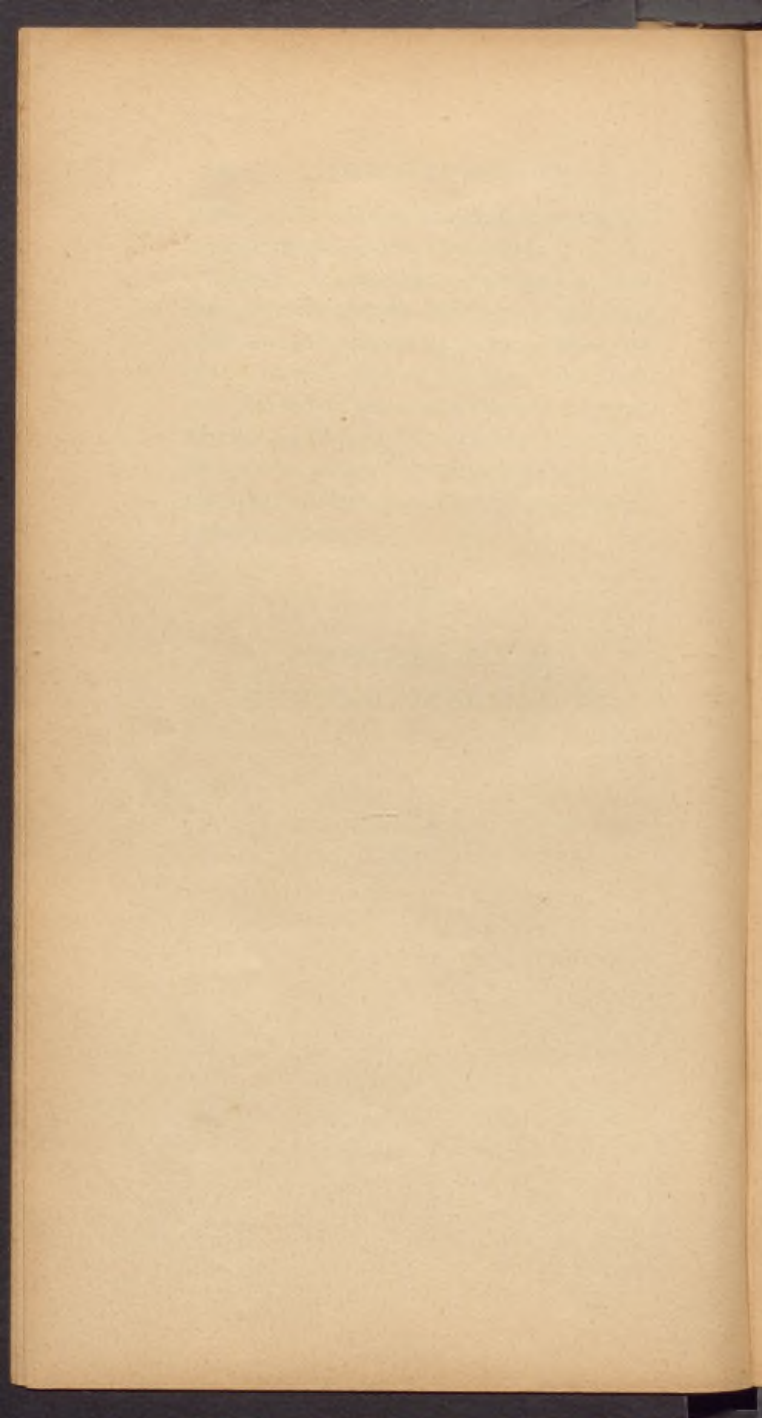
versal! ¡Viva la incomparable reina del mes de mayo, Doña Violante!

Luego el magnífico cortejo,—al son desgarrador de los clarines y al redoblar de los tambores; entre nubes de polvo blanco, bajo el sol que hace brillar las sedas, los sombreros y caperuzas de las damas; espoleando los caballos y llevando enhiesta la espada los guerreros; entró en Arlés entre grandes aclamaciones.



IV

A LA SEÑORA  
DE ALFONSO DAUDET





#### IV

#### EL LEÓN

**E**n la meseta donde se levanta Santa María la Mayor, <sup>1</sup> al medio día de Arlés, y en amplia cámara enjalbegada, varios vecinos y algunas comadres tiran de la lengua á maese Buisset <sup>2</sup>.

—¿Ha cantado el papa Benedicto la misa?

—No. Lo había prometido; pero luego el pobre, como está muy viejo y anda de sobra atribulado, no nos ha dicho misa ni sermón. Ha estado mudo en su trono durante la ceremonia. Pero de todos modos el cardenal, mosén Brancas, ha hecho magníficamente las cere-



monías de este soberbio casamiento y San Trofimo no ha visto jamás tanto esplendor bajo sus arcadas.

—¡Oh! ¡Qué tumulto! ¡Qué de codazos y empujones para coger siti!—dicen braceando las buenas comadres.—Pero no ha habido medio de ver nada; un ejército de caballeros haciendo trotar sus corceles por las calles sacando chispas de las piedras... tan sólo.

—¡Una matanza, una carnicería! ¡Cuéntenos, cuéntenos, maese Buisset, usted que es el más letrado de los arlesianos, relate lo más interesante del espectáculo!

Maese Buisset paseaba arriba y abajo midiendo las losas de la cocina de su casa; cuando llegaba al vasar cogía la garrafa del clarete y echaba un trago arrojando al suelo las escurriduras que quedaban en el fondo de su vaso.

¡Ah! Su mujer, la señora Fabresa, podía llamarse una mujer de su casa. ¡Oh, cuán aseada tenía la vivienda! Las cacerolas, los envases para el aceite, los saleros, la artesa para amasar, las paneras de guardar el pan, el trinchador, los cubiertos, el brasero, la blanca mesa, la balanza, el velón, el calienta camas de siete agujeros, todo, todo resplandecía

como un espejo. Para defenderse de las moscas, de las miradas indiscretas y del tufo, cubría la puerta un claro tapiz con una cruz roja bordada en el centro. En un rincón veíanse un compás y una escuadra, pues el amo de casa era agrimensur de oficio; además tenía la costumbre de escribir, con hermosa pluma, en su gran libro de memorias, la descripción abreviada de todos los acontecimientos de la ciudad dignos de ser anotados.

De pronto, maese Buisset, mirando al suelo y con las manos cruzadas á la espalda, dice:

—La iglesia estaba colgada de bordados damascos. ¡Cuánta riqueza! En los tapices brillaban las armas de Cataluña y de Provenza, las dos naciones convenidas para conservar «la lengua de Oc». Veíanse también los escudos del Languedoc, de Anjou, Sicilia, Córcega, Cerdeña y otras islas; las armas del Papa y las del Rey. El Rey y el Papa vestían augustas vestiduras. Este, con su tiara sembrada de pedrería, de tres palmos de alta y ceñida por tres coronas, aparecía grande y solemne con su blanco ropaje. El otro empuñaba el centro, vestía de púrpura y ceñía áurea

corona. Los dos estaban en el coro frente á frente. Pero había algo más hermoso é incomparable y era la Reina. ¡Es adorable! Un oficial francés que estaba cerca de mí afirmaba que es la princesa más hermosa de toda la cristiandad. Llámase Doña Violante. Los altos dignatarios de la Santa Orden del Hospital, los grandes abades de San Gil y de Arlés estaban de pie junto á los Evangelios, Todos los poderosos de la tierra han venido á rendir homenaje á nuestros reyes. Sin mentir, he reconocido más de cuarenta: el príncipe ilustre de Taranto, hermano del Rey, con la cruz colgada al pecho; el famoso Refourciat de Gout, el senescal Jorge de Marle, que tenía á su lado al preboste de Arlés; monseñor Simón de Cramaud; Lu de Grimaldi, el valeroso, gran almirante de Riba Nova; monseñor León de Villanueva, gran mariscal del ejército; el caballero Flamen, gentil entre todos; los cónsules de Aix, Ugo de Mane, Guido de Monteclar, Juan Tresemano... Una multitud de obispos. En la nave estaban nuestros síndicos; el gran justicia y los maestros racioneros. En una palabra: venían á rendir su homenaje todos los patronos de todos los gre-

mios, los escuderos, los inspectores de las presas; y después de todos, acompañado del clavario, maese Buisset, yo, el humilde cronista. Era un hermoso espectáculo que anotaré en mi libro de memorias. Y llegamos al casamiento. Iguales en edad, semejantes en gloria vimos venir hacia el altar á los reales novios, radiantes de felicidad, bajo el palio de oro, á prometerse fidelidad. El cardenal les da su bendición nupcial y el público grita á una: «¡Vivan los novios, reyes del mes de mayo! ¡Que la felicidad les acompañe siempre!» Y el carillón de campanas llamado *los siete gosos*<sup>3</sup> tintinea alegremente; en aquel momento abrieron las jaulas á multitud de pájaros, tórtolas y palomas que revolotearon por las capillas y vidrieras, azoradas. Mis buenas comadres ¡que hermoso era todo esto! ¡También lo anotaré en mi libro! ¡Caramba! ¡Ya se me había olvidado casi! Se han hecho ofrendas valiosas. Han regalado á la gentil pareja: Arlés, doce tazas de plata; una nave de oro, Marsella; Tarascón, una pequeña tarasca; la ciudad de Apt, confituras; Aviñón, un regio ajuar; Fourcalquier, tres soberbios panes de cera; Aix, un formidable cofre, y para



coronar los donativos, los diputados de los Tres-Estados han ofrecido al Rey, como presente, cien mil florines de oro contantes y sonantes, en un montón, como si fuesen ciruelas... Estoy abrasado de sed toda la mañana; dejadme probar el clarete.

Y pasando entre sus comadres, maese Bouisset, al decir esto, volvió á echar otro trago.

—Pero ¿dónde se aloja tan grande acompañamiento? ¿En los arenales? ¿En *Ris-quand-gagno*?<sup>24</sup>.

—El Soberano Pontífice se hospeda en casa del arzobispo; el Rey en el palacio de la Trouille.

—No hay pues riñas que temer—decían los arlesianos irónicos.—¿Y el Rey no saldrá después de la comida de bodas?

—Si; ya sabéis que los pescadores de Trinquetaille y de Beaucaire quieren ofrecerle un esturión como presente... después saldrá... el rey león.

Apenas hubo acabado su discurso el bueno del maese agrimensor oyese á lo lejos un ruido ensordecedor: los arlesianos fieros y celosos de su legendaria independencia y de sus libertades políticas, han querido mostrarse ante el

rey de los provenzales y habíais de haber visto con un fausto sin igual desplegarse por las calles la comitiva y la majestad del león.

En los estandartes y banderas ondeantes al viento, estaba escrita la historia de Arlés; y habríais visto, armas vivas de la región, el león de Arlés en todas sus diversas figuras, embadurnada su enorme cabeza encanecida por la vejez, con el hocico arrugado y las fauces abiertas, representando, primeramente, Arlés el Blanco, el viejo león conocido por el nombre de Albion, delante del cual el gran Hércules hubo de recular en medio de la Crau. Después como león latino se le veía ostentar el lábaro de Constantino; ya alzaba con sus uñas, como una lámpara, la cruz de San Trofimo; ya ceñía sus doradas melenas la corona de Bouson, brillando sus ojos de ónice y como diciendo entre rugidos: *¡Ab ira leonis!* Otras veces aplastaba con sus garras la media luna sarracena; otras esgrimía la espada de Guillermo el Grande en ademán de luchador, rugiendo con ferocidad la amenaza famosa de este verso leonino: *Urbs arelatensis est hostibus hostis et ensis.* En otro lado, majestuosa

y tranquilamente sentado, sostenía el globo del Imperio; aquí, emblema del pueblo arlesiano; allá, león del gran San Marcos; más abajo, león del mar llevando en sus garras un trozo de tridente, reinando de nombre y de hecho sobre todo el golfo que domina Fourques, por la voluntad de marineros y calafates<sup>5</sup>.

Pero el león, el verdadero león, saliendo de su establo, lanza tal rugido, que en la marjal se estremecen de espanto todos los toros de la Camarga.

—¡Huyamos! —clama la multitud. —¡El león viene!

Y en galeras y en tartanas, de la Roquette y de la Hautere,<sup>6</sup> el pueblo enloquecido de terror corre á la ventura, gritando:

—¡Han quitado las cadenas al león!

Y el viejo monarca de las selvas, yergue la cabeza, conociendo que aquella es su fiesta. Camina gravemente, orgulloso, sacudiendo su dorada crin, erizando el pelo, arrugando las cejas, acompañado de su guardián que á veces lo detiene...

Vienen tras él, el rey Luis y doña Violante con su corte, en vistosa cabalgata. Con la corte y cerca de la Reina viene Nerto. Las gualdrapas de las

hacaneas reales son de terciopelo irisado sembrado de áureas flores de lís. Van á ver luchar en las Arenas al noble mónstruo, uno contra cuatro.

Todo Arlés cubre el inmenso gradefrío del circo esperando el combate del león. El pueblo grita y lanza exclamaciones de júbilo. Por la pista caracolean y serpentean las farándulas. La belleza de las espléndidas arlesianas brilla en las gradas del circo desde la arena hasta la cima del monumento... Arlés hizo ostentación aquel día de la limpia sangre de todas las razas nobles que fecundaron su suelo. La griega de clásico perfil sonreía con la gracia natural de las doncellas hermanas de Diana y de Latona; la romana mostrábase soberbia y altiva sobre las monumentales arcadas, como las vestales en tiempo de Augusto; y contoneándose en su basquiña ó escondiendo su rostro trigüeño en el velo transparente de cambrasina, la pálida mora atraía con sus ojos de fuego las miradas de la juventud. Los collares y las agujas de oro, las diademas de perlas y los anillos cubrían los dedos con cruces de siete diamantes; los vestidos verdes, las túnicas de escarlata; los penachos, las caperuzas y los birretes se



entremezclaban formando una masa abigarrada. Un sol espléndido caía sobre los adornos, las vestiduras y los alegres semblantes haciendo remover á la muchedumbre como una enorme caldera en ebullición. Los tamboriles resonaban marcando el ritmo á los danzantes. Había fuentes de vino para la chusma... ¡Un mundo multicolor que causaba vértigos!

—¡El león, el león!—vocea el gentío; y de súbito ábrense las puertas y salen á paso de lobo, recelosos, sin mugidos, cuatro toros negros y nervudos; y de otra jaula, de un salto, el fiero animal de roja melena. Queda plantado mirando á su alrededor un momento; los cuatro cornúpetos se achican. ¡Oh! Pobres bestias! Salta el león, destroza dos en un santiamén y de una zarpada en un costado derriba al tercero que cae pateando. La multitud se levanta febril:

—¡Viva el gran Rey de Arlés!—vocea.

El otro toro no espera la muerte; baja la testuz y se abalanza sobre el león hundiéndole las afiladas astas en el vientre. El león revuélvese contra su enemigo y clavándole sus dientes en una pierna, lo sacude, haciendo crugir sus huesos. Después de un salto salva la valla y cae furioso entre la multitud

Buscando un escondite, pisoteándose y muertos de miedo, los espectadores huyen despavoridos.

Entretanto, con las entrañas abiertas y las fauces ensangrentadas, la fiera azota el aire con la cola y mira recelosa á su alrededor... De pronto, comprendiendo que está en presencia de un rival, y de un rival digno de él, el león de Arlés va hacia el Rey.

El Rey y su real esposa, quedan solos en aquel primer momento de pánico. Pero fijando su mirada altiva sobre el mónstruo no se mueven de sus sitios. Nerto acurrúcase á los pies de la Reina temblando de miedo... La bestia feroz subiendo de cuatro en cuatro las gradas del anfiteatro, llega hasta ellos envolviéndolos con su aliento; pero de entre la revuelta multitud surge Rodrigo, Rodrigo de Luna; cae como el rayo sobre el mónstruo y le hunde su daga en la nuca. En los espasmos de la muerte la bestia tuerce su horrible hocico y se desploma en tierra.

La Reina, la bella doña Violante, se quita un valioso rubí de su corona y lo entrega á don Rodrigo en recompensa. Nerto poco á poco vuelve en sí. El pueblo brama frenético:



.. Rodrigo de Luna cae como un rayo sobre la bestia..

—¿Ha muerto el Rey? ¡Viva el Rey

Los ancianos dicen tristemente:

—¡Mal augurio! ¡Adiós, nave de San Trofimo! El león muere; el Delfín nace; la República toca á su fin.

Las mujeres y los jóvenes gritan:

—¡Adelante, tamborilero!

Sonriendo con dulzura y dirigiéndose al senescal Jorge de Marle, dice el joven rey Luis:

—¡Ahora puedo decir que soy realmente el único rey de Arlés!

Para rendir homenaje al Rey, el Senado había designado como portavoz á Bertrán Bouisset, reputado en toda la ciudad por su facundia y erudición:

—Ilustre Rey de Provenza, y vos, hermoso y clarísimo astro—comienza el orador arlesiano.—Alabados sean Dios y San José que han dispuesto vuestra unión y protegido vuestro noviazgo, como han podido ver cuantos han presenciado las fiestas reales. Este espectáculo nunca visto, nos recuerda aquella prodigiosa historia de la esposa del gran Bouson. Dícese que, exasperado por los celos Bouson, en su furor injusto, expuso



á la Reina Augusta ante las fauces hambrientas de un león enfurecido, en medio del circo de las Arenas. Pero la fiera, traída de Cirene, fué presurosa, dulce y sumisa, á lamer los pies de la virtuosa princesa; pues es legendario que nuestro león real ha reverenciado siempre la virtud de las nobles damas. Y en el contratiempo que nos ha aterrizado á todos, puede afirmarse sin miedo, que si el mónstruo no hubiera caído bajo el hierro, ¡oh, Reina, luz de belleza, de amor y de majestad! al acercarse á vos nuestro león hubiera humillado la cabeza haciéndoos reverencia...

—Ho, ho—grita el bufón del Rey.—  
¡Que te crea el diablo, si quiere! Maese Bouisset, sóis un farsante; pues á mí como á todos los espectadores nos ha parecido que habéis tenido la prudente idea de ponerlos á honesta distancia de la fiera. No es un reproche, maese Bouisset, pues yo hice como vos... ¡Dios mío! ¡Aun me caigo de miedo! ¡Quedéme jorobado! Pero ¡chitón! Ante la retórica, la locura se retira... y como decía Cicerón, señores: *¡Cedant arma togæ!*

Una carcajada estentórea estalla en el circo. El orador se muerde los labios. Al tornar en sí, Nerto ¡Dios San-

tol piensa en el convento; agitada su inocencia por una emoción desconocida, alma y corazón estaban en lucha como la lluvia y el sol en primavera.

Su alma decía:

—¡Es preciso salvarme! Este mundo es una isla azotada por la ola del pecado. ¡Cuán poco me ha faltado para morir sin confesión y caer en el infierno! ¡Esa bestia salvaje, ese león que en las gradas del anfiteatro me buscaba, fascinándome, embrujándome, era Lucifer! Lucifer que quiere lanzarme al infierno! ¿Dónde esconderme? ¿A dónde huir? Veo el hocico de ese león haciendo muecas horribles ante mis ojos... Tal vez mañana, tal vez esta noche... ¡Oh, Santa María, venid en mi ayuda, socorredme, acudid presto, pues estoy perdida!

Pero su corazón responde:

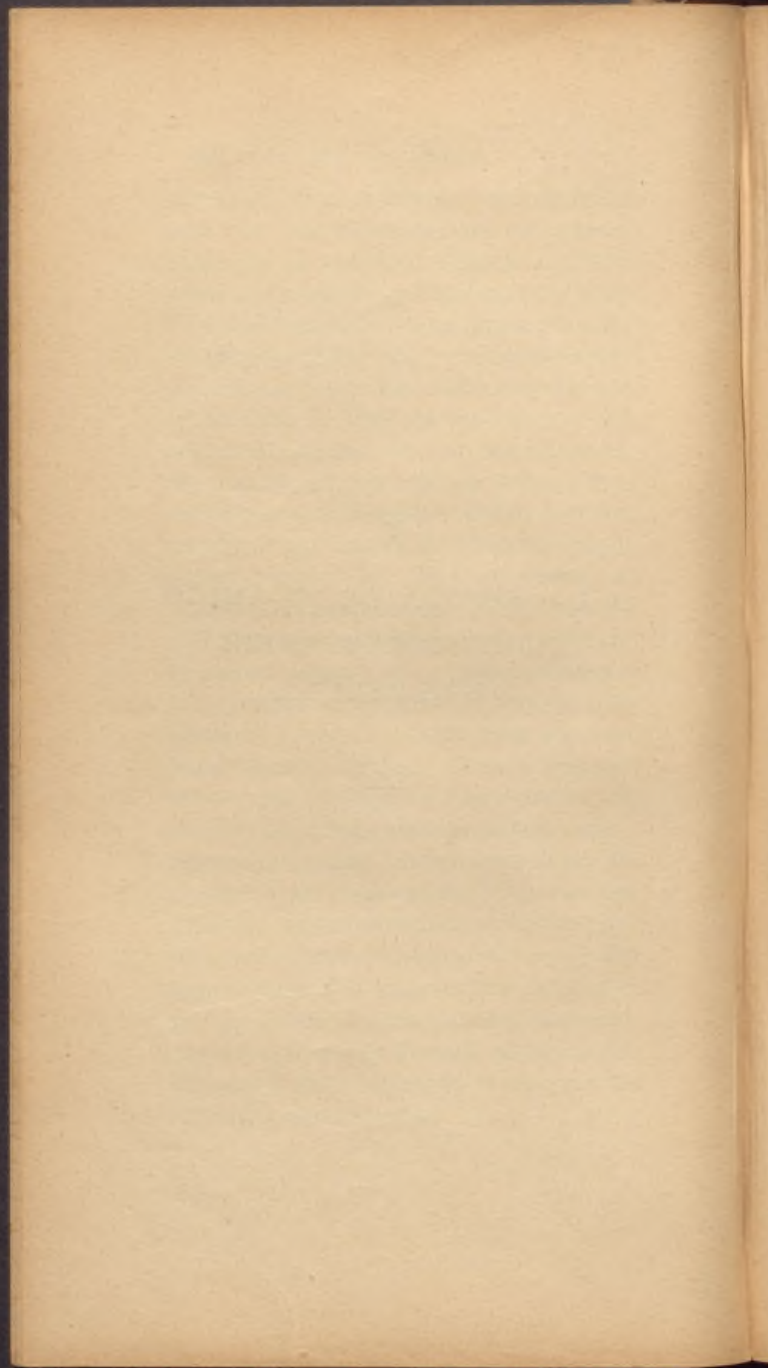
—Entrar tan joven en el monasterio; perder la dulce libertad; abandonar mi castillo de los cuatro torreones, la corte del Rey y los festines; quitarme mis hermosas vestiduras de seda, es tal vez demasiado para mí, como decía don Rodrigo. ¡Oh, buen Rodrigo! El es quien me ha salvado: con la daga desenvainada, delante del Rey y de la Reina,

poniendo su cuerpo como una muralla—lo veo aún sobre el azul del cielo—semejaba el arcángel Miguel. Llevaba jubón anaranjado, calzas negras y sombrero adornado con una gran pluma... Se ha jugado la vida verdaderamente, dejándome luego deslumbrada. ¿Dónde se fué? ¡No le veré ya sino dentro del esplendor lejano de sus heroicidades! Ha pasado cerca de mí sin hablarme y me parece que llevaba sobre el corazón un puñal: ¡mi blasón de Castel-Renard! ¿Estoy loca?... No. Dios me llama al templo para purificarme... ¿Dónde habrá ido? Ya no le veré más. ¡Pronto enterraré en el claustro mi juventud! Mañana me vestirán el lúgubre hábito de San Cesáreo y ya no le veré más. Pero su mirar hondo, terrible, fiero y deslumbrador me perseguirá hasta dentro de las puertas donde mañana estaré muerta para el mundo... ¡Rodrigo, adiós! No te veré más. Esta noche al toque del *Angelus* me encerrarán con las monjas. Mi corazón llora al pensarlo; llora, pero es preciso ir allá para evitar la condenación eterna. En la paz del convento rogaré á Dios por aquella alma noble. ¡Rogaré á Dios mientras viva... por tí, Rodrigo, rogaré por tí!

V

A LA ESPOSA DE MI AMIGO  
EUGENIO TABERNIER  
DE MARSELLA







## V

### LA MONJA

**E**N el monasterio de San Cesáreo rezan el rosario las monjas y ¡balalán! ¡balalín! las campanas suenan á lo lejos. Las monjas vestidas de blanco murmuran paternostres paseando por el claustro y ¡balalín! ¡balalán! siguen tintineando las campanas. Bajo las sombrías arcadas las monjas caminan erguidas como sombras y ¡balalín! ¡balalón! se han cubierto con sus velos, con sus grandes y largos velos. Nerto, que entró la víspera, temblando como la hoja en el árbol, está devotamente en la iglesia entregada á sus meditaciones. La pobrecilla toma hoy el hábito... ¡Entra, tiernaavecilla! ¡He ahí la jaula!

Por los corredores del gran monasterio las monjas van y vienen silenciosamente.

La madre abadesa y las de obediencia andan atareadas porque el Pontífice de Aviñón y el Rey, su compañero, con la Reina y su corte llegarán de un momento á otro en procesión, llevando la cruz por guía, para la celebración del acto de tomar los hábitos la noble doncella baronesa Nerto, de Castel Renard.

¡Ya están aquí!

Abrense de súbito las puertas del monasterio de par en par. Descórrense celosías y rejas, y el sol cantando victoria, entra á oleadas con la corte dentro de la gran casa blanca.

De rodillas, en dos filas, plegadas las manos en oración, los ojos bajos, el corazón conmovido, aparecen todas las monjas. Los violines gimen dulcemente el canto de alegría y de despedida de aquella que se entrega á Dios.

Nerto llora en un sombrío rincón.

Doña Violante es la madrina; el rey Luis el padrino.

Los candelabros enciéndense uno tras otro; las monjas van en dos filas hacia donde está Nerto. Y Nerto, en medio de

ellas con la muerte en el corazón espera la triste sentencia de su clausura eterna.

Benedicto Trece, sentado frente al altar levanta su voz:

—Nos, Papa, con la investidura de Jesucristo; servidor de los servidores de Dios, á los oyentes que están aquí como testimonios, hacemos saber que, conociendo los sortilegios del demonio, sus perfidias y sus malignos lazos; considerando el peligro que amenaza á una huérfana infortunada, y la inminencia de ese peligro; visto que el mundo es un destierro para las almas, concedemos, á pesar de su extremada juventud, á Ner-to, nuestra amada hija, el derecho á pronunciar sus votos.

Doña Barrala, la priora, devotamente inclina hasta el suelo su frente de gran señora; después acercándose á la doncella da un suave golpe en su libro á tiempo que resuena el canto de los salmos, el incensario esparce balsámicos perfumes y comienzan las bendiciones con el hisopo y la cruz.

Quítanle á la novicia la capelina; arrancan el rico manto de sus hombros; desatan sus rubios cabellos que caen á oleadas sobre sus hombros. Y cuando la noble doncella siente en su nuca el frío



de las tijeras, pálida y temblorosa exclama:

—¡Oh, mis hermosas trenzas! ¡Colgá-las en la capilla, en el altar inmaculado de la Virgen, mi dulce Madre! ¡Adiós, primavera! ¡Adiós, corona que locamente trenzaba! ¡Adiós, orgullo de mi juvenil belleza, rizos de oro, rizos amados que al brillar la aurora peinaba amorosamente como haz de rayos!... Dejad que los cubra de besos... ¡y que la Virgen me perdone! ¡Hermoso vellón segado antes de hora, ya no brillarás al sol y las florecillas del monte ya no adornarán más tu seda suave! ¡Ya no agitará tus bucles la brisa! Será tal vez mi pena infantil; pero dentro de mi corazón siento una angustia que no puedo contener... ¡Ah! Dejadme llorar... ¡Todo acabó!... Ahora que van á plegarse las alas de la alondra provenzal, cantad solas,avecillas, sobre las colinas y en los valles. Cogiendo fresas y violetas ¡oh, mis queridas amigas! id solas á corretear por las riberas del Real que ríe y salta sobre los guijarros. La juguetona cazadora de liebres que me ha seguido hasta Arlés, morirá de tristeza, la pobrecilla. ¡Ah! No languidecerá tanto tiempo como yo; triste amante de la

Cruz, en las sombras del claustro voy á esconderme esperando la muerte. ¡Ay, pobre de mí! ¡Apiadaos de mi desventura!

La trompetería del órgano estallando de improviso, como las voces que el día del juicio final anunciarán el gran crepúsculo, apaga las dolientes quejas de la novicia.

Ya le han vestido los negros hábitos de sarga, de la orden de la santa casa, las tocas y el velo. Después sobre los Evangelios y sobre las austeras reglas monásticas le hacen prometer castidad, obediencia, pobreza... Todo lo ha prometido como una santa.

La reina, cariñosa, llégase á ella y le entrega un libro de Horas sembrado de flores de lis, con iniciales de azur y oro, en el que fray Berenguer, pintor de renombre, día tras día y año tras año, dibujó las miniaturas, encerrado en la abadía de Montemayor.

Pero ahora ya nada la alegra. Todo lo ve negro; todo le es igual. Va como una infeliz golondrina, con las alas mojadas por la lluvia, arrastrada por la tormenta de una á otra nube; como oveja perdida aprisionada por los blancos vellones en el zarzal y bala doliente. La

novicia así atormentada, no ve más que la negra obscuridad, el lejano y amarillento resplandor de los cirios. Cree soñar entre nieblas. .

Pero ya el Santo Padre toma gravemente en sus manos el negro velo de estameña y extendiéndolo sobre la blanca frente de la profesa, dice lentamente:

—Recibe sobre tu cabeza, Nerto, este velo sagrado, resguardo y signo de mortificación: cuando llegue tu hora suprema ¡quiera Dios que lo devuelvas sin mancha! Y rotos los lazos del demonio puedas, blanca como la nieve, sentarte á las bodas de felicidad que son eternas en el cielo, donde los corazones se unen á Dios como las nubes de incienso que suben á lo alto. ¡Así sea!

Consumado el sacrificio sólo restan las pruebas y el oficio. Nerto, se prosterna sobre las frias losas y presa de fúnebres pesadillas, tiéndese entre cuatro blandones y sobre el paño mortuario. Las monjas entonan en el coro el *De profundis*, lúgubre canto que da miedo y fiebre, y hiela el sudor. De cuando en cuando óyese un suspiro de la virgen. Envuelta en el negro manto del que se destaca una gran cruz blanca, la pobre Nerto, temblando, sueña en el ho-

rror del cementerio; sueña en el festín de los gusanos; respira el aire viciado de la fosa; siente la opresión de la losa sepulcral; vé los fantasmas de ultratumba, vé los espectros; siente estremecerse sus carnes y con voz angustiada llama á Rodrigo para que la libre de tan horrible pesadilla...

Pero las monjas la rodean cantando sus preces... Nerto se levanta lívida; y cuando se la llevan desgranando sus rosarios las religiosas, adentro del monasterio, no se oyen más que estas palabras repetidas por todas las monjas:

— ¡Entrad, entrad, hermana nuestra!  
¡Ya no saldrás ni viva ni muerta! <sup>1</sup>

Todos se van conmovidos, diciéndose:

— Dios la ha querido para él. Pero ¡que dolor, que lástima, que en la flor de la juventud tan hermosa doncella haya tomado las tocas de Monte-Cassino!

Mientras esto ocurre en la parte alta de la ciudad, abajo el Diablo hace de las suyas. Entre soldados y marineros, en «la hostería de la Espada» se bebe, se ríe y se arma gresca.



Rodeado de catalanes, cubiertos con sus rojas barretinas y con sendos cuchillos al cinto, Rodrigo dice:

—Cada uno de vosotros recibirá cincuenta *parpaiolos*<sup>2</sup>. Luego, cuando sea hora ya os diré lo que hay que hacer. Ahora bebamos y comamos como hermanos. ¡Y hasta media noche vivan la mesa y el vino hervido!

—¡Vivan la mesa y el jolgorio!— gritan aquellas buenas piezas. — ¡Ah, de la hostalera! ¡Nos servirás una sopa de pescado de Vacarés; prepara un buen ajiaceite y pescado frito!

—¡Y después un asado!

—Y un estofado de cordero... un buen *gardiane*<sup>3</sup>.

—¡Cáspita! ¡Cincuenta *parpaiolo*! Queremos el pífano y la viola... ¡Hemos de cantar alboradas á las arlesianas del barrio! ¡A vuestra salud, bravo capitán! ¿Pero vos, no bebéis?

—No, no—dice Rodrigo; no tengo sed aún.

Sabroso y amarillo como el oro ponen el ajiaceite sobre la mesa.

—¡Remojemos el gazzate, Santa Paula!— gritan.

Y todos á una, levántanse los bravos camaradas y beben sin vaso, alzando el

porrón \* largo rato, haciendo roncar los gaznates. Después hacen sonar los dedos como castañuelas, entre el barullo y las canciones... No les falta más que la pareja.

En aquel momento, señalando el fin del ruido y de la gresca, en Casa-Rimbaud suena el toque de cubrefuego.

La banda sale silenciosamente de la taberna. Calzadas las alpargatas y envueltos en sus mantas van deslizándose por las tenebrosas callejuelas.

Rodrigo de Luna dá el santo y seña á cada uno en voz baja y en catalán.

Han corrido los cerrojos y puesto las trancas los burgueses de toda la villa. No se vé luz en ninguna vivienda y todo Arlés está obscuro como boca de lobo.

Es media noche por filo. Nada se oye.

Esquivando silenciosos algún encuentro, la banda de catalanes bordea el Ródano y el Lice hasta que atisban el tejado y el campanario del Gran Convento que se eleva, si lo recordáis, lejos del mundanal ruido detrás del vasto cementerio de Aliscamps.

Los malandrines, con escalas de cuer-



La banda sale silenciosamente de la taberna

da y hachas de abordaje arañan el muro; protegidos por la obscuridad y como una horda de salvajes escalan aquel claustro célebre por su augusta antigüedad, por las virtudes, la santidad y sabiduría de sus abadesas, escogidas todas entre la más rancia nobleza.

Es la hora en la cual las religiosas dejan las celdas y van á la iglesia para cantar á la ténue luz de la lámpara los oficios nocturnos. Con el sueño aun en los entornados párpados, siéntanse en las sillas del coro y rezan las plegarias de la orden...

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué es esto?—¡Barrim, barrám! las puertas de la iglesia caen rotas. Don Rodrigo, como el lobo en el redil, entra gritando:

—¡Al lobo! ¿Llamáis al Diablo? ¡Aquí está!

Y la enardecida banda de malvados con la manta á la espalda y caladas las rojas barretinas sobre sus testas ennegrecidas se precipitan en el sombrío santuario. ¡Por San Máximo! Jamás visteis mayor espasmo.

Si el suelo se hubiese abierto quedando al descubierto las momias de los muertos no hubieran causado más espanto... Las monjas locas de terror,



quedaron fascinadas como bandada de tórtolas que ve en los aires al gavián. El fiero Rodrigo ve en la bandada á la que su deseo busca... Doña Barrala, corre hacia el altar clamando al cielo:

—¡Amparadnos, Señor, amparadnos!

—Quiere detener al hambriento gavián...; pero Rodrigo la aparta desdeñosamente y corre hacia Nerto. Tómalala en sus brazos desmayada y llevándosela con la celeridad del rayo:

—¡Ven á mí!—le dice dulcemente.—

¡Ven, hermosa mía, soy Rodrigo, no temas!

Mientras el caballero roba la perla del convento, sus camaradas hacen un desastre en él.

Los viejos pastores no llaman en balde *Catalán* al diablo. De aquella comunidad de nobles damas, todas condesas y baronesas, cogen con feroces abrazos las delicadas flores de los tiernos brotes, llevándose cada truhán la monja que más le agrada.

La campana del monasterio despierta á la dormida ciudad: las monjas feas y viejas tocan á rebato con todas sus fuerzas. El capitán del Tampan<sup>s</sup> acude presto con sus soldados y arqueros al oír la campana ya corre á las pobres da-

mas que oye gritar y defenderse de la vil canalla en la obscuridad. El capitán de la ciudad desenvaina la espada y los alcanza en los Aliscamps.

El cementerio de Aliscamps, lleno de misterio y de leyendas milagrosas, de capillas, y de tumbas, y de montones de huesos, se extendía, en aquel tiempo, hasta muy lejos, no sé donde, allá bajo de Arlés. Siempre se ha creído que cuando San Trofimo quiso consagrarlo todos los padres del Santo Concilio fueron tan humildes que ninguno quiso echarle el agua bendita. Y Nuestro Señor, rodeado de una nube de ángeles, bajó del Paraíso y lo bendijo... Hasta se dice que al hacer la genuflexión, quedó grabada en la roca la huella de su divina rodilla; y desde entonces los ángeles bajan algunas veces á él en cohortes rosadas y en la quietud de las noches serenas cantan armoniosamente... Por esto todos querían ser enterrados en aquel lugar sagrado. Barones, obispos, reyes y príncipes, todos, grandes y pequeños tenían allí sus mausoleos con esculpidos bajorrelieves ó su trozo de tierra santa. La ira del infierno era impotente contra los cuerpos de los bienaventurados que allí dormían bajo la

cruz... Y á lo largo del río, con el dinero para pagar el entierro sobre el ataud, lanzaban en el Ródano, á merced de la corriente, á los pobres muertos que querían ser enterrados en los Aliscamps. Los marineros que en aquellas riberas veían venir el ataud sobre las ondas rielantes, hacían virar sus barcas hacia la orilla y santiguándose devotamente, decían cayendo de rodillas al pie de los sauces:

— ¡Que Dios les conceda descanso eterno!

Pero la paz se ha turbado esta noche en el vasto campo de los muertos... Tornemos á la historia del sacrilego rapto.

Rodrigo encendido de amor, corre por las tinieblas, llevando á Nerto en sus brazos; aspirando su aliento dícele, mientras camina:

— ¡Cómo huelen los jazmines! ¿Ves cómo brillan las luciérnagas, cómo se alegran los ruisseños? ¡Que cielo tan estrellado! ¡Parece que me crecen alas y puedo volar!... ¡Volemos Nerto, hermosa mia! ¡Tú, sobre mi corazón, que salta de gozo; tú, mia, en mis brazos! ¡Esto es más dulce que el hipocrás!



Rodrigo encendido de amor, corre por las tinieblas...



Pero la monjita, desvanecida, está muda. Aturdida por tanta desventura, golpe tras golpe, la infeliz no sabe si es el Demonio quien la lleva á través de los campos ó un ángel quien murmura en su oído aquellas dulces palabras.

Chasquidos y golpes de aceros que van en crescendo en la quietud de la noche resuenan de súbito tras ellos. Rodrigo, el guerrero valiente, oye los gritos de su banda llamándole... Hop! Deja su hermosa carga sobre la tumba de Rolando y corre á ayudar á sus catalanes.

Larga y dura es la lucha. Parece que juegan al escondite entre las tumbas; nadie se deja prender. En la espantosa refriega cuando alguien cae bañado en sangre encuentra abierta su tumba...

Mientras saltan chispas de los aceros y se cruzan las espadas van cayendo algunos hombres y huyen las monjas despavoridas...

A los besos de la brisa Nerto recobra el sentido...

La pálida luna levántase en el espacio y su blanco espectro va errante por entre las tumbas. Erízanse los cabellos de Nerto viendo aquella cantera desierta, cubierta de sepulcros y de fosas abiertas. Al verse sola se le hiela la sangre;

créese á las puertas del infierno. Huye y cuando más camina más se extravía... No ve más que tumbas, en serie interminable, que la acompañan en su huida. A cada paso se detiene espantada por los buhos que alzan el vuelo, y vuelve á emprender su loca carrera llorando y exhalando quejidos hasta que se pierde en la llanura...

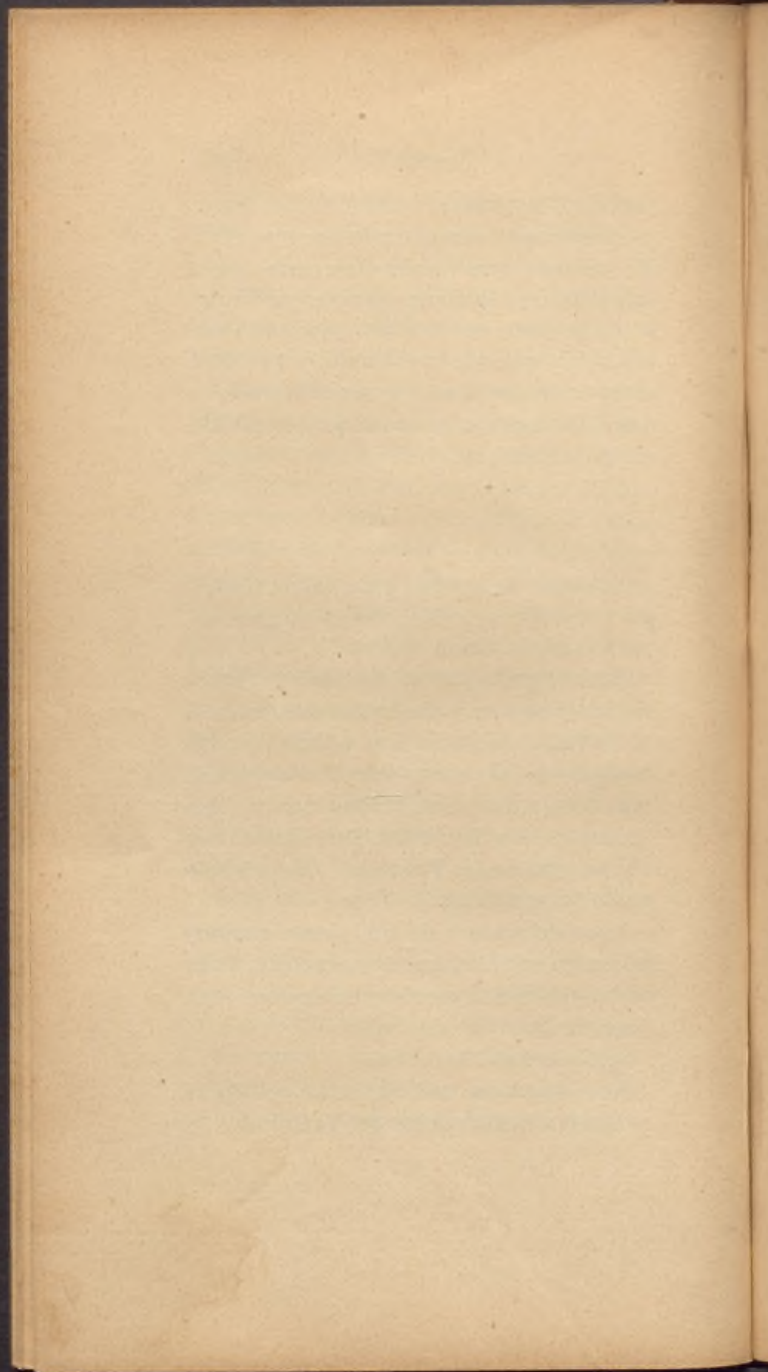
Cubierto de sangre y de polvo, Rodrigo torna de la lucha, con el corazón esperanzado y altiva la testa.

Embriagado por el sensual perfume de los jazmines y de los mirtos mira á todos lados. No vé á Nerto. Busca en las tumbas vacías; corre impetuoso y febril los Aliscamps, San Honorato y San Accurso, San Bardolfo, San Tiburcio y el panteón de los Porcelet... ¡Se vé solo entre los muertos!

Loco de amor y de ira, siente rasgársele algo en el lastimado corazón... Nada ansía ya sin ella y enloquecido comienza á gritar:

—¡Nerto, oh, Nerto!

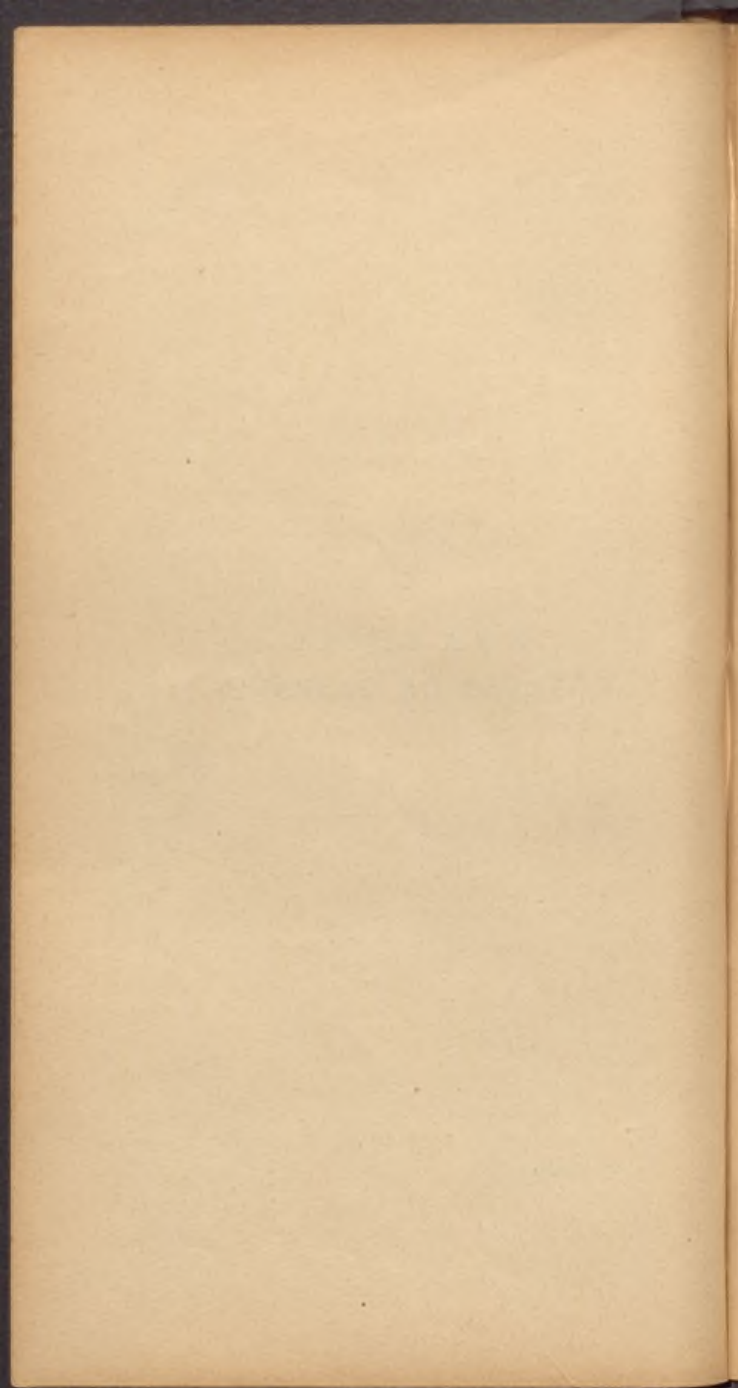
Pero la plana está desierta y sólo le contestan las cornejas del Trebón<sup>6</sup>.



VI

A LA SEÑORA  
CONDESA DE GASPARIN







## VI

### EL ANGEL

**A**L rayar el alba, Nerto, bordea un bosque de blancos álamos. Huyendo del mundo y de sus manadas de lobos, camina á la buena de Dios. El cansancio y los duros trances por que pasó su alma pura aquella noche preñada de peligros, la vencieron y rindieron. Sentóse en un altozano; y al salir el sol arrodillóse y oró.

En la quietud de la mañana oye una campana que tañía en aquellas alturas... Nerto se levanta esperanzada y entra en el bosque fresco y apacible, atraída por el dulce tintineo. Los pájaros despe-

rézanse alegremente entre el ramaje; las oropéndolas gorjean y los tortolillos y las tórtolas cantan sus amores tiernamente emparejados.

Nerto avanza temerosa, inquieta, pero feliz bajo los blancos árboles que la acogen con dulce murmurio. ¡Está tan sola en la tierra, tan rendida de llorar, que se encanta mirando extasiada las inmensas columnatas de la selva que la embalsama y envuelve en un ambiente de bienestar! El padre Sol aparece por la cima de la montaña; perlas de rocío quedan suspendidas sobre las hojas. Y la escarcha sobre los capullos, el rosal silvestre, la retama, las clemátides y todas las florecillas silvestres que en las laderas se abren para solearse, todo, todo renace amorosamente á la luz de Dios.

La gentil Nerto, guiada por el tañido de la campana, sube con paso lento hacia la claridad que aumenta y resplandece más á cada momento.... De pronto ve sobre el cielo azul una ermita con fuertes botareles, y, con la frente hundida en la cogulla, un ermitaño que baja.

Nerto acércase á él, saludándole:

—¡Dios sea con vos!



Nerto acércase á él, saludándole...



—¡La Virgen te dé paz y alegría!— responde el ermitaño.

—¡La paz me falta, santo eremita!— añade la joven;—y sabréis por qué si permitís que os refiera mis desventuras.

—¡Habla!—dice el anciano de blanca barba.

Siéntanse sobre las piedras; los pajarrillos pían en torno suyo y los grillos vienen á cantar... Nerto comienza el relato de su mala estrella; su venta al Diablo por su padre; el rapto del convento; las mortales angustias de Aliscamps... en una palabra, la monja profesa hizo su ingénuo confesión entre sollozos

—¡Oh!—dice.—¡Si vos pudiérais salvarme!

—Dios Nuestro Señor, para probarnos—dice entonces el buen viejo—da á veces al Infierno poder sin límites. Pero el corazón puro que tiene bien arraigada la fe, hija mía, levanta las montañas. La ralea diabólica que hace burla del creyente verá siempre triunfar de sus asechanzas á la paciencia de Job. La fe es un dón de Dios. Dios no abandona jamás á quien la posee, y venga y defiende al cristiano cuando está satisfecho de él. Dicen que por aquellas crestas que ves

desde aquí, vino en tiempos pasados un santo apóstol á predicar. Era un pobre viejo lleno de achaques y ciego por aña-  
didura. Llevaba como lazarillo á un mozo ladino y burlón. Caminaban por la Crau, no lejos de aquí; por la Crau vasta y pedregosa, que para el viejo estaba cubierta de tinieblas, caminaban, pisando los arenales, bajo un sol ardoroso, cuando de súbito se levantó fuerte viento terral que rugiendo rumores de tempestad barrió la plana desierta:

—¿Qué son estos rugidos, mi buena Madre? —preguntó el apóstol. Y el lazarillo, queriendo reir á costa del viejo, contestó:

—¡Oh! ¡Cuánta muchedumbre se vé! Todo el pueblo de *Aupiho* está de rodillas en el pedregal esperando vuestro sermón...

El santo, abriendo desmesuradamente sus cuajadas pupilas, irguióse apoyándose sobre su cayado, é inflamado en divino amor, lanzó á la Crau y al viento la nueva evangélica, y sin descanso habló de Dios á las piedras de los prados. Y, ¡oh, prodigio! cuando el santo oráculo calló, todas las piedras que le rodeaban respondieron á una:

—¡Amén!

Tengamos fé. Dios es el divino maestro; y si los peñascos de las landas hablan cuando Él quiere, hija mía, vé; ¡Dios es bastante poderoso para salvarte!... Pero subamos á la ermita, pues desde tu rapto, si no me engaño, no has comido nada.

Llegaba Junio y el sol, que una hora ha subía sobre el horizonte deslumbraba con el esplendor de sus rayos el Leco y el Salto de Rolando...

El pan y el agua del cántaro fueron un festín para la pobre monja. Cuando hubo terminado, guardóse el pan en un armario y siguieron por los senderos del bosque hablando de Dios.

Y cuando el ermitaño glosaba el tema de las maravillas de la Creación que el hombre tiene bajo su dominio y goce; del conjunto de astros brillantes que rodean á nuestro pequeño planeta; de la grandeza, la gloria y la bondad del Creador que siembra por el infinito gérmenes de vida universal... ¡era una delicia oír á aquel santo, á aquel bienaventurado! Tan santa... tan austera era su vida... que un ángel descendía del cielo todos los días, cuando el sol llegaba al zénit.

Lentamente, por las márgenes de los

torrentes y arroyos, el solitario y la monjita ensimismados en sus piadosas pláticas y profundas meditaciones, paseaban juntos...

—¡Cuán provistas y qué bien ordenadas están todas las obras de Dios!—decía el ermitaño admirado. —¡Mira aquellos mosquitos que se arremolinan en el espacio! Un rayo de amor y de sol los creó... Tal vez esta noche misma hayan cumplido la misión de su existencia; y en tan poco tiempo la Providencia les concede á manos llenas todo el bien y toda la dicha que les conviene. Apenas nacen, encuentran en una agalla todo el alimento que necesitan y hace sus delicias; tienen alitas para seguir el viento que pasa rozándoles; el monte y el llano es suyo; la luz del día que les alegra es suya; también tienen un aguijón para defenderse en sus luchas; y en sus ojuelos pequeñísimos el universo entero se refleja igual que en el espejo de la mar inmensa. ¡Mira como florecen los álamos! Cada semilla tiene su vilano que el viento arrastra y esparce por el campo... pero los pájaros van tras aquellas mariposas de pelusilla atrapándolas. ¿Ves, allá en lo alto, en aquella rama que cuelga, un nido de blancas oropéndolas,



tupido, acolchado, como un terciopelo? ¿Parece moldeado, verdad? ¿Quién enseña á tejerlo á los pájaros? ¡Veo la mano de Dios tejiendo para los pajarillos una almohadilla de algodón!...

—¡Oh!—dice Nerto;—lasavecillas, los gusanillos, los mosquitos, todos encontrarán un techo, un asilo. ¡Pero yo...! ¡Mi suerte es sufrir! ¡Estoy sola en el mundo y no encontraré persona alguna que me ofrezca un albergue, aunque fuese dentro del ataúd! ¡Oh, Jesucristo, vos que moriste de muerte afrentosa para apagar con vuestra sangre las llamas eternas, tened piedad de mí, Salvador de pecadores! ¡Tened piedad de la inocente, raptada contra su voluntad! Y si mi vida puede servir para perdonar á mi pobre padre, que sufre entre los condenados, tomadla, Señor, tomadla, Dios mío! ¡Héla aquí! ¡La muerte no me espanta!

Compadecido de su dolor y con los ojos arrasados de lágrimas, el anacoreta habló así:

—Debo confiarte que la mano de Dios te ha conducido hasta aquí. ¡Entona el *Hosanna* conmigo! ¡Alaba á Dios, hermana mía; alaba al Soberano Hacedor de todas las cosas, pues, cuando acabe

de hablar, verás abierto el paraíso! Aquellos árboles de troncos blanquecinos; aquellos álamos que mueven sus poderosas ramas, es el bosque de San Gabriel, palomar maravilloso de apariciones angélicas. Aquella sagrada basílica edificada sobre la roca, entre el espliego y las hierbas aromosas, está consagrada al Santo Angel que hizo la salutación á la Bienaventurada... Allí está en el pórtico; le verás sonriente; su historia está esculpida en la piedra... Verás también cuando le lleva la comida al profeta Daniel... Aquel que el ángel tiene cogido por los cabellos es Habacuc. ¡Cómo asoman los dos leones rechinando los dientes! ¡Hermoso San Gabriel! Nuestros abuelos lo pusieron como guardián á las puertas de la Gran Montaña que brilla en lo alto cuajada de rocío; y á San Miguel, que allí ves, le confiaron nuestros antepasados la custodia de la Montaña Menor. Las dos espadas puras y relucientes, enhiestas, frente á frente, protegen á todo el país. Hace ya muchos años que vivo aquí, hija mía: la dura roca es mi lecho, no bastante dura aún, porque la locura pone cerco al hombre hasta en la soledad... Yo me hice esclavo de Cristo, y

cuando lo abandoné todo por Él, Él me dió la libertad. Recluíme en estos bosques, me confié al Angel Gabriel, y cincuenta años ha que soy su ermitaño... ¡Tres veces dichoso es aquel que se entrega completamente! El cielo lo recompensa con creces. Bienaventurado aquel que se acoge al cielo, pues su misericordia no tiene límites. Un día, por la Natividad del Señor, no tenía pan para comer. Era un invierno... invierno de lobos. ¿Lo diré? Contémoslo. ¡Perdóneme Dios si me alabo! Había dado todo mi pan á un pobre hombre... Y hacia el mediodía ví en las alturas un rojo resplandor semejante á las llamaradas de un incendio. Después del toque de *Angelus*, subí al monte para contemplar aquella claridad, y al llegar á la cima, se me apareció el Gran Arcángel en medio de la luz celeste y del resplandor siempre creciente. ¡Era muy bello, tanto como no puede expresarse! Su mirada y su sonrisa eran bálsamo para el corazón. Con voz argentina, díjome.— «Aquel que reza, justo es que coma; este es el pan de los ángeles, cómele, es para tí; y sea siempre Dios contigo y sus virtudes te acompañen.»—Y desapareció como una fugaz estrella. Y desde

entonces todos los días me trae con sus manos el cesto lleno del pan bendito. ¡Pan nuestro y de Dios! ¡Dón misericordioso! ¡Soy indigno de él, indigno, tres veces indigno!

É inclinándose á tierra el buen viejo, coge una gruesa piedra y se golpea el pecho con ella.

—Ahora, hija mía—continuó el penitente,—conformaremos nuestra vida á las doctrinas de los patriarcas del Desierto. Con ánimo y espíritu de penitencia, nos flagelaremos, ayunaremos, suspiraremos y rogaremos, de todo corazón y con toda el alma, á Dios Nuestro Señor y á Nuestra Madre la Virgen. Los dos, como dos pájaros, partiremos el pan del cielo. Y cuando llegue la hora propicia, yo hablaré á San Gabriel. Y te salvaré, lo prometo; yo te salvaré.

Nerto le escuchaba extasiada; y la esperanza y la vida tornan á ella como el verde color retorna á las plantas pasado el invierno.

—Late mi corazón...—Siento como la Sulamita, que mi ángel bueno va á venir...—dice el solitario...—¡Ah, voy á desfallecer! La mosca punza; el pájaro busca su nido; el sol cae á plomo sobre



la cueva, y la luz de mediodía llegará pronto á Montemayor. Voy á la ermita á sonar la campana haciendo la salutación angélica al llano y á la montaña; al hombre, á las bestias y á las plantas. Mientras subo á la cúspide del *Aupiho* tú dentro de la ermita reza y vela; ruega á Dios para alejar el mal.

Y el *Angelus* suena en el espacio; los segadores que trabajan al borde de las lagunas; los pescadores de los estanques; los jornaleros de la tierra; los leñadores de la montaña; los forzudos labradores del campo; los yegüeros entre sus caballos y los pastores, derechos como palos, escuchan el son de la campana; vuélvense hacia ella con las caperuzas en la mano, y luego, se van á echar un sueño reparador de las fatigas del día.

El cielo está tranquilo; el día claro. Las alucinaciones cercan al espíritu... El tomillo y el romero ofrecen á las mariposas la dulce miel de sus florecillas. El lagarto bebe sobre las piedras el calor que le embriagaba. Hacia el sol suben como etéreo incienso aromas paradisiacos.

La mirada ve resaltar todas las líneas del contorno, las llanuras lejanas y las

alturas: todo blanquea en los valles; todo brilla en las cumbres.

En la cúspide de la colina, la testa dentro de la cogulla, el santo eremita está en éxtasis. La vida parece en él extinta: sólo su alma está en él despierta. El Angel, invisible para los demás mortales, le habla. En las pupilas del penitente se reflejan las blancas alas del Arcángel, que en la pureza profunda del espacio, se han agitado como dos velas...

El Angel pregunta:

—¿Quién es aquella que con hábitos religiosos y en la flor de la juventud reza en aquel rincón?

—Es una pobre desventurada—responde encogido el ermitaño,—á quien yo he prometido salvar.

Como el agua cristalina sobre la cual pasa negra nube, la mirada del ángel Gabriel se entenebreció:

—¡Puñado de tierra miserable!—le dice.—¿Sabes tú si ya has luchado con fruto en el desierto, contra aquel que camina por sendas tortuosas? Tienes mucho quehacer para salvarte tú ¿y crees poder salvar á los demás? ¡Oh, pobre cañal! ¡Ah, pobres de vosotros!—y el ángel hermoso, habiendo dicho

esto, emprendió el vuelo hacia los astros.

El anacoreta, muerto de espanto, levántase preso de tal temor que no sabe donde se halla. Consternado, baja de la montaña tambaleándose y exclamando:

—¡Acudidme, Santos y Santas de mi devoción, pues estoy perdido! ¡Venid pronto! ¿Quién será esta monja endemoniada? ¡Tal vez la tela de araña en que yo caiga envuelto! A los setenta años y viejo caduco... ¡aún puede perderme el Diablo! Cuanto más viejo es el cesto mejor arde... ¡Estoy perdido! Hay aquí algún lazo oculto y preparado... Supongamos que la monja sea buena como parece; pero ¡cuánto chismorreó no habría por ahí! ¡Ah! ¡Un ermitaño y una monjita que viven juntos en una ermita! ¡Cuántas historias inventaría el mundo, tan malo como es! El Angel tiene razón y contrito confieso que he cometido una imprudencia: siete veces al día peca el justo.

Cuando Nerto sale, elevada su plegaria á Dios, el solitario fuera de sí, le grita iracundo:

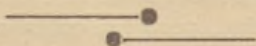
—¡Debes partir! ¡Es preciso que huyas de aquí inmediatamente, pues el celestial mensajero ha dicho que el alma está en peligro!

—¡Ay, pobre de mí desamparada! ¿Dónde encontraré refugio—exclama la monja,—si hasta los santos me despiden de este modo, Dios poderoso? ¿Será preciso que me vaya con el Demonio? ¡Oh, que sueño de horrorosa agonía! ¡Santa Madre de Dios! ¿Dónde iré á parar? La noche se acerca ¡yo muero de horror!

—Ve siempre hacia adelante—dícele el eremita.—A la salida de este bosque bordearás un pantano... Después, cuando veas brillar una luz, ve hacia ella. Es la masía de Laurado. Acércate y pide hospitalidad, pero ten cuidado con los mastines, que pueden morderte. Mañana, al amanecer, encamínate á las rocas y eleva tu plegaria sobre ellas, desde el fondo de tu corazón, á Nuestra Señora del Castillo, que puede más que yo. Su capilla está cerca de allí, sobre la montaña escabrosa. Después rogando, rogando siempre, puedes tornar, en las alforjas de algún muletero, á la abadía de San Cesáreo, pues sabes bien que no puedes divorciarte de las reglas del convento... Y que San Gabriel y San Con-

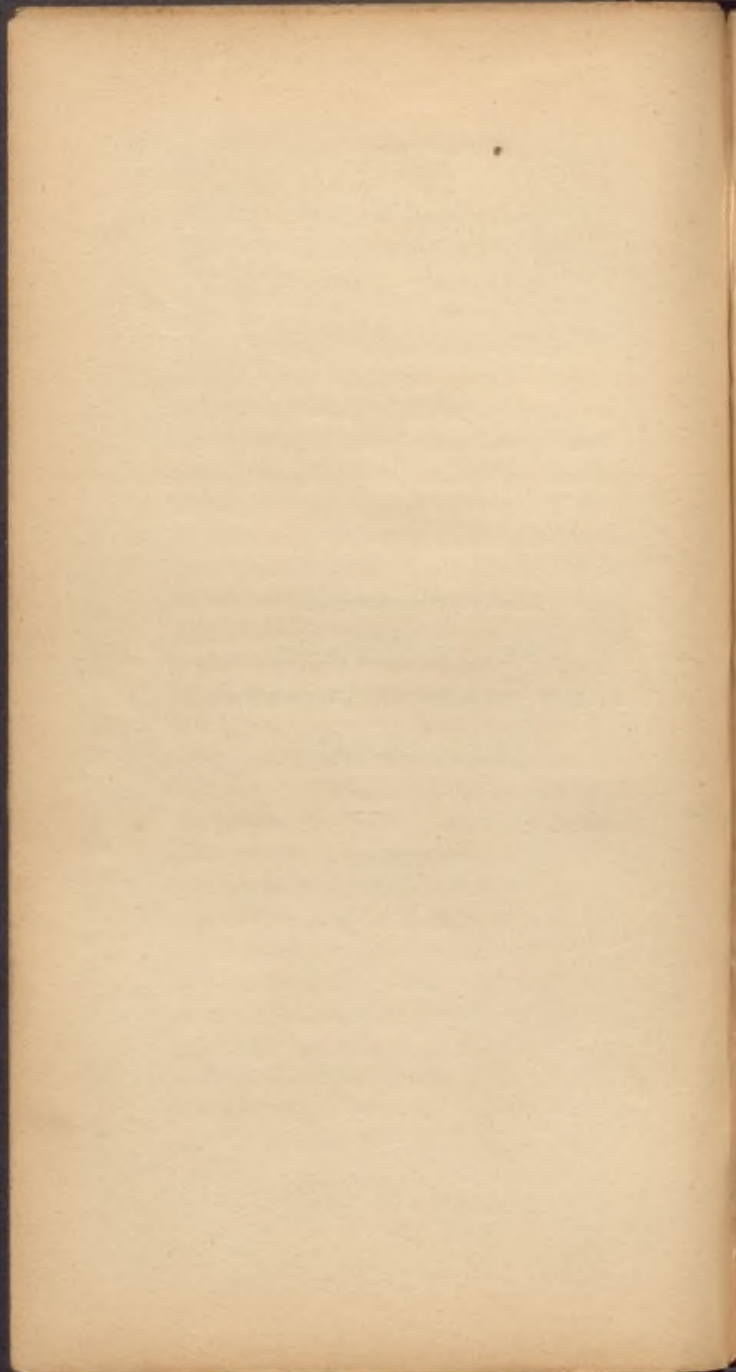


sorcio, y Santa *Tula* (que en el desierto han padecido más que las serpientes) con San Gans, San Veredemo y San Julian, y San Trofimo, y San Fermin y San Esteban ¡te acompañen en tu camino!



VII

A LA FELIBRESA  
BETTY DORIEUX  
QUE TRADUJO «MIREIA»  
AL ALEMÁN





## VII

### EL DIABLO

**B**UERA de sí, y roído por el despecho, el audaz Rodrigo, maldiciendo como un hereje sale de Aliscamps.

—¡Espíritu del abismo, soberano del tenebroso caos, tú cuya vista penetra en las tinieblas, tú que escudriñas sin cesar, oh, Lucifer!—dice Rodrigo;—si algo te liga á mí, si te he servido gallardamente alguna vez... ¡yo te reclamo esta noche mi paga! ¡Y, ante las terribles palabras que voy á dedicarte, responde sin tardar á mi deseo, y en mis brazos trémulos de pasión, aunque me condenes por amor, haz caer á Nerto!

Y en las tinieblas de la noche, y con



voz sorda, Rodrigo desgrana una infernal letanía de sacrilegos *padrenuestros* que esparció á los cuatro vientos.

Una voz ronca y profunda responde en seguida:

—¡Sonríate la fortuna! Esta noche voy á edificar para tí un castillo soberbiamente amueblado. Al amanecer vé á Laurado y si te place allí tendrás los siete pecados, y, por añadidura, á Nerto.

Rodrigo, preciso es confesarlo, á pesar de su tormentosa vida y de sus vicios desenfrenados, era hijo de buen linaje y de un natural generoso. Pero encerrado por el azar durante cuatro años y once meses en el palacio de los Papas, reducido por Boucicaut á tan largo sitio, para vencer el fastidio removi6 la librería y hojeó, hasta el último, todos los libros del archivo. El palacio de los Papas era el depósito adonde el pensamiento humano exprimía todo su saber. Toda la fruta prohibida; todas las ciencias ocultas; los pergaminos misteriosos; el *Grande* y el *Pequeño Alberto*; todas las tesis de herejía, encantamiento y nigromancia; el Libro de Agrippa; el arte de los filtros; todos los conciliábulos de las brujas, sus groseras fórmulas de conju-

ro, talmud, cábalas, hermenéutica, piedra filosofal, alquimia, llave de Salomón, en una palabra, todo el arsenal del viejo Demonio, todas las obras anatematizadas, errores, mentiras y falsos sistemas, estaban allí bajo los pies del sagrado Crucifijo que los pisoteaba; pues si la mar recibe y absorbe todas las aguas, la Madre Iglesia debe saberlo todo.

Y dentro de aquella charca llena de perdidas raíces, de limo y de locuras; dentro de aquel bosque de horrorosas y espesas sombras se aventuró tanto el gallardo sobrino del Papa que tropezó con Satanás.

Hombre: tú sientes sed de saber; y si toda la sabiduría puede caber en tu cerebro y glorificas á Aquél de quien la recibes, enhorabuena. Pero si te enorgulleces y por haber alcanzado un nido de urracas crees que puedes çazar en las nubes á los querubines de color de rosa, corres el riesgo, caro amigo, de caer de bruces al suelo...

Sobre la Roca aviñonesa, el Espíritu del Mal de aquella época histórica parecía haberse entronizado; pues sobre el Gran Cisma, que como una cruz pesaba sobre toda la humanidad, andaba revo-

loteando el arcángel inmundo; y queriendo dar un golpe sonado, acababa de echarle el lazo, al claror de la luna, á don Rodrigo, el sobrino del Papa. ¡Brava pescal

Satanás, como sabéis, hace lo que quiere cuando á Dios le place dejarle hacer. Esta vez, el gran burlador había levantado, en una noche, un edificio soberbio y magnífico en los campos de Laurado. Sobre una loma, no muy lejos del bosque de San Gabriel, veíase el flamante castillo: de arquitectura fantástica, ni gótica ni provenzal, recordaba más bien el arte árabe. El oro, el azabache y el carmín dibujaban caprichosos rombos; ligeras arcadas treboladas; arabescos; archivoltas corriendo fantásticamente aquí y allá; columnillas retorcidas como serpientes que se yerguen y diablillos que se enroscan por los capiteles acaracolados; cornisas pintarrajeadas de las que salían gárgolas en figura de dragón; minaretes coronados por el emblema del Islam, la media luna, que desgarrá el azur del cielo con sus dos cuernecillos. En el friso y á la morisca, ciñéndolo todo, un embrollo cabalístico de inscripciones bárbaras. Para concluir, en la cúspide del mágico

palacio, dominando el vasto yermo, vese brillar una corona de bronce y oro, grande y espantosa, con mascarones espeluznantes en lugar de florones, como si fuera la tapadera del infierno. Véanse también sendas en zig-zag y jardines en donde el hombre que se aventura por ellos se pierde irremisiblemente, atraído por las palabras vagas y suspiros escondidos tras la espesura; retorcidos árboles, plantas sombrías; flores extrañas y aromas que embriagan y aturden como el humo... De aquel palacio, Rodrigo es el señor; allí tiene todo el gozo, todo el bienestar, todo el placer que puede soñar su corazón depravado.

Dentro del castillo, habían siete estancias en las cuales podían batir á su placer las alas, los siete pecados capitales.

El Orgullo, príncipe de los siete pecados, reina en la primera. En ella las nubes de incienso nublan la luz del día. En aquel ambiente tibio, un trovador pulsando su laud canta la gloria de Rodrigo, tan noble como bello, tan valiente como sabio, que al coger el fruto de la ciencia, ha engrandecido su patrimonio hasta el palacio de los siete



demonios; canta á los pueblos jóvenes que gritan y se agitan en lontananza; canta á la humanidad futura que se enseñoreará del mundo natural á su antojo, y, delante del hombre-soberano, á Dios, paso tras paso, retirándose.

En la segunda estancia reina la Envidia. Aquí la política hueca; allí los conspiradores rabiosos ahullando y rechinando los dientes.

—En tus palacios, Roma eterna, revolviendo toda la espuma, ¿no veremos otra vez á Catilina paseándose con la tea en la mano? ¡Oh, qué dicha si se hundiera todo y el cielo cayese en ruinas! ¡Viva el infierno, viva Satanás! ¡Viva el gran Leviatán!

Dentro de la tercera, se esconde la Avaricia: con el cabello erizado, los ojos llameantes, el brazo extendido, y entregados, vendidos al dios Manmun, los jugadores hacen sus trampas. El oro de Aviñón, el oro de Catana, el oro de Tolosa, rueda y reluce sobre el tapete, á manos llenas. Los rostros, amarillos como la cera, siguen, mudos, los giros de la ruleta ..

—¡Hagan juego, señores! Qué... ¿se duermen los jugadores?—y la cabra de

oro rie socarronamente alzando sus cuernos sobre la multitud.

La Gula es señora de la cuarta estancia; goza el placer del tintineo de la vajilla del festín. Sardanápalo, el rey, es el anfitrión; los vinos generosos y los vinos pálidos rebosan en las copas de oro; las cortesanas y los aventureros comen y beben; los dichos obscenos les hacen reventar de risa... Sobre el mármol enrojecido por el vino, caen ébrios, ahitos, con estruendosa gritería, ¡mientras tú, pobre Lázaro, te mueres de hambre junto á la puerta entornada, aguantando el chaparrón de injurias de los criados!

En la quinta cámara la Lujuria dá un baile escandaloso. Todas las hijas de Baal, todas las sacerdotisas de Citerea, y todas las famosas bellezas que hicieron de su cuerpo un juguete, condenándose sin remordimientos, están aquí vueltas á la vida, retorciéndose, sugestionadas voluptuosamente por la música de Lutín <sup>1</sup>. Desnudeces opulentas y senos turgentes con blancura de estatua, pasan y tornan á pasar ante la luz de las arañas; es Tais, es Cleopatra, con Lais, que enamoró á toda el Asia; es la

1) Duende, trasgo, demonio casero.—*N. del T*

Aspasia de Pericles, es Messalina, es un torrente de amor... Todas sonríen cuando pasan; pero en sus ojos brilla una llama que lleva en sí el espanto de una espada desnuda.

La sexta es la morada de la Ira, que ruge eternamente. Sobre las mármóreas paredes solo se ven panoplias cuajadas de armas; el suelo está todo manchado de sangre. Acometiéndose furiosos dos perdonavidas, espada en mano, luchan á muerte; los campeones del duelo excitan su encarnizamiento:

—¡Sus; Ismael contra Israel!

La Muerte les acecha por una rendija, rascando las cuerdas de su viola...

En la séptima cámara, en fin, la Pereza está echada con dejadez sobre mullidos cojines. Y allí, á la luz de cien lámparas, vestidos afeminadamente, los hastiados y los estragados aparecen en el escenario. Lánguida como una enamorada, una armonía de timbre de oro les mece en dulce sueño... ¡y sobre los muros de Nínive, con la maza y la espada en la mano, los bárbaros, castigo de Dios, suben vengadores!

Rodrigo va y viene por aquellos salones. Pero de la monja provenzal que el Demonio le ha prometido y que el amor

ha puesto en su corazón, busca en vano la sombra divina... Por donde va solo tropieza con la fatiga, el enojo y el asco. Para disipar la tristeza de su corazón y la inquietud que le devora, el joven caballero sale del castillo avizorando las lejanías por si vislumbra á Nerto por ellas.

Es la caída de la tarde; aquella hora en que el amante llora de amor, cuando por la sombra embalsamada no vé venir el sér amado; hora de angustias y de delicias; hora de voluptuosidad ó de suplicio que torna á la vida al doliente ó hace desfallecer al esforzado.

Llena de miedo Nerto, salía entonces del bosque invadido ya por negruras de la noche y bordeaba la laguna.

Salían del agua las largas y verdes hojas de los nenúfares y extendían las enormes flores, que robaron su palidez á la luna, sobre el estanque de dormidas aguas; y en los frondosos cañaverales erguíanse las espadañas cabeceando las espigas de sus flores...

¡Pobre desventurada! ¿Dónde irás?

Cuando el castillo, iluminado de súbito, brilla ante su vista, corre hacia él,



deslumbrada como la mariposilla á la luz, como la alondra hacia el espejuelo...

Y en la obscuridad de la noche, la claridad vivísima sale á raudales por las abiertas ventanas, en haces verdes y rojos; y en la cúspide del edificio se levanta una cúpula flameante que gira con vacilaciones fantásticas...

—¡Nerto!—grita sorprendido el caballero, corriendo ligero como el viento al encuentro de la joven que por la plana camina rendida por la fatiga.

—¡Rodrigo!—responde á tiempo que Rodrigo dobla ante ella la rodilla.—Pero ¿dónde estamos? ¡Todo lo que veo me espanta!—exclama la pobrecilla.

—¿Dónde estamos?—responde él como soñando.—¡Mi bella Nerto! Ahora que te poseo, mira, contempla todo cuanto constituye la felicidad. Mis ensueños de oro son ya realidad. ¡Estamos en el Paraíso! Cielos de gloria ábrense ante mis ojos: ardo y tiemblo ahora que voy á beber ¡oh, flor! en tu cáliz y en tu casto aliento la felicidad... ¡Desde que te ví, noble y graciosa, en el palacio aviñonés diciendo al Padre Santo:—«¡Vamos!»— desde que ví volar tu alma immaculada de flor en flor, mi soberbia rindió su pa-

bellón ante ti! ¡Delante de esa inmensidad infinita de estrellas, que como un manto nos cubren á los dos, prométeme Nerto esta noche lo que mi ardor te promete: ¡amor, amor!

Y don Rodrigo cogiendo la mano de su dulce amiga va á cubrirla de besos... Pero ella apartándose súbitamente de él, exclama:

—¡Rodrigo, yo soy sagrada! Los santos hábitos y el velo que me cubren me ligan á Dios para siempre... Oídme, señor: desde el día del suceso del león de Arlés, si algún sentimiento resta en mi corazón, es para el discreto y valiente caballero que libró mi vida de las garras del león... aquella noche fuí presa de un torbellino de fantasmas vivientes, pesadilla de la cual perdí la memoria. ¡Pero la imágen que siempre tengo en el pensamiento y nada puede arrancármela de él es la del caballero que me robó y me sacó de una fosa, de Rodrigo! Y si nunca jamás he de librarme del horror de mis continuadas desventuras y del hado nefasto que me persigue cada vez más de cerca, todo me dice que sólo Rodrigo disipará la sombra enemiga.

—¡La alejaremos!—respondió el caballero.—¡Ven conmigo!

Y triunfante conduce á la medrosa niña al castillo de roja crestería.

Ya dentro de él, aventúranse por los solitarios corredores diciéndose esas dulces palabras que acuden solas á los amorosos labios...

—¡Mi bella Nerto!—murmura Rodrigo,—¡es preciso que te revele yo también mi secreto, que es terrible! ¡Estamos en el castillo del diablo!... Pero no tengas miedo: es mi amigo. ¡Cuando Dios dormita alguien ha de gobernar! Y, bueno es poseer el poder, ya nos venga del Olimpo, ya del Averno. Tranquilízate. El diabólico dominador de la tierra es mi compañero de armas y fatigas, y no puede negarme nada.

—¡Dios mío! ¿Es esto posible?—grita la religiosa sintiendo helársele la sangre de espanto.—¡Ah! No hay remedio: puesto que estoy en su casa es que el día fatal ha llegado... ¡Rodrigo, en este momento lúgubre y en el umbral del antro donde me lanza mi suerte funesta, escuchad el grito que sale de mi pecho y de mi alma! ¡Desgraciada de mí! ¡Nerto os ama!... Pero si el infierno ha de tragarnos ¿hay allí amor para los condenados? No, no hay. Pues bien, Rodrigo, si queréis romper el eslabón de la cadena que

s ata; si de un vuelo feliz pudiéseis alcanzar las cimas donde el amor es eterno, y donde los embriagados corazones van á unirse en el seno de Dios, elevada yo por el mismo impulso creo que me salvaría también; ¡pues en el cielo ó en el abismo yo soy vuestra!

—¡Nerto!—responde tristemente Rodrigo.—Perdóname. Tú sabes cual es mi deseo... Tus palabras corteses, generosas y dulces me hacen aborrecer mi pasado borrascoso. Pero sujeto como un forzado al banco de mi galera, de grado ó por fuerza he de remar. ¡He cometido muchas locuras! Para borrarlas sería necesario el Océano... ¿Ves esas cámaras donde resuenan los zumbidos de los mosquitos del vicio? Son la imagen de mi desenfadada vida, Nerto; y al verme amado por tí, pura y límpida como el cristal, me avergüenzo de mi pasado...

—¡Rodrigo! Un sincero impulso de remordimiento vale por toda una vida de penitencia—exclama Nerto.—¡Animo! ¡Adelante! ¡Eleva tu mirada al cielo!

Callan ambos. Una mano recia da tres golpes formidables sobre la puerta. Los tres cerrojos del castillo se abren solos; todas las luces palidecen y todo



tiembla como si hubiera entrado el huracán.

Un gran señor de rostro sarcástico apareció. Vestía negra capa bordada con brillante oropel, y adornaba una pluma roja su sombrero.

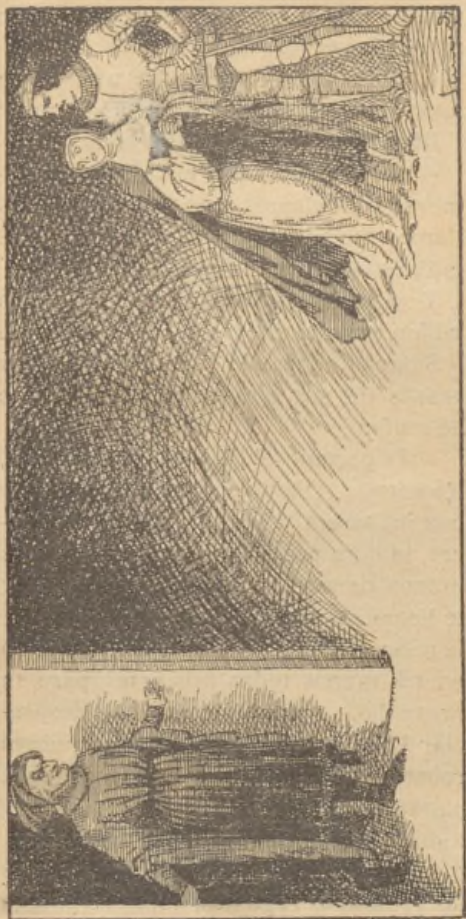
Blanca como un sudario y sobreco-gida, Nerto coge las cuentas de su rosario.

Rodrigo, fiero como Artabán, va hacia la siniestra aparición; y por las cámaras entenebrecidas donde descuel-la el Mal y entre los espesos cortinajes. desaparecen los dos súbitamente. Al pasar el señor, á derecha é izquierda se inclinan ante él todas las damas y caba-lleros, con profunda reverencia.

—¡Bien!—dice el Diablo.—¿Y la pe-queña Nerto? ¡Creo que no te quejarás de mí!

—No, no me quejo—contesta Rodri-go.—Pero aun estaré más contento, si el pacto que hicisteis, hace trece años, con su padre, loco y cobarde, lo rompiérais hoy mismo...

—¡Ay, ay, joven!—replica el diablo.— ¡Te ha picado la abeja! ¡Parece increíble que un hombre avisgado y fuerte como tú, se vea subyugado tan presto por los paternostres de una monja! Es cierto



Un gran señor de rostro sarcástico apareció...

que ella es muy hermosa: tiene, como dicen los perversos, la belleza del Diablo, diez y seis años: una uva verde aun... y además, bribón, ¡es una monja!

El galán, respóndele al Diablo:

— Señor Satanás; hablemos seriamente y no riamos cuando el amor nos llama. Dejad en paz á esa niña que me pertenece ya... ¡Yo os lo ruego!

Y don Rodrigo, mordiéndose los labios, pone la diestra sobre su espada.

Satanás, girando con extravío las brasas de sus ojos, replica con aire de mofa:

— ¡Te pertenece! Dí *que nos pertenece*, Rodrigo... ¡Diantre! ¿Querrás hacerme una jugarreta? Yo te la traje al obscurecer, la hora propicia; yo la puse en tus brazos, tierna, conmovida y enamorada; te he puesto el pan y el cubierto sobre la mesa, en mi propio castillo; he dejado en tus manos todas mis artes, para tu provecho... ¿y no contento con despreciar la rica miel que te ofrezco, quieres robarme el alma virgen que compré pagándola á peso de oro? ¿Por quién me tomas? Almas negras corrompidas tengo de sobra... Pero desde que reino en las profundas regiones, nunca he podido coger la presa de un alma pura como

ésta. ¡Nerto, mi blanco serafín, será la perla preciosa del infierno! ¡Será mi triunfo y mi gloria! pues su conquista dará un mentís á la Redención, desmentirá la gracia del Bautismo, negará todos los Misterios! .. Espera que suene media noche, y Nerto, ¡psit! zozobrará en el abismo.

Al oír vomitar esta escoria de blasfemias, el valeroso sobrino del Papa se lanza como un león sobre Lucifer y mostrándole la cruz de su rutilante espada, que le presenta por el pomo, grítale:

—¡En el nombre del Padre, en el nombre del Hijo y del Santo Espíritu de Dios, atrás, viejo dragón, atrás!

Un enorme trueno estalla al hacer la señal de la cruz, seguido de espantoso tableteo y rojos relámpagos. Una horrible tempestad producida por el encontrado combate de los cuatro vientos enfurecidos espantosamente, hunde con estrépito y rabia muros, minaretes, techumbres y bóvedas, barriéndolo todo: el castillo maldito, á don Rodrigo y al Diablo.

Solo queda en pie una monja de piedra que desde entonces se ve derecha sobre un terraplén, en medio de la plaza del castillo.



1847

Dear Mother

I received your kind letter of the 10th and was glad to hear from you. I am well and hope these few lines will find you the same. I have not much news to write at present. I am still in the same place and doing the same work. I have not seen any of the old friends here. I have not time to write you more than a few lines. I must close for this time. Write soon. I am your affectionate son

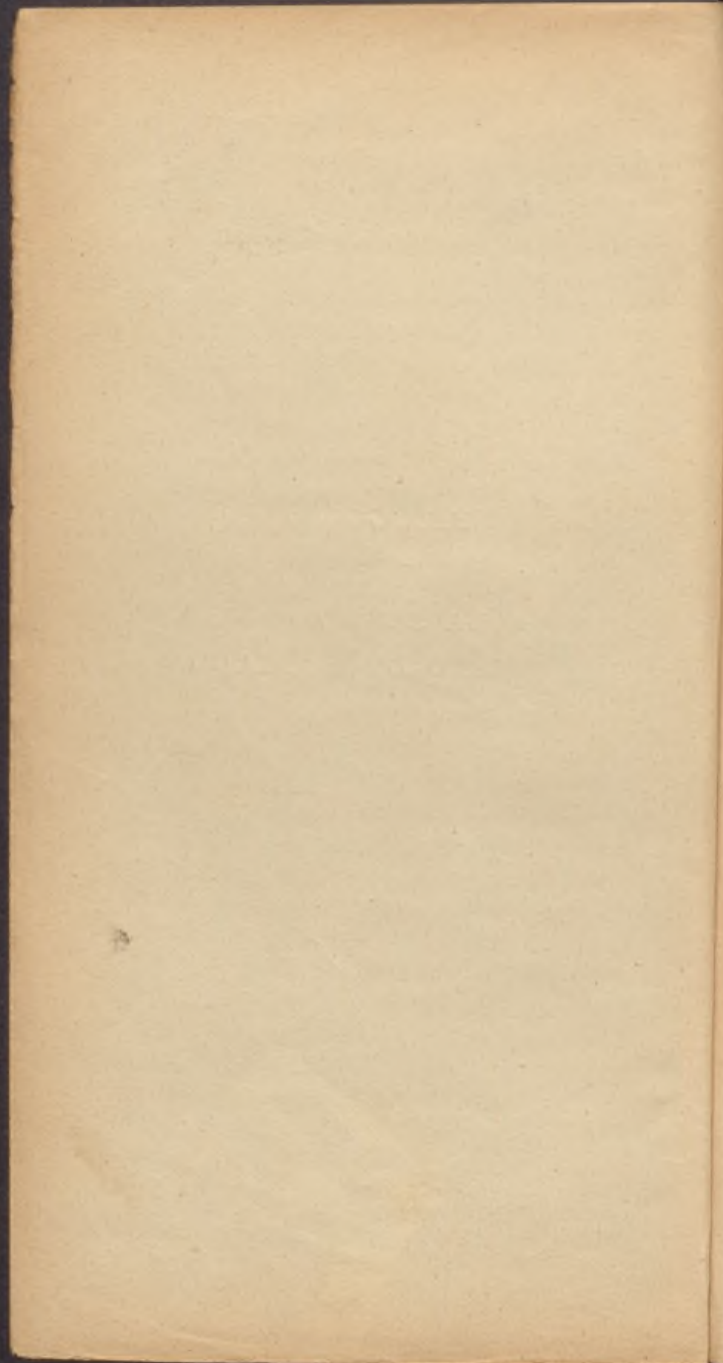
John

EPÍLOGO

—

A LA SEÑORA

TAIANDIERO D'EN PAIADO





o os decía yo que «Maese Mosca» va muchas veces por lana y sale trasquilado?

Ya lo véis, no hay más que volverle las espaldas. En vano trueña y pone la primera piedra del edificio: con sólo enseñarle la cruz huye como un condenado y con las piedras que trae el Maldito se levanta la torre de Dios.

El anciano ermitaño vivía con gran pena y angustia, no sin motivo. Tres días ha que sube á la colina hacia el medio día, al encuentro de su ángel divino; mas, cosa extraordinaria, al dar la última campanada del *Angelus*, el ángel Gabriel no hacía su aparición acostumbrada. El buen ermitaño desolado, yerto y con la faz enverdecida, se preguntaba:

—¿Qué habré hecho yo, para que la



gracia de Dios me abandone de este modo?

Y para mayor mortificación redoblaba los disciplinazos.

Más triste y desolado que nunca, sube el cuarto día á la cresta de la montaña donde recibía el pan bendito de manos del ángel; el buen viejo asciende poco á poco, rezando sin cesar... Pero esta vez, de la inmensidad del azur, descendía el Angel deslumbrador batiendo sus alas .. y sonriendo:

—¡Te he hecho padecer, mi pobre ermitaño!

—Sí, como á un miserable— responde el anacoreta— que no merece el débil rayo de luz que el favor de Dios le envía.

—Debes saber que la monjita—dulcemente insiuúa el ángel— que días pasados arrojaste cruelmente de la ermita, fué á caer llorosa y abatida, en la masía de Laurado. El gentilhombre de un castillo vecino, que es un bellaco, la acogió en su morada; y cuando el príncipe de Gomorra, el horrible Demonio, se presentó para apoderarse de Nerto y llevársela, el caballero se opuso luchando tan bravamente con Lucifer, que éste mordió el polvo... ¡Y la monjita se ha salvado! Ha hecho su entrada en el cielo



¡Te he hecho padecer, mi pobre ermitaño

con el caballero esforzado, que con la cruz en la mano, se ha redimido en las aguas bautismales del arrepentimiento y del heroísmo. Y, como en nuestra sublime mansión el retorno de un pecador causa más gozo que la entrada de noventa y nueve justos á la vez, desde hace tres días el Paraiso está de fiesta: todo es alegría y cánticos para celebrar la mística unión que se ha celebrado en el seno de Dios, tan íntimamente como el agua y el vino..... ¡Pobrecilla Nerto! Sus ojos habían derramado tantas lágrimas en mi ermita, que yo he sido su intermediario cerca de Dios y testimonio de su virtud inmaculada.

—¡Gloria! — exclama el ermitaño. —  
¡Gloria al Soberano siempre triunfante, que destruye los esfuerzos de aquél que camina por tortuosos senderos! Pero, ¿he de ignorar el motivo de aquella vuestra reprobación que tan gran desasosiego me causó?

El ángel replicó:

—¡Quien bien escucha bien comprende! Y de seguro que tú, debido al miedo, entendiste al revés mi invectiva, que no fué otra cosa que una lección de humildad.

Y dejando una blanca estela tras de

sí, el ángel Gabriel remontó el vuelo hacia las sublimes alturas...

Si algún día, amable lector, recorres la región de Laurado ó la comarca de San Gabriel, puedes, si quieres comprobarlo, asegurarte de la verdad de esta narración.

En la verde campiña, rodeada por las ondulantes mieses, verás la monja de piedra, enseñando en su frente la marca del Espíritu Infernal y de sus rayos: muda, erguida como un mojón, escucha los misteriosos besos de las plantas cuando germinan. Los blancos caracoliños, buscando un poco de humedad y frescura se esconden entre los pliegues de su vestidura, embalsamada por el aroma de la menta; y en torno de ella gira su sombra, las estaciones se suceden siguiendo su curso natural, y todo cambia y se renueva.

Solo la monja está allí negra y muda. Pero en ciertos días, cuando el sol ardiente llega al zenit, dicen que la escultura canta; si á la hora del medio día acercas tu oído á la piedra, podrás percibir su cántico; parece que recita la Salutación angélica...



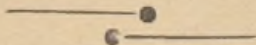
La pequeña basílica de San Gabriel, allí cerca, parece que triste siente añoranzas al verse abandonada por los fieles años y años. Entre el ramaje de los olivos vese en el pórtico, bajo una honda arcada á San Gabriel saludando á la Santa Virgen, diciéndole: *¡Ave Maria!* y á la serpiente enroscada al rededor del árbol de la ciencia tentando el corazón inocente de Adán y Eva. No puede hacer más.

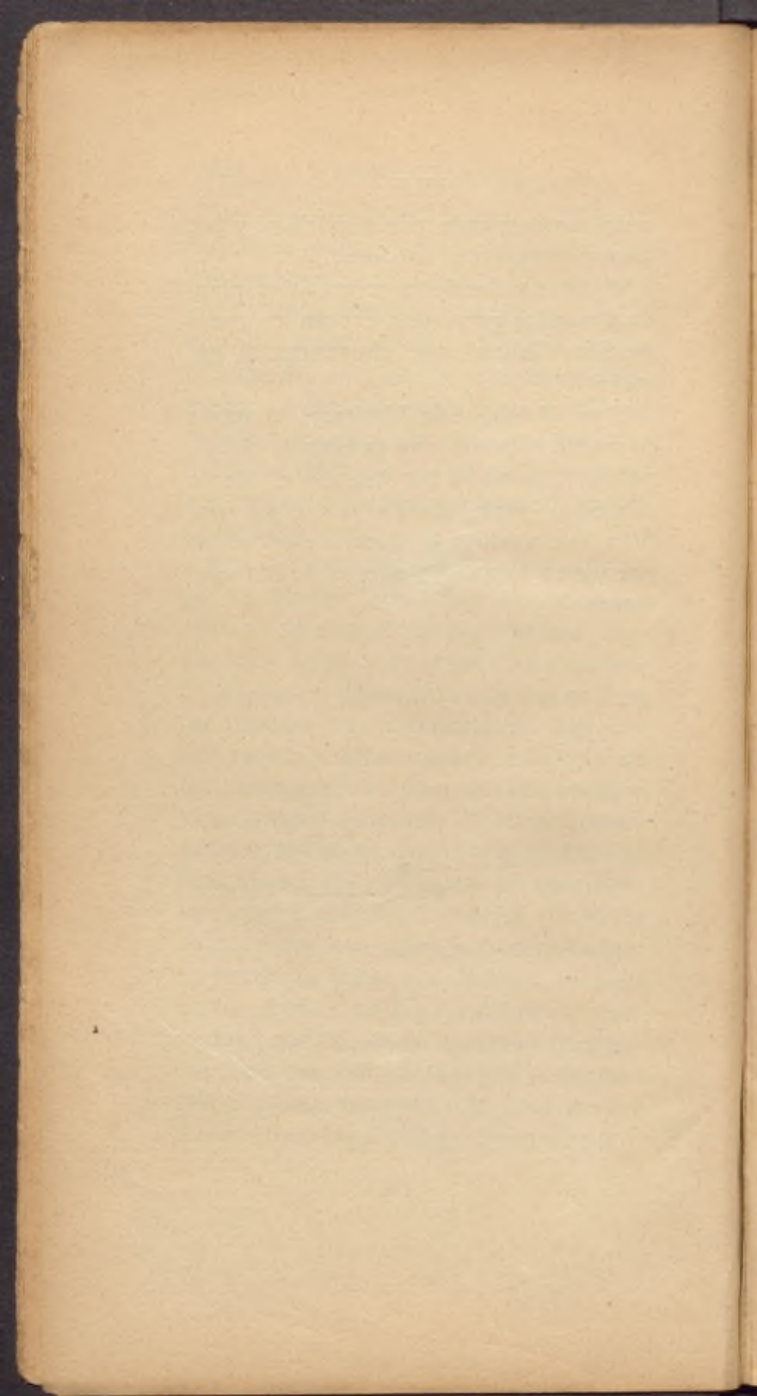
El hombre trabaja diferente. El ángel mensajero de la Virgen no tiene un cirio en su altar. Pero las plantas creadas por Dios, á lo largo del claustro, en los huecos de sus macizos muros y en las piedras de la techumbre agarran sus raíces y echan flores: incienso de los campos que el calor del día esparce y perfuma el santuario. Y los pequeños seres creados por Dios, las gallinetas de San Antón; las mariposas de veleidoso vuelo; el saltamontes que se arrodilla seco y silencioso sobre la inmensa sábana verde: la abeja que deposita su miel en las grietas de las barbacas, y la cigarra que inconscientemente hace sonar bajo sus alas diáfanas su argentino chirrido; todo este pequeño mundo va y viene, como las familias de una parro-

quia, correteando por el pórtico, y por dentro del coro, el sol dora.

Y en los nidos de los ventanales, pianto á una los gorriones, cantan los gozos de San Gabriel que ahuyentan al gavilán.

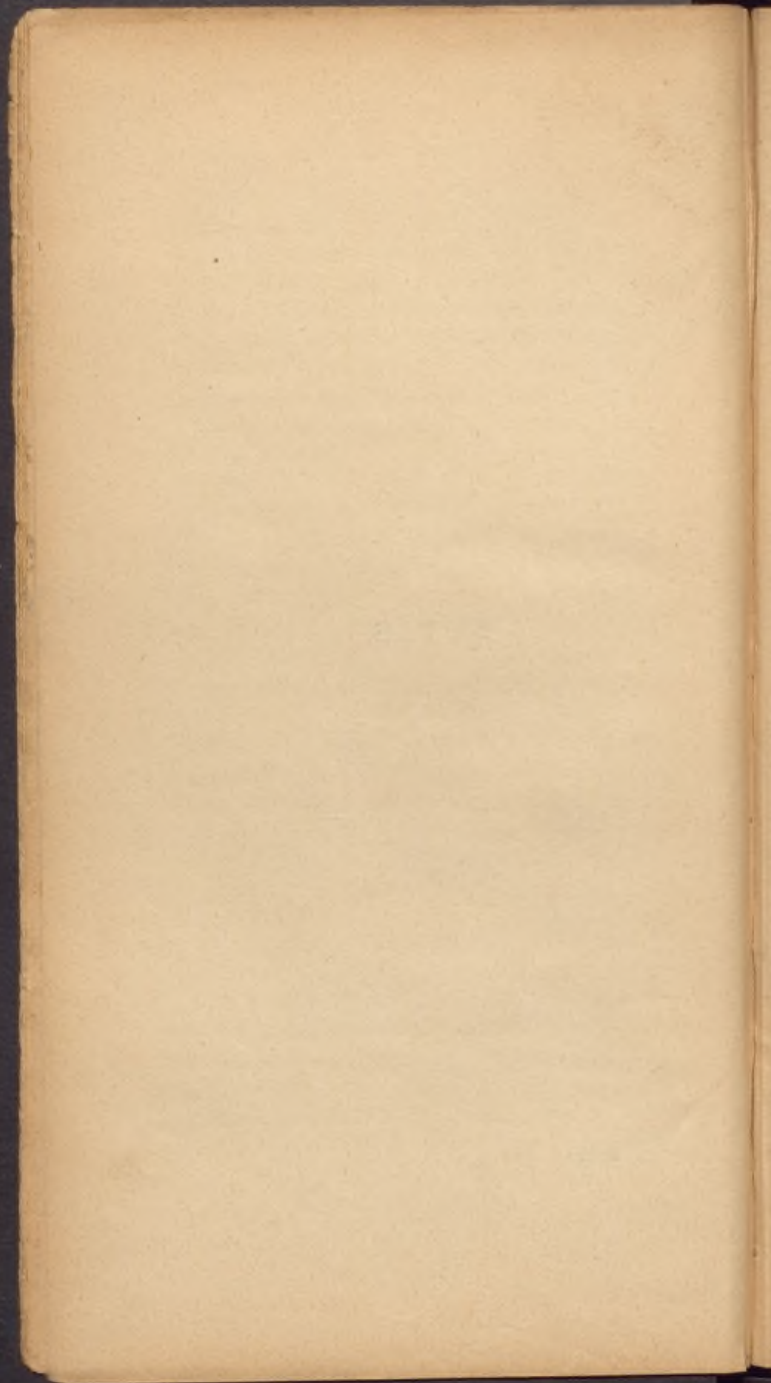
Y yo, el felibre de Maillane, al pasar hoy ante el pórtico de tu iglesia vieja y pobre, que tiene por órgano el viento ¡oh, San Gabriel de Tarascón! yo también, conmovido, ofrezco este nuevo poema en el que pureza brilla sonriente.





NOTAS





## PRÓLOGO

1) Camino de los rebaños trashumantes (*lou camin dis Abeie*), vía antigua que siguen los rebaños de Arles, que van á pasar el estío en los Alpes. Monte Mayor (*Mount Major*), antigua abadía de benedictinos, cerca de Arles. «El Agujero de las Brujas» (*lou trou di Masco*), (la gruta de las encantadoras), excavación de la roca de Aviñón.

2) Maese Mosca (*Meste Moucho*, Maese Tizón) uno de los nombres populares del Diablo. Rabelais dijo: «Más listo que Maese Mosca.»

3) «El Maligno» (*Gringot*), otro nombre popular del Diablo, derivado de *grègo* griego.

4) Que vaya al monte Leberon y verá la piedra lanzada por Satán (*au Leberoun pòu ana vèire la pèiro tracho pèr Satàn.*) En muchas localidades de Provenza, particularmente en la Montaña del Leberon, cerca de Robión (Vauduse), las rocas desprendidas ó antiguos dólmenes llevan el nombre de *Palet dòu diable*, y son atribuidas por las

leyendas á una partida de tejo que jugaron Dios y el Diablo en los primeros días de la creación del mundo.

5) «Hicieron correr por el puente una liebre» (*iè baudiguèron ino lèbre.*) Alusión á la leyenda del Puente del Gard, cuya construcción, así como la de muchos otros puentes romanos, se atribuye al Diablo. «La liebre del Puente del Gard» es un motivo de escultura, en bajo relieve, que se vé sobre uno de los muros del monumento.

6) «El sol y la lluvia desmoronan el puente» (*e sus lou pont souleio e plòu*) alusión á una cantilena infantil:

*Plòu, plòu, soleio  
Sus lou pont de Marseio,*

que inspiró á Paul Arène una deliciosa romanza provenzal.

Véase *l'Armana provençau*, 1872.

## CANTO I

### EL BARÓN

1) *Castèu-Reinard*, aldea de los alrededores de Aviñón, sobre la ribera izquierda del río Durance.

2) «Nerto.» Nombre de mujer que sig-

nifica «mirto.» En las familias judías de Provenza se dá este nombre á las personas que se llaman Ester. Según los hebraístas *Ester* y *Hadasa* tienen la misma significación. En hebreo *Hadasa* quiere decir «mirto» como «Nerto» en provenzal.

3) Raimundo de Turenne (Turena), vizconde de Turenne, apodado, en lemosín, «azote de la Provenza,» célebre jefe de las bandas que lucharon durante mucho tiempo en este país á favor del conde Charles de Duras, enemigo de la reina Juana. Se ahogó al atravesar el Ródano (1399). La muerte de este bandido, deseada por mucho tiempo por los Provenzales, dió origen á un proverbio. Cuando una cosa dura mucho tiempo ó no llega nunca, se dice, aun hoy: «*Acò's la mort de Turenno*», (Esto es la muerte de Turena). César de Nostre-Dame, dice en su historia: «El nombre de Turena es odioso y fatal para Provenza.»

4) Los *tuchins* ó *touchins*, del español *tocino*, nombre que se daba á las bandas de aventureros que infestaron el Midi (Mediodía) en el siglo xiv. «Los Provenzales llaman *tuchins* á las sotas de la baraja por odio á esta raza de ladrones y de canallas», C. de Nostre-Dame.

5) Noria, *pouso-raco*, en provenzal, antigua máquina hidráulica que sirve para



sacar agua para el riego de las tierras. Su gran rueda, de apariencia fantástica, que rechinaba al dar vueltas, se ha reemplazado hoy por una cadena.

6) Los Segonnaux de Mont-Ventoux. Se dá el nombre de *Segonnaux* á los terrenos con diques, que están junto á las riberas del Ródano.

7) *Breviari d'amor*, título de un poema novelesco, del trovador Matfre Ermengaut, de Beziers, compendio de la ciencia del siglo XIII, publicado por Gabriel Azaïs, bajo los auspicios de la «Société archéologique de Béziers».

8) «En la que tenía un tallo de jazmín.» «Las hijas de Toscana llevan todas un ramillete de jazmín el día de su boda.» (*Provence artistique et pittoresque*).

## CANTO II

### EL PAPA

1) La Calada (*la Calado*), calle de Aviñón; como nombre, significa «calle adoquinada».

2) Rienzi, célebre tribuno que trató de restablecer en Roma el régimen republicano y fué á establecerse en Aviñón, de 1347 á 1353.

3) Pedro de Luna (Benedicto XIII). Nació en Huesca (Aragón); fué elegido Papa en Aviñón, en 1394, cuando el gran cisma de Occidente, y murió en España en 1424.

4) Martín, rey de Aragón, que vino á Aviñón en 1396 á visitar á Benedicto XIII.

5) Todos los Sorgos (*sorgues*) del Condado. Sorgue es el nombre del río formado por el manantial de Vacluse y las ramificaciones de este río llevan también el nombre de *Sorgo*.

6) «Están unidos por una mina subterránea, etc.» La tradición dice que el palacio de los papas se unía al baluarte de Castèu-Reinard por medio de un corredor subterráneo. En Aviñón enseñan la entrada de ésto túnel bajo la torre de Trouillas, lo mismo que bajo las ruinas de Castel-Renard enseñan la salida á los visitantes.

7) La Roca de Dom (*la Roco de Dom*), es un promontorio que domina la ciudad de Aviñón.

### CANTO III

#### EL REY

1) El valiente rey de Forcalquier, de Nápoles, Jerusalén. Los condes de Provenza de las dos casas d'Anjou, se titulaban en

sus documentos: *Dei gratia rex Jerusalem et Sicilia, Comes Provinciae, Forcalqueri*, y el rey Renato se llamaba *per la gracia de Dieu rey de Jerusalem, de Aragón, de ambas Sicilias, de Valencia, de Sardenha et de Corsega, duc d'Anjo et de Bar, comte de Barceloña et de Provensa, de Forcalquier et de Piemont*.

2) Saint-Trophime (Saint-Trefume), nombre vulgar de la catedral de Arles.

3) *Darant*, especie de apodo que los labradores dan al sol, porque hace más ó menos larga la «duración» de la jornada.

4) El orgulloso Turena, acorralado y espantado, fué á ahogarse en el Ródano. Véase la nota 3 del Canto I.

5) Yo seré monja del Gran Convento; nombre vulgar de la antigua Abadía de San Cesáreo, en Arles.

6) Obediencia. Bajo el gran cisma de Occidente, la cristiandad se dividió en dos *obediencias*, una que reconocía por papa al pontífice de Roma, y otra que reconocía al de Aviñón.

7) El papa Benedicto XIII, declarado anti-papa por la Iglesia, fué abad de Montmajour.

8) El Grand-Clar, laguna que cubría los

alrededores de Montmajour, y que hoy está seca.

9) Su grito dice solamente: Jesucristo. (*Jésus-Christ*). El pueblo, que considera la golondrina como un pájaro de Dios, pretende que canta pronunciando el nombre «Jesucristo.»

10) El Bastón de San Trofim (*lo Bastoun de sant Trefume*), nombre popular de una columna antigua que existe hoy en el camino de Arles á Tarascón, y que servía de límite entre las tierras de las abadias de Montmajour y San Cesáreo.

## CANTO IV

### EL LEÓN

1) La Mayor ó Santa Maria la Mayor, es el nombre de una basílica de Arles.

2) Bertrán Bouisset, ciudadano de Arles, que dejó memorias manuscritas en lengua provenzal (1376-1404).

3) *Li sèt-gau* (los siete gozos), nombre con que se designaba un instrumento de música que existía en muchas iglesias de Provenza. Era una rueda á cuyo alrededor estaban fijas siete campanitas que daban las



siete notas de la gama. Se tocaba en las grandes solemnidades girando por medio de una cuerda y una manivela.

4) ¿Dónde se alojan? ¿En las landas? El texto dice: *ouute se lojo? à Ris-quand gagno?* que es el nombre de un barrio perdido de la Camarga.

5) El golfo del León, llamado en los mapas *sinus Leonis, mare Leonis* (1269), que probablemente se denomina así á causa del león del blasón que llevaba el estandarte de la República de Arles, cuyos numerosos navíos surcaban en aquel tiempo aquellas aguas. Durante la Edad Media el Tesoro público alimentaba en Arles un león vivo. El cronista Bertrand Bouisset habla de él con frecuencia: *L'an que dessus (mccccii) lo jorn xxvii de may, lo rey Loïs fes combatre lo leon d'Arle amb un taur; e y fou present Madama Violant sa molher, e Madama Maria mayre del Rey, e Madama de Corcin, e motas autres damas, e Monseu Karle, prinse de Taranta, frayre del Rey Loïs, e mots autres senhors, cavaliers e escuders, e tota autre gent que esser y volc é y podie venir.* (El año citado (1402) el día 27 de Mayo, el Rey Luis hizo combatir al león de Arles con un toro; y lo presencié Doña Violante, su mujer y Doña María, madre del Rey, y Madama de Corcín y muchas otras damas, y Don Carlos, príncipe de Taranto, hermano del Rey Luis, y muchos

otros señores, caballeros y escuderos y mucha gente que quiso y pudo venir.)

*L'an mccccv, lo jorn ters d'abril morí lo leon d'Arle, lo qual avie viscut, stant en Arle, xviii ans e vi mes.* (El año 1405 y el día 3 de Abril, murió el león de Arles, el cual vivió, (en Arles) 18 años y 6 meses.)

La manutención del león de Arles fué suprimida por deliberación de 4 de Abril de 1553. Para más detalles, véase el *Musée, revue arlesienne, historique et littéraire*, publicada por M. Emile Fassin.

6 «La Roquette, L'Hauture» barrios de la ciudad de Arles.

## CANTO V

### LA MONJA

- 1) *Intras, intras, o sorre nostro!*  
*Noun soutirès vivo ni morto.*

(¡Entrad, entrad, hermana nuestra!  
¡Ya no saldrás ni viva ni muerta!)

Generalmente se cree que las religiosas dirigen estas palabras á la profesa que acaba de pronunciar sus votos.

2) *Parpaïolo*, moneda pequeña usada antiguamente en Provenza.

3) *Gardiano*, guisado de carnero. con sal-

sa blanca, inventado probablemente por los pastores.

4) *Pourró*, vasija de vidrio en forma de catabaza, que se usaba para contener el vino en Cataluña y los Pirineos. Porrón.

5) El Capitán del Tampan; nombre dado en Arles al jefe de la ronda.

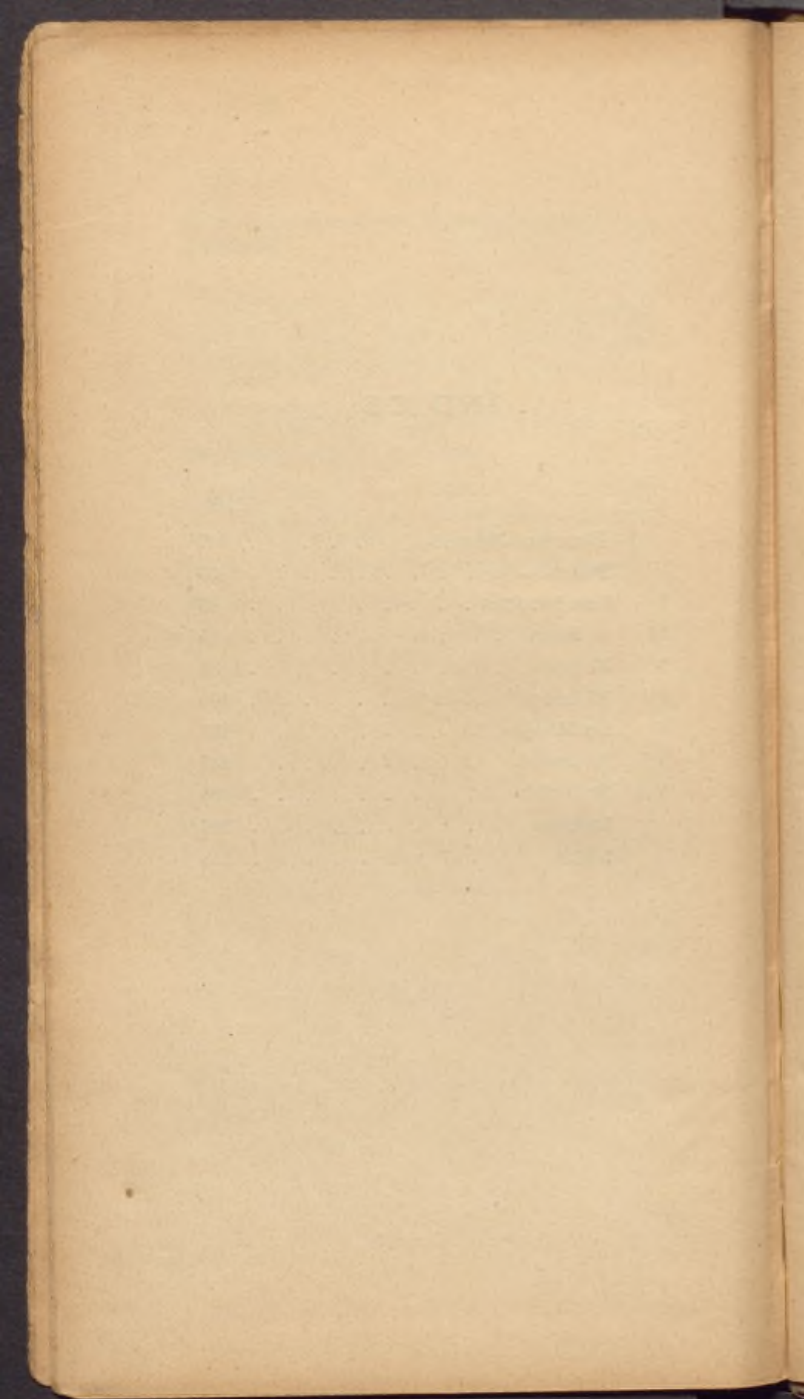
6) *El Trebon*, *Ager Tributius* ó *Triphontius*, era en el siglo x, un barrio del territorio de Arles, entre esta ciudad y Tarascón.

FIN

## ÍNDICE

<u>CAPS.</u>	<u>PÁGS</u>
	FEDERICO MISTRAL . . . . . 7
	PRÓLOGO. . . . . 33
I	Los Barones . . . . . 43
II	El Papa. . . . . 65
III	El Rey . . . . . 87
IV	El León. . . . . 109
V	La Monja . . . . . 127
VI	El Angel. . . . . 147
VII	El Diablo . . . . . 165
	Epilogo. . . . . 183
	Notas. . . . . 193





ESTE LIBRO QUEDO IMPRESO EN BAR-  
CELONA, EN LA CASA EDITORIAL  
DE EDUARDO DOMENECH,  
CONSEJO DE CIENTO, 321,  
EL 7 DE ENERO  
DE 1911



200









